



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
UNIDAD UPN 095 AZCAPOTZALCO

**ÉRASE UNA VEZ LA CAPA ROJA. PASIÓN POR ENSEÑAR Y
TRANSFORMAR LA REALIDAD EDUCATIVA**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRÍA EN EDUCACIÓN BÁSICA CON
ESPECIALIDAD EN ANIMACIÓN SOCIOCULTURAL DE LA LENGUA

PRESENTA:

LIC. HILDA JIMÉNEZ JACOBO

DIRECTORA DE TESIS

DRA. LINDA VANESSA CORREA NAVA

CIUDAD DE MÉXICO

MARZO, 2021

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
UNIDAD UPN 095 AZCAPOTZALCO

**ÉRASE UNA VEZ LA CAPA ROJA. PASIÓN POR ENSEÑAR Y
TRANSFORMAR LA REALIDAD EDUCATIVA**

QUE PRESENTA:
LIC. HILDA JIMÉNEZ JACOBO

CIUDAD DE MÉXICO

MARZO, 2021

CT/022/21

Ciudad de México, a 9 de marzo del 2021

DICTAMEN APROBATORIO

Lic. Roberto Carlos Martínez Medina
Encargado de Servicios Escolares de la
Universidad Pedagógica Nacional
Presente

En relación con la tesis de maestría: **Érase una vez la capa roja: Pasión por enseñar y transformar la realidad educativa**, que presenta, **Hilda Jiménez Jacobo** a propuesta de la **Dra. Linda Vanessa Correa Nava**, los abajo mencionados, miembros del jurado comunican que cumple con los requisitos necesarios para presentar el examen de grado correspondiente.

Presidente: Dra. Linda Vanessa Correa Nava

Secretario: Dra. Laura Macrina Gómez Espinoza

Vocal: Dra. Angelica Jiménez Robles

Por lo anterior, se dictamina favorablemente su trabajo y se le autoriza a presentar su examen de grado.

Atentamente
"Educar para Transformar"



Dr. Nicolás Juárez Garduño
Director

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
UNIDAD 095
D.F. AZCAPOTZALCO

NJG/NVBE/kgF
Calzada Azcapotzalco la villa 1011 Col. San Andrés de las Salinas Alcaldía Azcapotzalco
CP 02300



AGRADECIMIENTOS

A Dios, por tomar mi mano, guiarme en el camino de esta hermosa profesión de vida y poder culminar este gran logro.

A mi hijo Diego, por existir y darme en cada latido de su corazón, la alegría de ser su madre.

A mi madre, por amarme tanto y apoyarme incondicionalmente a cumplir cada uno de mis sueños.

A mi padre, por estar siempre presente en mi vida.

A mi familia, por su cariño, apoyo y reconocimiento en el camino.

A mis maestras, por compartir conmigo el tesoro de su mente y corazón, abonando así, a mi proceso de transformación profesional.

A mis compañeros de maestría, por cada momento lleno de aprendizaje, alegría, melancolía y amor hacia la animación sociocultura de la lengua.

A mis alumnos, por dejarme tener el privilegio de ser parte de su crecimiento, desarrollo y aprendizaje, por tantas enseñanzas en palabras, risas y muestras de amor y cariño.

A los padres de familia, por confiar en mi trabajo y estar siempre dispuestos para aprender y acompañar a sus hijos en el inicio de su vida escolar.

A mis queridas colegas, por siempre apoyarme en cada sueño a implementar en el aula, por su disposición para aprender de lo que con gran cariño les compartí, para animarlas a una nueva pedagogía.

A mí, por no desistir, por creer en mí y vivir con pasión y tacto pedagógico, el placer de ser docente.

ÍNDICE

EL RECUERDO DE UNA CAPA ROJA, LA ESENCIA DE ÉSTA HISTORIA.	5
CAPITULO I EN LA PROFUNDIDAD DE UN CONFUSO BOSQUE, UNA CAPA ROJA	9
1.1 Camino largo o camino corto	10
1.2 El radiante camino largo.....	12
1.3 Entre flores coloridas y verdes pastos, un lobo al asecho	16
CAPITULO II TAN SOLO UNA CAPA ROJA, PARA LUCIR EN LA LENGUA	23
2.1 Mi voz en canciones, rimas y juegos de palabras	25
2.3 Solo con una capa roja.....	34
CAPÍTULO III UN ARCOIRIS DE POSIBILIDADES PARA ENAMORAR A LA LECTURA ..	42
3.1 Los colores de la caperucita.....	44
3.2 Tú puedes elegir el color de tu capa	53
3.3 La combinación perfecta	69
COLORÍN COLORADO, ESTA HISTORIA DE TRANSFORMACIÓN, AUN NO HA TERMINADO.....	80
REFERENCIAS.....	85
ANEXOS	89

EL RECUERDO DE UNA CAPA ROJA, LA ESENCIA DE ÉSTA HISTORIA.

Hilda, mi vida, mi historia, lo que recuerda el corazón y dibuja la mente, momentos únicos que guardan una esencia y dicen quién soy. Con placer nostálgico me adentré en el profundo bosque del pasado para iniciar un escrito autobiográfico que me obsequió un reconocimiento y crecimiento personal. Weintrauh (1991, como fue citado en Meza, 2008), menciona que las autobiografías son “Un tejido en el que la autoconciencia, se enhebra delicadamente mediante experiencias interrelacionadas como la auto explicación, el autodescubrimiento y la auto representación. Lo que evidencia que ella está inseparablemente unida a la concepción del yo” (p.51).

Escribir un relato bajo el enfoque biográfico narrativo, me permitió reconocer la importancia del pasado, el presente y futuro de mi vida personal y profesional; cuando recorrí la floresta con aquella capa roja, recogí hojas secas plagadas de recuerdos, sentí las gotas de lluvia del momento y disfruté del viento revuelto que aun corre por el cielo. En particular, Polkinghorne (1995, como fue citado en Pascual, 2003, p.23), refiere que “Las historias de vida son una metodología de investigación cualitativa que pertenece a las investigaciones narrativas...un tipo de discurso en el que los acontecimientos y sucesos de las personas se relacionan por medio de un argumento”.

Este relato, fue fruto de la experiencia vivida en la Maestría en Educación Básica (MEB), con especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua (ASCL), que cursé en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Este andar dentro del bosque, trajo consigo un recuerdo de la infancia que me acercó a la Literatura Infantil (LIJ). Un suceso fugaz, que se convirtió en la esencia de este escrito, al mismo tiempo, abrazó mi reencuentro y amor por los libros desde la mirada de una segunda infancia.

Para iniciar, en la voz de una niña de capa roja, acompañada de personajes, emociones, narros escenarios significativos que motivaron a constantes reflexiones. ¿Qué camino elegir, el largo o el corto?, ¿A dónde conduce cada uno?, ¿Cómo saberlo? Preguntas como estas me hice en la adolescencia y en busca de encontrar respuestas, escudriñé en los rincones más escondidos de aquel paisaje. Entonces, resoné circunstancias especiales, que

me condujeron a descubrir mi vocación de educadora de jardín de niños. Al decidir mi rumbo, cuento cómo fue este camino, qué paisajes nuevos disfruté, las personas que me acompañaron y vivencias que se entrelazaron para formar mi ser docente.

Fue entre algunas flores y verdes pastos, que comencé a disfrutar de la pasión por enseñar a lo largo de nueve años de servicio. De este tiempo relaté momentos de enseñanza aprendizaje, donde pretendí acercar a los niños al lenguaje oral y escrito, partiendo de su función social. Basándome siempre, en las reformas de los planes, programas que antecedieron al actual modelo educativo. En esta libertad dentro del bosque, me encontré asediada por un lobo, algo feroz, que me invitó de manera astuta, casi imperceptible, a acomodarme en la rutina y cotidianidad sin sentido del trabajo en el aula. Aclamado así, a una completa transformación de lo que habían sido mis inicios como docente.

Recuerdos de la infancia van y vienen en este escrito, entre volátiles hojas, hierba liviana, coloridas flores, detonando emociones que reviví, como el acercamiento que tuve con la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ). Fue una sola narración de tradición oral, La Caperucita Roja, asombrosa historia que me introdujo al magnífico mundo de las letras. Las primeras historias nos acompañan hasta el final de nuestras vidas (Cirianni y Peregrina, 2007). Sin embargo, por mucho tiempo, quedé suspendida en una brumosa nube, que no me permitió abrazar el mundo literario por completo. Y al mismo tiempo, despertó un deseo intenso por brindar a mis alumnos de preescolar un encuentro vivaz con la lectura. Efervescente sentía el corazón, por regalar a otros lo que en su tiempo hubiese cambiado la forma en que aprendí y miré la vida.

En las siguientes líneas, compartí cómo encontré entre los arbustos más recónditos del bosque la esencia de mi voz, en las canciones, rimas, juegos de palabras con las que mamá me acarició el corazón en los primeros años de vida. Experiencias en casa y en la escuela me hicieron bailar entre garabatos, letras, planas para consolidar una escritura en la infancia. Usar solo una capa roja, me llevó a aprender la lengua de manera mecánica y repetitiva. El método tradicional, fue determinante para entender años más tarde, al estudiar en un nivel superior, que carecía de competencias comunicativas y lingüísticas para desenvolverme con autonomía, reflexión, análisis y crítica en el camino elegido, en mi profesión de vida.

En este vaivén de recuerdos, vivencias entre pasado y presente vislumbré el futuro, entonces fue ineludible cambiar mi realidad y la de los pequeños que año con año abrazo, educo en el aula, con noble amor y persistente pasión. En el radiante camino elegido, me encontré con un segundo sitio, que me brindó nuevas experiencias de enseñanza aprendizaje de la lengua. Técnicas de la pedagogía Freinet como el diario, la conferencia y la asamblea escolar. Estrategias de Lectura, Escritura y Oralidad (LEO). Proyectos de lengua y la Pedagogía por proyectos (PPP). Dieron sustento a prácticas que ya formaban parte del quehacer educativo cotidiano y otras que me permití innovar, con el propósito de privilegiar la participación de los niños en su propio proceso de aprendizaje.

En medio de este frondoso lugar, se formó un brillante arcoíris de posibilidades al convertirme en animadora sociocultural de la lengua y transformar mi labor docente. Viabilicé un amoroso y duradero encuentro de los niños con la literatura infantil, la cual les dio la posibilidad de imaginar mundos increíbles y crear realidades posibles. Así pues, “El maestro, en esto de la lectura, ha de ser fiel y convencido mediador entre el estudiante y el texto” (Salinas, 1983, como fue citado en Cerrillo, 2016 p. 25), con la intención de la expresión creativa de la lengua, propiciándoles la libertad y autonomía de elegir el color de capa que desean usar para aprender y el poder necesario de transitar en cualquier camino que los lleve a cumplir sus más grandes sueños.

Termino este escrito, narrando cómo disfruté en compañía de mis alumnos de la ASCL en sus hermosos colores, metodología que me impulsó a ampliar aún más la mirada, sobre la naturalidad del proceso de aprendizaje de la lengua. Que considero se debe vivir en aulas de educación básica. Animar es creer, invitar, acompañar, entender, incidir en la vida de los niños para conocer y aprender de otros a través del lenguaje, un “Dialogo apasionado con la otredad” (Juárez, como fue citado en Jiménez 2019, p.44). Constaté la pasión por una enseñanza basada en el amor y el profundo compromiso por continuar en el radiante camino que sé, me llevará a lugares extraordinarios, donde mi progreso personal y profesional sea pleno, con nuevas narrativas dignas de compartir.

Al relatarme, recordarme dentro del bosque, no solo recapitulé una serie de hechos que se relacionan, al mismo tiempo descubrí y entretejí otros, que analicé y reflexioné en un doble sentido. “Como dicen los mismos autores, debemos entender que la narrativa es, tanto

el fenómeno que se investiga, como el método de la investigación” (Bolívar, 2001, p. 17). Es tiempo de cerrar los ojos, imaginar rugosos troncos en distintas tonalidades de café que perfilan un sendero sin final próximo. Follajes frondosos, brillantes a la luz del sol que se asoma entre sus ramas y hojas colgantes. Confundida y curiosa, una niña de capa roja está lista para iniciar el trayecto en busca de aventuras especiales para darle sentido a su vida. Y entonces el posible final, es el inicio para contar esta historia, que tal vez la lleve al comienzo de otras más.

CAPITULO I

EN LA PROFUNDIDAD DE UN CONFUSO BOSQUE, UNA CAPA ROJA

*Narrar es una habilidad
para construir y comprender
historias en torno
a nuestras vidas.
Hernández, 2019*

Y ahí estaba yo, mi rostro blanco enmarcado por una coleta castaña atada con un moño colorido. Sentada frente a una caja registradora azul con botones rojos, monedas de plástico, billetes pequeños; lista para saciar mi inquieta y curiosa personalidad. Todos los objetos que formaban parte de la decoración de mi casa eran los juguetes preferidos para convertirme en cajera de supermercado. En el despacho de mis papás, solía sentarme en los escritorios, contestar las llamadas y tomar recados; disfrutaba ser su secretaria, pero no más que acompañar a mi abuela al mercado.

Tomaba su mano cálida y a la vez áspera, que los años en casa le habían obsequiado. Con su habitual timidez y voz baja, hacía las compras para la comida del día. No podía faltar la parada en la tortillería, me recargaba en la reja y gustosa mordía el taco con sal que cariñosamente me daba y mientras esperaba su cambio, en mi mente se recreaba la ilusión de convertirme algún día en tortillera. Quería amasar la masa, ponerla en la máquina, revisar que ninguna se rompiera en el camino, para llegar a la curiosa resbaladilla donde pondría pesarlas en una singular báscula con cubitos de metal y finalmente envolverlas en el acostumbrado rugoso papel estraza.

Traía a casa las manteletas de papel que colocaban en los restaurantes. Montaba un servicio en el pequeño comedor con sillas de madera, que mis primas y yo teníamos para comer. Así nos convertíamos en meseras, comensales, cocineras, tomábamos la orden, y preparábamos la comida con hojas secas que caían de la higuera del patio. Cuando me convertía en maestra, usaba marcadores de cera rojos, calificaba las planas de bolita palito que pedía hicieran mis alumnas. Con mi dedo, seguía las letras de algún periódico o libro que estaba a la mano y fingía leer el único cuento que conocía: *Caperucita Roja*.

Soñé ser tantas cosas cuando era niña, deseaba que el tiempo pasase rápido para ser mayor, trabajar, comprar cosas, casarme, tener hijos y experimentar todo lo que los adultos

a mi alrededor hacían. Sin embargo, jamás me imaginé que, al terminar mis estudios de preparatoria, no sabría qué hacer con mi vida.

1.1 Camino largo o camino corto

Vestida con solo una capa roja, caminaba en la profundidad de un confuso bosque, no sabía en qué camino me encontraba y sin darme cuenta, comencé a cumplir los sueños de mi infancia. Primero fui cajera en tiendas de autoservicio, después recepcionista en una agencia de viajes y telefonista en un centro de atención. Ahí descubrí que estas profesiones no eran tan maravillosas como lo había imaginado. Las jornadas largas, la paga poca. Adquirí experiencia, conocí personas, lugares, pero al final estaba ansiosa de un futuro diferente. Sentía que algo me faltaba y que debía encontrar sentido a lo que hacía, no era suficiente ganar dinero, necesitaba disfrutar y amar lo que haría por el resto de mi vida.

En ese peregrinar de trabajo en trabajo, llegué como asistente de educadora de preescolar a un curso de verano, fue en ese instante donde surgió en mí el interés y entusiasmo por conocer el mundo de una maestra, la escuela y los niños que asisten a ella. Mi mente melancólica se llenó de recuerdos al encontrarme en aquel lugar, lleno de colores, materiales, texturas, música, risas y diversión. Mientras caminaba por un pasillo, al fijar la vista en uno de los pequeños salones; sillas y mesas acomodadas en círculos me hicieron revivir un momento de juego con mis amigos del preescolar.

Inquietos, escondidos bajo las mesas hacíamos nuestra casita, a veces me tocaba ser la mamá que cuidaba de sus hijos, otras la hija traviesa que no paraba de explorar su entorno o la abuelita que llenaba de besos y abrazos a sus nietos. Usábamos las prendas preferidas de nuestros papás que arrastrábamos con singular orgullo, cocinábamos en la pequeña estufa de madera, poníamos la mesa en el comedor redondo con cuatro sillas, lavábamos los trastes en el fregadero plateado y para simular que el agua caía hacíamos ¡Shhhhhhhh! Hacer tortillitas con plastilina de colores y apilarlas en series de cinco era otro juego divertido, además de armar figuras con distintos materiales de madera y plástico.

No recuerdo el nombre de mi maestra, en realidad son pocos los momentos que puede rescatar mi mente donde ella esté presente, siempre ausente no solo físicamente, sino también en descuido. Jugábamos debajo de las mesas, dentro de los baños, arriba de las sillas, era

muy divertido. Ahora comprendo que también muy arriesgado. Los niños “son seres que sienten, piensan y hacen, que son únicos y que, por tanto, merecen el mayor de los cuidados y respetos” (González,1993, p. 32), En realidad, no tuve una guía constante, que me acompañara en el paso por este nivel educativo.

Estos recuerdos, las diferentes actividades con los niños curiosos de su mundo, los momentos de juego y recreación de aquel curso de verano, me invitaron casi de manera espontánea a visualizarme como maestra. Me surgieron mil ideas de actividades para realizar con ellos. A pesar de no tener muy claro aún el papel de una educadora y los propósitos de la educación preescolar sí tenía muy presente que lo que aprendieran en esta edad era fundamental para su vida futura.

Así, “La experiencia es un saber acumulado durante el curso de una vida, es un saber que se vive en el instante y a manera de vivir y volver a vivirlo, la experiencia se constituye en el tiempo, es lo vivido en el tiempo, que bien puede ser el instante o ese horizonte lejano que uno anda o desanda continuamente”, (Chona 2019, como fue citado en Jiménez, p.53),

Pensativa y anclada en mis recuerdos descubrí que en mi infancia tuve pocas experiencias significativas de aprendizaje, me di cuenta de que al ser educadora tendría la oportunidad de aprender con y para los niños, e indudablemente la responsabilidad de guiarlos y acompañarlos en el inicio de su vida escolar. Freinet (como fue citado en MMEM, 2017) es claro cuando menciona que el maestro debe participar activamente y en colaboración con los alumnos en la construcción de su aprendizaje, con experiencias relevantes y acordes a su naturaleza. En definitiva, si ésta era la profesión que elegiría para mi vida, representaba un gran reto convertirme algún día en maestra.

Había ya recorrido un camino, fue corto, me permitió la entrada a uno nuevo, que después de todas estas imágenes prospectivas, se veía radiante, me invitaba a disfrutar de su hermosa vista. Me colocaba de nuevo dentro de un salón de clases, con el estudio, las tareas académicas, que tal vez de manera inconsciente, había rechazado por no encontrarle un sentido y significado real. Abrir la puerta a este nuevo sendero no fue fácil, encontrar la llave me hizo deambular por algunas escuelas, conocerlas, entusiasmarme con su currículo, al final

darme cuenta de que no estaban dentro de las posibilidades económicas de mis padres y por los horarios, bajos sueldos, yo no podría costearla. Fue muy frustrante, triste encontrarme en esa encrucijada, haber elegido ya y no poder iniciar el viaje.

Sin embargo, la vida sorprende de muchas formas, después de vivir momentos duros a nivel personal que me hicieron tocar fondo y al mismo tiempo buscar renacer, pronto encontré una luz en el camino, la convocatoria para la Escuela Nacional para Maestras de Jardines de Niños (ENMJN). Aun así, nada estaba escrito, tenía que presentar un examen para poder ingresar y después de estar alejada de la escuela, me sentía en desventaja con las chicas que justo egresaban de la educación media superior. A pesar de esto, estaba tan segura del sueño por cumplir, que con los conocimientos y saberes que poseía, logré formarme en esta, mi alma mater.

1.2 El radiante camino largo

Feliz, llena de ilusiones y expectativas, valiéndome del entusiasmo que me caracteriza al enfrentar nuevas experiencias, comencé a caminar por el sendero largo. Disfrutaba escuchar a los maestros, aprender, compartir con mis compañeras, nadar, y bailar en el grupo de danza regional. Definitivamente todas estas vivencias me aportaron nuevos saberes, habilidades, actitudes, valores; que le dieron una nueva perspectiva a la vida. Me propuse nuevas metas a nivel personal y profesional, estaba muy emocionada por seguir el recorrido para lograrlas.

Recuerdo que en una de tantas clases la maestra preguntó: – ¿Cómo le enseñas a un niño a leer y escribir? –, ¡Pues con planas! –, respondí en la mente. En ese momento aún no me animaba a participar frente al grupo y menos a compartir lo que pensaba. La timidez y nerviosismo se apoderaban de mí al sentirme observada y escuchada por otros, situación que más adelante contaré. Sin embargo, mi idea no estaba alejada de las respuestas que dieron varias de mis compañeras, era evidente que solo conocíamos una manera de aprender el lenguaje. Como aquella niña llamada caperucita, que usaba solo una capa roja, nosotros hacíamos lo mismo para vestirnos en palabras. Habíamos sido formadas bajo un enfoque de repetición de gráficas sin sentido comunicativo, como relato a detalle en el capítulo siguiente.

Así, al leer teóricos como Piaget y el proceso cognitivo del niño. A Vygotsky con la importancia de la interacción social para el aprendizaje, entre otros autores conocidos por los

docentes en el ámbito educativo al explicar supuestos del desarrollo infantil y la guía de mis docentes, pude reconocer e identificar la relación cognitiva y social del proceso de adquisición y desarrollo del lenguaje. Además de la importancia de acercar a los niños al mundo de las letras a través de usos naturales, reales y cotidianos de comunicación con la sociedad. Fue entonces que comencé a vislumbrar en este camino largo, destellos de algunos colores que bien, podrían hacer juego con el rojo de aquella capa que había usado durante tantos años.

Un suceso que en aquellos días me pareció poco relevante, fue el desmantelamiento de la biblioteca infantil en la Normal. En mi mente, revivo de manera nebulosa dos o tres sesiones donde participé escuchando lectura en voz alta de algunas historias y la exploración libre de diferentes cuentos para niños, como solía llamarles. Esta biblioteca contaba con un gran acervo, pero yo no poseía conocimiento al respecto, buscaba libros donde abundaran las imágenes coloridas, llamativas, que contaran historias con finales felices y personajes familiares como a los que tuve acceso en mi infancia, con la famosa compañía de medios de comunicación y entretenimiento The Walt Disney fundada en 1923, estos eran los que consideraba relatos para pequeños.

En el concepto de literatura infantil, “Se incluye generalmente cualquier impreso destinado a niños, sin embargo, no podemos incluir cualquier escrito para la infancia en este rubro” (Rey, 2000), p. 5). Hablar de literatura infantil, conlleva una expresión del ser humano mediante el uso excelso de la palabra e imágenes, donde el lector logre crear una profunda conexión emocional y de múltiples interpretaciones (Rey, 2000). Hoy considero que, en efecto hubiera sido una parte esencial e inspiradora continuar con experiencias literarias dentro de este espacio creado para la infancia, que me permitiera conocer a fondo las bondades de estos textos y así promover en mis prácticas como estudiante y en un futuro como educadora frente a grupo, encuentros reales con la literatura infantil. Sin embargo, este aprendizaje literario quedó trunco en esta etapa tan crucial de mi carrera y por ende mi reencuentro con el mundo literario tuvo que esperar un poco más.

Desde el primer semestre de la licenciatura, pude adentrarme en el mundo escolar al realizar mis prácticas como docente en formación. En varios instantes, ansiosa de lo que viviría, melancólica de mi infancia, me visualicé en el recuerdo como alumna y en

prospectiva como educadora. Fue así, como miré de cerca la labor educativa de varias maestras de preescolar, quienes en su mayoría utilizaban cuadernos, libros con planas de letras, carretillas, caligrafía, ejercicios con sílabas, enunciados, con el firme propósito de que los pequeños aprendieran a leer y escribir al culminar este nivel educativo.

Uno de esos días de práctica, en una actividad donde los pequeños tenían que colorear objetos cuya inicial fuera alguna de las vocales, me remonté a mi niñez. –¡Saquen su cuaderno pequeño, el de dictado! – nos decía la maestra, –. Comenzaba a dictar cinco palabras, cada una que correspondía a las vocales. Solíamos ilustrarlas y al terminar, el recreo nos esperaba. Yo era muy hábil para ese tipo de actividades siempre culminaba en primer lugar, sin embargo, no todos mis compañeros lo hacían así de rápido y justamente pasaba lo mismo con los pequeños de aquel grupo, quienes mostraban angustia, aburrimiento y nula motivación ante dicha tarea.

En ese momento, el Programa de Educación Preescolar 2004 (PEP 04) estaba vigente, el cual claramente invitaba al acercamiento del lenguaje oral y escrito de manera natural dentro de las aulas, con relación a las prácticas sociales de comunicación que los niños viven en la interacción con otros en su vida cotidiana. Me resultaba muy contradictorio, que en la Normal me formaran para enseñar la lengua desde un enfoque funcional y que las prácticas de las maestras en el aula fueran estructurales, tradicionales, que coincidían en gran medida con la manera en que yo había accedido a la lengua escrita, que me había dejado importantes vacíos comunicativos y de pensamiento.

Fue así, como en mi intuitiva curiosidad surgió la pregunta, ¿Por qué trabajan de esta manera? y considerando mi rol de docente en formación, recuerdo que entrevisté a las maestras con las que tuve oportunidad de compartir. Entonces pude entender de alguna manera su práctica educativa. Ellas señalaron tres razones, que justificaban el uso de cuadernos o libros de ejercicios en el proceso de aprendizaje del lenguaje. En primer lugar, decían que estas actividades les habían dado un resultado efectivo para que los niños salieran leyendo y escribiendo del preescolar, la segunda porque resultaba ser una exigencia por parte de la comunidad de padres de familia trabajar con estos materiales, la tercera era que las escuelas contaban con cierto prestigio al egresar alumnos con una escritura y lectura consolidada.

En relación con estos argumentos, Borzone de Manrique (1993) menciona:

Cuando se trabaja con un grupo de preescolares no se trata de prepararlos para los futuros aprendizajes propios de la EGB¹; esto sería fijarse en una función meramente preparatoria o propedéutica. Se trata en cambio de acercarlos a la lectura y escritura con propuestas didácticas y estrategias acordes a sus intereses, necesidades y posibilidades (p.78).

Al conocer de cerca esta realidad educativa, sorprendida de la relación tan estrecha con la vivencia en mi infancia, es que decidí hablar en el documento recepcional como parte de mi proceso de titulación, sobre el acercamiento al lenguaje escrito. Reconociéndolo como un proceso cognitivo – social, donde el nombre propio sería el medio, para adentrar a los niños de manera natural al mundo de las letras. Dejando de lado actividades cansadas, repetitivas, mecanizadas sin ningún propósito de comunicación real con otros. La obra de Irena Mejchrzak: *Nombrando al Mundo. El Encuentro con la Lengua Escrita a partir del Nombre Propio*, fue el texto que me acompañó durante esta aventura. Recuerdo fue necesario realizar algunas adecuaciones que respondieran a las necesidades e intereses de mi grupo y donde no perdí de vista el enfoque del PEP 04.

Vivir esta experiencia, en el último año de la carrera como parte del servicio social no fue nada fácil, cada paso que di dejó aprendizajes bastantes significativos, sobre todo la convicción de brindar a mis futuros alumnos experiencias de acercamiento al lenguaje oral y escrito de manera natural, social, partiendo siempre de sus gustos, curiosidades; comprometiéndome así a vivir la profesión con amor, entrega, pasión. Sembrando en mí el interés por continuar aprendiendo aspectos relacionados con la lengua, por ende, seguir ampliando y fortaleciendo competencias docentes.

Avanzar hasta este punto, dejó ver aún más colores en este maravilloso camino largo, sus destellos alumbraban y guiaban para continuar avanzando, poco a poco la capa roja dejaba el protagonismo, me animaba a mirar nuevas opciones de color. Al estar a pocos días de obtener el título de Licenciada en educación preescolar, estaba completamente segura de

¹ EGB: Escuela General Básica

que había elegido el camino correcto. Donde viví momentos únicos que transformaron en gran medida mi persona, me sentía muy afortunada de iniciar como maestra de preescolar.

El día del examen profesional, una de las maestras sinodales se acercó y dijo: –¡Sería muy interesante que le dieras continuidad a este documento con más experiencia en el campo laboral! –. Esas palabras me acompañaron hasta la entrada de un nuevo sendero, como relataré más adelante. Definitivamente la ENMJN había marcado un antes y un después en mi vida, me invitaba a seguir adentrándome en este magnífico bosque que de confuso ya no tenía nada. Entonces, al contar en una forma autobiográfica, se considera el pasado y el presente, lo que sé fue y sé es, y que pensando en futuras transformaciones conservará su esencia e identidad (Bruner, 1991).

1.3 Entre flores coloridas y verdes pastos, un lobo al asecho

Dentro del bosque, parada en la puerta del nuevo salón, entre flores coloridas que me invitaban a aprender de este nuevo paisaje, ansiosa esperaba la entrada hasta ese momento, de los desconocidos alumnos. Portaba una bata distinta a la del uniforme de la ENMJN y con una carpeta lista para abrazar planes de trabajo, evaluaciones y una nueva historia por escribir, estaba a punto de vivir el sueño que años atrás había imaginado. Minutos antes de iniciar, la directora había confirmado que tendría a mi cargo un grupo de primer grado, quedé helada cuando la escuché, ya que durante mis prácticas en la Normal había trabajado sólo con grupos de segundo y tercer grado. En definitiva, caí en cuenta de que este año sería un gran reto, veía a mis nuevos alumnos como alborotados verdes pastos, deseosos por jugar, aprender y continuar creciendo hacia el sol.

Asombrada di un vistazo al aula, la cual lucía descuidada, algunos entrepaños y materiales llenos de polvo, las paredes vacías. Al sentarme en la silla frente al escritorio, mi mente no dejaba de repetir: ¡Ya eres educadora de preescolar! A lo lejos, se escuchaban las risillas de los niños anunciando su entrada, en la puerta los recibí con un –¡Buenos días, chicos! – conforme entraban noté sus caras de desconcierto, ya que entré supliendo a su antigua maestra. Sólo uno se atrevió a preguntar: ¿Tú quién eres?, a lo que respondí –¡Soy tu nueva maestra! – y este fue el inicio de mi vida como docente.

Comencé a disfrutar el camino por esta agradable vereda, las canciones matutinas no podían faltar

*Yo soy una rana, que vive en el agua y cuando yo te veo
salto de contento, siempre te saludo con mucha alegría
y así comenzamos, este nuevo día.*

En realidad, siempre he disfrutado de cantar en compañía de los niños, una que otra rima para centrar su atención después de una actividad agitada

*Dice la liebre teresa, que te rasques las orejas. Dice el
caballo Ramón que grites como León. Dice el señor
elefante que corras hacia adelante*

Y más y más canciones durante todo el día,

*A Pulgarcito lo invitaron, a dar un vue, a dar un vue, a dar
un vuelo en un avión, y cuando estaba allá arriba, la gasoli,
la gasoli, la gasolina se acabó...*

En los primeros años frente a grupo, mi intervención pedagógica estuvo sustentada con el PEP 04, a inicios del año 2011 se empezó a escuchar sobre la RIEB (Reforma Integral de Educación Básica), la cual pretendía una articulación entre los tres niveles de la educación básica en el país, preescolar, primaria y secundaria. Recuerdo que, en una de las juntas de consejo técnico escolar para iniciar el nuevo ciclo, revisamos en colegiado el nuevo Plan y Programa de Educación Preescolar 2011 (PEP 11), el cual seguía retomando el enfoque en competencias, pero con ciertas modificaciones que permitieron centrar el trabajo en las aulas a través de aprendizajes esperados, al mismo tiempo, reconocer la intervención de la educadora como un factor clave en el proceso de enseñanza aprendizaje.

El documento, contenía una guía donde se explicaba de manera puntual cómo se debía trabajar en las aulas de este nivel educativo, brindando ambientes de aprendizaje para generar el interés y entusiasmo en los niños por participar en situaciones didácticas acordes a sus características y necesidades. Siendo mi gran interés el aspecto de la lengua, pude revisar el

campo de lenguaje y comunicación, y reconocí que el enfoque funcional seguía visualizándose en los aprendizajes esperados, el programa detalla que:

Los propósitos que se establecen en este programa definen en conjunto, la misión de la educación preescolar; constituyen el principal componente de articulación entre los tres niveles de la educación básica y se relacionan con los rasgos del perfil de egreso. (...) Desarrollen el interés y el gusto por la lectura, usen diversos tipos de texto y sepan para qué sirven; se inicien en la práctica de la escritura al expresar gráficamente las ideas que quieren comunicar y reconozcan algunas propiedades del sistema de escritura (PEP 2011, p. 39).

Siguiendo con la funcionalidad del lenguaje del PEP 11, fue como de manera cotidiana invitaba a los niños a formar una media luna con sus sillas al centro del salón, con gran alboroto buscaban su turno, –¡Hoy me toca a mí hablar! –, ¡No, me toca a mí!, – ¡Busca en la lista! –, decían moviendo sus manos, con su mirada concentrada en mí, trataban de convencerme, yo atendía sus voces inquietas y deseosas de ser escuchadas. –¿Ya están listos para el tiempo de compartir? –, les preguntaba. En una silla al frente del grupo se sentaba el niño que quisiera compartir algo de su interés, un suceso de vida, algún sueño, idea; el resto de los niños debían prestar atención, para que al final tuvieran la oportunidad de opinar y hacer preguntas al respecto.

A diferencia de lo que sucede habitualmente en los jardines con el intercambio inicial, en el que se busca la participación generalizada de los niños, la rutina de Tiempo de compartir privilegia la participación diferenciada de los chicos. Un niño por vez toma la palabra como principal locutor, mientras que los demás limitan su intervención a hacer comentarios y preguntas sobre el tema planteado por el protagonista de ese tiempo (Borzzone de Manrique, 1998, p.63).

El tiempo de compartir ha sido una actividad permanente en mi labor educativa, cuando leí por primera vez de esta propuesta en la ENMJN, me pareció muy interesante, ya que definitivamente coloca al lenguaje oral en un lugar prioritario en el aula. Dándole relevancia a una necesidad básica de comunicación, que por la edad en la que los niños se encuentran requiere de estímulo para desarrollarla y enriquecerla de manera natural, incluso antes de sumergirlos de manera formal en la lengua escrita. “Todos los textos escritos tienen

que estar relacionado de alguna manera...con el mundo del sonido, el ambiente natural del lenguaje, para transmitir sus significados”. (Ong, 1987, p. 17). Por mi experiencia escolar en la infancia, ahora como docente sabía que tenía que implementar el uso de la oralidad en el aula, para lograr cambiar la realidad que ha prevalecido por años dentro de las instituciones educativas.

En definitiva, era necesario que mis parlantes alumnos no tuvieran que esperar el recreo para tener un tiempo de oralidad libre, como lo fue mi caso y que más adelante detallo. Por el contrario, ellos debían tener diferentes momentos donde expresaran qué saben, qué sienten, qué les gusta, les interesa, sueñan y desean; así de manera paulatina desarrollarían un habla más estructurada, un vocabulario más extenso, preciso y variado, pasarían de un lenguaje de situación a uno de evocación, desarrollando su capacidad de reflexión, comprensión, escucha activa, además de seguridad y confianza para participar en público. Como lo pretende el perfil de egreso del Plan y Programa de Educación Preescolar 2017 (PEEP 17), que surge con el nuevo modelo educativo y que actualmente respalda mi trabajo en el aula. Los niños deben “Adquirir confianza para expresarse, dialogar, conversar en su lengua; mejorar su capacidad de escucha y enriquecer su lenguaje oral al comunicarse en situaciones variadas” (PEEP, 2017, p.188).

El camino por esta vereda me llevó hasta un lugar lleno de hermosas flores, visitarlo con mis alumnos fue también una actividad constante en mi trabajo cotidiano. Un salón pequeño con repisas de madera repletas de libros infantiles, miles de hojas impresas con letras e imágenes coloridas. Los libros del rincón eran la principal colección, la cual contaba con gran diversidad de géneros, formatos y autores que han estado presentes en las escuelas de educación básica desde la década de los ochenta y cuyo propósito ha sido estimular y fortalecer la formación de lectores.

Recuerdo muy bien la primera vez que entré a esta biblioteca escolar recién llegué a trabajar al Jardín de niños. Con gran interés me acerqué a este acervo literario, acaricié con mis dedos el lomo de cada uno de los libros haciendo un recorrido de inicio a fin en cada una de las repisas. Perfectamente ordenados, inventariados, enumerados, en su mayoría en buen estado, los cuales pensé para mí, respondían a diferentes intereses, gustos y necesidades de lectura que los niños pueden tener.

Me sumergí en las letras e imágenes al tomar al azar algunos de estos libros, distintos tamaños, formas, colores, olores y texturas inundaron cada uno de mis sentidos, no pude parar de mirar. Por un tiempo me di el placer de leer dos o tres libros diarios al terminar la jornada laboral, el propósito era conocer las historias de los más de trescientos títulos que le dan vida a esta pequeña biblioteca escolar. Meses después dejé este hábito, mis ojos carentes de experiencia literaria no alcanzaban a valorar completamente la riqueza que ofrecían y no profundice más. Sin embargo, se acercaba cada vez más el tiempo de mi reencuentro con la lectura desde la mirada de una segunda infancia, que en próximas páginas contaré.

Dentro del aula, la misma historia se repetía, pero el acervo en menor cantidad y calidad, ya que la mayoría de los libros estaban desgastados por el uso cotidiano de ciclos anteriores, sin embargo, con la puesta en marcha del NME (Nuevo Modelo Educativo), llegaron a las escuelas nuevos textos informativos y literarios con los que pude enriquecer el acervo en el aula y que como ya contaré en el siguiente capítulo, forman parte de la biblioteca Amor por los Libros que inauguré con mis alumnos en un proyecto para animar a la lectura.

– ¡Antes de iniciar, recordemos los acuerdos! –, invitaba a los pequeños para poder hacer uso de este espacio. La dinámica empezaba con la exploración libre de diversos textos de manera individual, en parejas o pequeños equipos –¡Yo quiero éste!, – ¡Ése ya lo leí!, – ¿Te lo cuento? –, ¿Te acuerdas de éste que leímos en el salón? – podía escuchar en sus conversaciones. Una de las estrategias que más les gustó, donde su participación era activa y se mostraban interesados se llama Creando una Historia. En ella jugaban con las historias de los libros, proponiendo otros finales, agregar o quitar personajes, compartir ideas para formar nuevas. Los títulos que utilicé regularmente eran los que ya conocía y retomaba año con año. También, cuando se hacía necesario comunicar información a otras personas, escribíamos diversos portadores de texto. Invitación para la celebración de mamá o papá, tarjeta de felicitación para las fiestas decembrinas, una carta en el día del amor y la amistad, receta para elaborar platillos nutritivos y otros tantos más.

Teniendo alrededor diversas flores coloridas, había elegido solo algunas para que me acompañaran en el camino, cada ciclo escolar implementaba estas y otras situaciones didácticas muy conocidas por mí, que adecuaba a las características de los grupos a mi cargo. Fue en ese momento, cuando caí en cuenta que un lobo algo feroz había aparecido de repente,

sigiloso me invitó de alguna manera a seguirlo por el camino de la rutina, cotidianeidad, que aburría, cansaba mi labor y por ende a los pequeños también. Que a pesar de no conocer dichas actividades y en cierta manera participar interesados, en ocasiones el impacto no era el que yo esperaba; tal vez porque mi actitud ante la repetición y mecanización de lo común resultaba evidente para ellos.

Con estas experiencias, los cambios que había tenido la educación en México, durante los últimos años de reformas y nuevos programas, entré en una profunda reflexión sobre lo que pretendían estas propuestas curriculares de formar ciudadanos críticos, analíticos y reflexivos, con valores éticos, morales. Y cómo es que hay factores que son necesarios considerar, para que se logre cumplir con este objetivo. Situaciones importantes, que van desde el número de alumnos que atiende cada docente en su aula para que la educación sea de calidad, hasta el hecho de considerar propuestas curriculares más contextualizadas y acordes a las características y necesidades de la sociedad mexicana.

Pero la más importante a mi parecer, es la intervención docente, la cual debe romper paradigmas que han prevalecido por años, actualizándose para lograr una transformación que permita implementar otras formas de construcción del aprendizaje colectivo en su labor de enseñanza. Bolívar (2014), es contundente, cuando señala la necesidad de un desengaño ante las reformas educativas, ya que el cambio se moviliza desde el centro, en las escuelas, con el aprendizaje profesional de los maestros a través de la colaboración en una comunidad de aprendizaje, entendida como un proyecto compartido que rompe con el individualismo y permite al profesorado un cambio hacia la mejora de la educación.²

Por todo lo anterior, estaba en el momento justo para empezar a conocer nuevas propuestas, estrategias, materiales, que me permitieran seguir favoreciendo el desarrollo holístico de los niños que cada año atendía en esta etapa tan crucial para su vida. Y de esta manera participar activamente desde mi función, para formar este ideal de ciudadano. ¡Las palabras de aquella maestra de la Normal nuevamente resonaron y se unieron a esta nueva

² Conferencia: Las Escuelas como comunidades de Aprendizaje. Antonio Bolívar, (2014). <https://www.youtube.com/watch?v=LXnFyWlyAGO>

ilusión, ¡Sería muy interesante que le dieras continuidad a este documento con más experiencia en el campo laboral!

Iniciar la búsqueda de un nuevo lugar dentro de este camino largo, que hasta el momento había sido muy enriquecedor en mi vida personal y profesional, me daría la oportunidad de elegir distintas flores, para acompañarme y alimentar los deseos de crecer y aprender de mis alumnos, aquellos alborotados verdes pastos, que seguirían la luz de un radiante sol, y al mismo tiempo me alejaría de ese lobo algo feroz, que sabía tendría la astucia para seguir al asecho en cualquier oportunidad.

Pero qué pasó en la vida de caperucita antes de adentrarse en el bosque. Cómo vivía en casa y qué aprendía en la escuela. Por qué siempre vestía esa capa roja. Es momento de remontarme a la génesis de esta historia, para entender las vicisitudes que seguiré escribiendo en los siguientes capítulos. Como menciona Bolívar (2001), narrar es acercar a los “...hechos/acciones y, a partir de su análisis/comprensión conjunta, interpretar y construir nuevas historias/relatos, en las que inscribir el posible cambio y mejora” (p. 16).

CAPITULO II

TAN SOLO UNA CAPA ROJA PARA LUCIR EN LA LENGUA

*Soñamos narrando, ensoñamos narrando, recordamos,
prevemos, esperamos, nos desesperamos, creemos,
dudamos, planificamos, revisamos, criticamos,
construimos, cimentamos, aprendemos,
odiamos y vivimos por medio de narrativas*
Meza, 2008

Llena de nostalgia, recuerdo mi primer acercamiento con literatura infantil. La historia de una niña de capa roja me transportaba a un hermoso bosque, donde imaginaba distintas maneras para escapar del lobo feroz. No sé exactamente qué edad tenía cuando *Capercucita Roja* se convirtió en mi narración preferida. Aún puedo escuchar la voz suave de mi mamá, quien paciente buscaba un tiempo libre en el absorbente negocio contable, que años atrás había emprendido con mi papá e instalado en la casa de mis abuelos.

Nos sentábamos en los sillones aterciopelados color vino de sala, con cariño me relataba cómo la pequeña al ir a ver a su abuelita y entregarle una canasta de pan, tenía que elegir entre el camino largo y el corto. Ahora sé que los niños que escuchan relatos de los adultos que los rodean, aprenden de la aventura, el peligro, la sorpresa, el castigo al malvado, el premio al héroe o los desenlaces felices y en muchas ocasiones esas enseñanzas ayudan al niño a entender la realidad del mundo del cual forman parte (Cerrillo, 2016). Cuando mi mamá me contaba esta historia, siempre solía decir que para evitar peligros debía de obedecer y no hablarle a personas extrañas. Estas contundentes palabras me provocaban miedo, aunque en el fondo sabía que su amor y precavidos cuidados figuraban en ellas.

Era divertido colaborar en la narración, preguntar al lobo feroz: ¿Por qué tienes esos ojos tan grandes abuelita? –¡Para verte mejor hijita! –¿Y por qué tienes esas orejas tan grandes abuelita? –¡Para oírte mejor hijita! –¿Y por qué tienes esos dientes tan grandes abuelita? –, entonces terminaba con un fuerte grito al escuchar la intervención de mi mamá, –¡Para comerte mejor! –, una mezcla de miedo y sorpresa, imagino se escuchaba al final de nuestra calle. Garzo (2013) reconoce que: “Los cuentos no solo son importantes por las enseñanzas que contienen, sino porque prolongan el mundo de las caricias y los besos de los

primeros años de vida y devuelven al niño al país indecible de la ternura” (como fue citado en Cerrillo 2016, p. 45).

La luz del sol entraba por la ventana de la sala, se colaba por mi recámara, poco a poco aventaba las cobijas con mis pies, estaba lista para disfrutar el día. Prendía la televisión, la videocasetera y empujaba el casete de la película de la cenicienta, que disfrutaba ver en repetidas ocasiones. Un alfabeto móvil de madera dentro de una caja dura y pesada era uno de mis juegos favoritos, con él pasaba horas escribiendo mi nombre, el de mi mamá, papá o cualquier palabra que llamaba mi atención. Acomodaba las letras negras con fondo café que brillaban por el barniz que las recubría, a través de los sonidos de las sílabas intentaba escribir. Cuando se terminaban las letras de la caja, emocionada buscaba a mi mamá por toda la casa, tomaba su mano para llevarla a mi recámara, le pedía leyera las palabras en voz alta, para que me diera cuenta cuáles estaban bien escritas o faltaban letras, juntas las corregíamos y de nuevo iniciaba el juego.

Mi colección de cuentos de Disney fue otro pasatiempo que disfruté en gran medida, más de diez libros de colores dentro de su empaque, una caja de cartón duro que simulaba una casita. Tomar cada libro, formarlo en el suelo, observar una a una las portadas de todas las historias que volvieron famosa a esta empresa, elegir uno, después otro y otro, leerlos a través de sus lindas, coloridas y expresivas imágenes me fascinaba. Me pasaba lo mismo que con la película *La Cenicienta*, la veía varias veces sin aburrirme, cada vez encontraba un detalle distinto que me cautivaba. Y a pesar de no tener consolidada la lectura, no perdía de vista las imágenes, las cuales permitían entender la secuencia del relato, debido a que en los libros ilustrados su función está subordinada al texto, es decir ejemplifican lo que dice la historia (Arizpe, 2004).

En este mismo tenor, Goldsmith (1984) señala que “Al comunicarnos por medio del texto escrito con personas que no saben leer, las ilustraciones son esenciales”, (como fue citado en Arizpe 2004, p.57). Por lo anterior, considero que es de suma importancia durante la infancia, iniciar una alfabetización visual a través del contacto directo y constante a lo largo de la vida, con diversos tipos de textos donde las imágenes tomen un papel fundamental, que permitan desarrollar múltiples capacidades intelectuales en los niños y un placer genuino por aprender y disfrutar de la lectura.

En ciertos momentos del día, solía ver a mi mamá leer libros. Leía en voz baja, pasando delicadamente una a una las páginas, se veía tranquila e interesada. En realidad, fueron pocas las veces que ella me leyó algún cuento, en mi mente solo quedó la niña de la capa roja. Hoy me doy cuenta de que el interés y entusiasmo que tenía por la lectura no fue aprovechado para fomentarme un hábito placentero, ya que como señala Garrido (2005), es necesario ser educado en casa para disfrutar la literatura, cultivar la imaginación y la creatividad, incluso antes de ir a la escuela, de manera que al leer un libro literario seamos conscientes de lo increíble que es conocer y formar parte de otros mundos.

Por la tarde, era mi turno de sacar los libros y cuadernos, al lado de mi mamá me sentaba en el comedor, iluminado por una gran ventana de la que se colaba una corriente de aire ligera que levantaba las cortinas tejidas que decoraban la habitación. Hacer la tarea era otro episodio que disfrutaba ya que solía terminarla rápidamente, esto hizo que al culminar la preprimaria ya supera leer y escribir. Así fui aceptada en una de las primarias particulares más populares de la zona. Pero lo que parecería un futuro prometedor en mi vida escolar, en realidad sería un torbellino de frustraciones, que más adelante explicaré. Y tal cual el cuento de *Caperucita Roja* me encontraría dentro de un profundo bosque, usando solo una capa roja para aprender la lengua.

2.1 Mi voz en canciones, rimas y juegos de palabras

La la la la la la la la, soy Caperucita Roja, cantaba dando saltos cortos y altos alrededor de la higuera del patio de la casa de los abuelos. Mi prima era el lobo y pronto me interceptaría para evitar que continuara el camino. La letra de esta pequeña rima daba entrada a una divertida canción para iniciar el juego del lobo, *Jugaremos en el bosque mientras el lobo no está aquí, porque si el lobo aparece, a todos nos comerá, ¿lobo estás ahí?*, las risas se escuchaban por horas, hasta que la sed nos pedía un descanso bajo la sombra de ese gran árbol.

Esta imagen es la alusión más cercana de mis primeras palabras. Traté de fijar en mi mente algún detalle más lejano, tal vez cómo es que empecé a comunicarme con mi familia, pero todo en blanco, Sólo di vueltas y vueltas sin encontrar nada. Recordé que mi mamá guardaba con gran cariño un diario, que se va escribiendo conforme los hijos crecen. En sus

páginas se detallan algunos momentos importantes de mi infancia y hallé lo que tanto deseaba saber, el principio de mi oralidad.

En un librero negro mate, yacen empolvados los álbumes fotográficos familiares. Curiosa por saber más de mi pasado, tomé el que estaba a mi alcance en la primera repisa. Observé algunas fotografías, la primera chupando mi dedo gordo del pie mientras estoy recostada en la arena de una playa de Acapulco, otra disfrazada del personaje de caricatura Vilma Picapiedra para una fiesta infantil, la última en el primer día de preescolar posando con mi uniforme nuevo; suspiro, sonrío y cierro el álbum. Continuo hojeado otros más, al final del montón alcanzo a ver un pequeño libro delgado color rosa y en la portada una leyenda que decía: *Los días felices de mi bebé*.

Lo tomé y comencé a leer algunas líneas, por un momento olvidé que buscaba, mis ojos se llenaron de nostalgia al saber varios detalles de mi infancia. Algunos los conocía, otros los había borrado y pocos simplemente era nuevos. Un mechón de pelo atado con un listón rosa y la pulsera que llevaba en mi muñeca justo después de nacer, hacen que las lágrimas salgan a prisa de mis ojos. Me toma unos segundos recuperar la calma, leo y reviso una a una las páginas de este pequeño diario, hasta que por fin encuentro el inicio de mi oralidad: *A los diez meses Hilda dice sus primeras palabras, mamá, papá y agua*.

La ansiedad que sentía por no recordar se desvaneció por completo. Fue maravilloso regresar a mi infancia, en cuestión de minutos, las palabras escritas en este diario me llenaron el alma y el corazón de alegría. Valiosos recuerdos que mi madre supo guardar en estas páginas, memorias que abonan a mi historia. “La mortalidad del texto, su apartamiento del mundo visual humano vivo, su rígida estabilidad visual, aseguran su perdurabilidad y su potencial para ser resucitado dentro de innumerables contextos vivos, por un número virtualmente infinito de lectores vivos.” (Ong, 2013, p.84). He comenzado a escribir el diario de Diego, mi hijo, deseo que en un futuro conozca su historia a través de la mía, en un texto escrito que deje huella a través del tiempo, al igual que este relato de vida.

En las siguientes páginas, encontré las canciones, rimas y juegos de palabras que solía repetir en compañía de mi familia: *También canta con sus papás y abuelitos las tortillitas de manteca, yo lo tengo, papas y papas, y la mocita desde los nueve meses y a los diez meses sabía cómo hacer el gatito y el perrito*. Las canciones y los juegos de palabras han sido un

sello característico en el núcleo familiar, mi mamá me cantaba, también le cantó a mi hermano y primos. Quién iba a decir que años más tarde, mi hijo al igual que yo, también escucharía y emitiría sus primeros sonidos y palabras, al escuchar estas divertidas historias musicales. La sociedad tradicional, señala Turin (2014):

Ha puesto al alcance de las madres y nanas un repertorio de canciones infantiles, canciones de cuna, rimas y juegos verbales que le dan valor a la voz, la melodía, el ritmo, la entonación y las sonoridades, lo cual agudiza la percepción de los sonidos y la impregnación rítmica, que a su vez ayuda también a construir nociones de causalidad y de temporalidad. (como fue citado en Cerrillo, 2016, p. 37)

Hoy sé, que todo comienza en casa y continúa en la escuela, es un vaivén de experiencias que se enriquecen, alimentan para que los niños logren conocer, comprender, amar el hermoso mundo del cual forman parte. Braslavsky (1994) considera la casa y la escuela como las primeras agencias socializadoras, donde los niños van creciendo y aprendiendo en el día a día. En la familia se procuran lazos afectivos, valores y normas, se ayuda al niño a crear su identidad para insertarse a la sociedad. En la escuela el niño comienza a establecer relaciones duraderas con otras personas ajenas a su núcleo familiar, reconoce nuevos modelos de autoridad y su principal objetivo es la adquisición de conocimientos a través de un aprendizaje formal y un currículo determinado.

Mis evocaciones son más claras en la edad preescolar, alrededor de los cuatro años, por ejemplo, era usual que mi mamá me despertara y juntas iniciáramos el día. Vestirnos, desayunar, ir al baño antes de salir, caminar hacia la escuela, todo acompañado de cantos chistosos y juegos de palabras que disfrutaba en gran medida < ¡Pón, pón, pón, la colita del ratón, pón, pón, pón, chiquitito y juguetón! >. Aún recuerdo el recorrido característico que hacía todos los días para llegar a la escuela. Comenzaba con puestos de ropa, perfumería y calzado, continuaba con huacales llenos de frutas y verduras, grandes refrigeradores con carne exhibida entre cilantro verde mojado. Y sonido de una máquina de tortillas a lo lejos, me anunciaban, que estaba cerca la puerta del Centro de Desarrollo Infantil (CENDI) donde inicié el preescolar y que se encontraba dentro del mercado de mi colonia. Por dentro paredes blancas con dibujos de animalitos muy coloridos, al fondo del patio jardineras con flores amarillas e insectos interesantes caminando por las verdes hojas.

Los columpios y las resbaladillas de fierro al centro, siempre me invitaban a pasar un rato de diversión, un espejo de agua, que para mí era una gran alberca, son una postal que mi mente guarda con singular nostalgia. Dentro de mi aula, me mantenía muy interesada en despegar de mis manos los residuos de pegamento que les quedaba al terminar de decorar la letra A con sopita de estrellita. Me agradaba probar el polvo de los gises que se acumulaba en el soporte del pizarrón, cuando la maestra terminaba de trazar las vocales mientras cantaba *<Primero verás que pasa la A con sus dos patitas muy abiertas al pasar>*. Me entusiasmaba usar pequeños pedacitos de crayones de muchos colores para plasmar en hojas revolución mis primeros trazos y garabatos.

Era muy divertido escuchar las notas agudas y graves del piano, que marcaban el ritmo de los cantos y juegos que con singular alegría bailaba y cantaba, *<En la tienda está un periquito azul, entre los pajarillos...buenos días la la la, buenos días la la la, así nos saludaremos...una rueda muy bien hecha, vamos todos a formar, y si queda muy bien hecha, cantaremos la la la>*. Sin duda las canciones, rimas, y juegos de palabras de uso popular, resultan un juego divertido en casa para que los niños inicien su proceso oral y en la escuela es una herramienta didáctica interesante para enriquecer y ampliar sus habilidades comunicativas, facilitan el desarrollo de la conciencia fonológica donde poco a poco logran comprender la segmentación y combinación de elementos sonoros y posteriormente descubren la organización del sistema alfabético para promover el aprendizaje posterior de la lectura y la escritura (Manrique, 1994).

Ansiosa esperaba a que llegara el fin de semana, todos los sábados tocaban a la puerta mis vecinas con quienes solía jugar por largas horas. Nos encantaba montar escenarios con cobijas, cojines, telas coloridas y brillantes. Elegíamos objetos que nos transportaran a palacios de princesas, tapetes rectangulares formaban una larga alfombra que guiaba el camino hacia el gran trono de la reina que era un sillón de madera con tapicería floreada de terciopelo. Velas, figuras de porcelana daban un toque de realidad a nuestro juego, de la vitrina de mi mamá tomábamos las copas para brindar con vino sabor refresco de manzana.

Tú primero dices *< ¡Buen día reina Hilda, la princesa Leslie y Ana quieren brindar con usted por su cumpleaños!, mientras haces una reverencia y me sonríes>* y luego yo digo *< ¡Que pasen al salón principal!, y te señalo los sillones con cara elegante>*. Así comenzaba el juego, tomando acuerdos para saber qué decir, cómo, en qué momento, “Los seres

humanos se comunican de innumerables maneras, valiéndose de todos sus sentidos, el tacto, el gusto, el olfato y particularmente del oído” (Ong, 1987, p. 16). A veces éramos reinas, otras amigas de la universidad. También nos convertíamos en maestras, alumnas, doctoras, y actrices. Lo mejor de todo era soñar e imaginar con ser cantantes, con micrófono en mano teníamos el poder de escuchar y expresar a través de canciones nuestras ideas, anhelos, gustos, deseos, sueños, etc. Las letras y melodías de la onda vaselina y timbiriche eran parte de nuestro repertorio preferido.

¡Hilda, ya recoge todo que mañana vas a la escuela!, me gritaba mi mamá desde la cocina, apenas y le entendía, mientras lavaba los trastes el ruido de los vasos que chocaban y el agua saliendo del grifo entrecortaban su voz. Comenzábamos a desmontar, no sin antes pronunciar los últimos diálogos del juego o cantar las últimas estrofas de aquellas canciones. Al día siguiente me despertaba muy temprano para la escuela. El recorrido era en carro, viajaba en la parte trasera, sentada miraba por la ventanilla mientras acariciaba el cierre metálico de mi mochila y tarareaba la letra de mis canciones favoritas. Mi papá se estacionaba en la esquina del colegio, mamá bajaba primero y me abría la puerta. Presurosa me despedía de él con un beso. Cruzábamos la calle mirando de un lado y del otro y entraba a la escuela después de darle un gran abrazo a mi mamá.

La maestra, quien saludaba con un: ¡Buenos días!, nos pedía sacar el cuaderno de cuadro grande para copiar algunos enunciados, que ilustrábamos con recortes de revista. Siempre me sentaba junto a mi amiga Iris, y mientras trazábamos con nuestro afilado lápiz todas las letras, nos adentrábamos en amenas pláticas sobre lo que habíamos hecho el fin de semana. Sin embargo, era poco el tiempo que lográbamos charlar, ya que la maestra siempre nos interrumpía diciendo < ¡El recreo es para platicar, el salón no!, y así permanecíamos en silencio el resto de la clase con algo de molestia e inconformidad, entonces salir al patio era un momento que esperábamos con gran emoción.

El enfoque gramatical de la lengua estaba presente en la intervención educativa de la maestra, es decir, como señala Cassany (1990), su función estaba centrada en que: “Los alumnos aprendan aquello que debe decirse, lo que dicen los libros de gramática: la normativa. Lo importante es que sepa decir lo que es correcto y lo incorrecto.” (p. 64), dejando de lado la importancia que la oralidad tiene como antecedente de la escritura, dando por hecho que su naturalidad “Hablar equivale a ser humano” (Meek, 1991, p. 25), no

requiere de un espacio dentro de la educación formal para enriquecerla, estimularla y desarrollarla, entonces pasa lo contrario de lo que señala Ong (1987) “La escritura no redujo la oralidad, sino que la intensificó...” (p. 19), en el caso de mi contexto escolar y de muchos otros, hasta hoy en día la restringen en gran medida

Culminábamos la plática sentadas en los escalones de la entrada principal, entre el bullicio de las risas, juegos de nuestros compañeros y el silbido de los columpios que se mecían al ritmo de uno y dos. Éramos muy cautelosas, y antes de que el recreo terminara solíamos sortear con retahílas los turnos para las escondidillas y los encantados, <zapatito blanco, zapatito azul o de tñ marín de do pingüe>. El Marinero que se fue a la mar, también formaba parte de la diversión, que ponía a prueba nuestra coordinación motriz en un juego de manos, y la fluidez oral para cantar cada vez a mayor velocidad, las palabras que contamos y cantamos con el ritmo y sonidos de nuestra lengua (Cirianni y Peregrina, 2007). Después de media hora de juego libre se escuchaba el timbre y rápidamente nos formábamos al frente de la entrada principal, la maestra se colocaba al principio de la fila y decía: - ¡Tomar distancia por tiempos 1, 2, 3 ¡- y avanzábamos al salón.

2.2 Bailando, entre garabatos, letras y planas.

Todas las tardes al terminar la escuela, me sentaba a jugar debajo de la higuera de ramas torcidas, hojas verdes y deliciosos higos morados, que gustosamente comía al escucharlos caer sobre el patio de la casa de mis abuelos. Tomaba una canasta hecha de varas secas, que tenían abandonada cerca de aquel árbol y metía varios de estos frutos. Imaginaba ser caperucita roja, cantando y bailado en el bosque. Desde ahí, alcanzaba a observar la recamara de mi abuelo, quien sentado en su sillón café aterciopelado, pasaba las tardes leyendo el periódico o algún libro.

Mi abuela, en la cocina revisaba su libro de recetas, escrito con letra cursiva que hasta la fecha usa y pocos entienden. Concentrada escribía en una hoja de cuaderno lo que compraría en el mercado para la comida, mientras me acercaba cautelosamente y le preguntaba – ¡Abuela!, ¿Por qué tienes esas orejas tan grandes? – ¡Para oírte mejor!, me decía– y ¿Por qué tienes esa nariz tan grande? – ¡Para olerte mejor! – y ¿Por qué tienes esa boca tan grande? – ¡Para comerte mejor! Y comenzaba a correr, ella simulaba querer atraparme, tomaba mi mano y decía: - ¡Ándale, vamos al mercado! ¡Ahorita sigues jugando, ya es tarde!

Hasta ese momento las letras que veía a mi alrededor eran escritas, leídas por mis abuelos, papás y maestra. Yo escribía algunos trazos y garabatos, con un sentido y significado importante para mí, imitar lo que los adultos hacían para interactuar y comunicarse con otras personas. Recuerdo la tradicional carta de los reyes magos, donde plasmaba a través de marcas gráficas, letras y dibujos, los juguetes que deseaba ver en el árbol de navidad, al despertar la mañana del seis de enero.

Si en éste momento tuviera en mis manos esas cartas, podría identificar muy bien los niveles que señala Ferreiro (1997), por los cuales transitan los niños durante el desarrollo de su lenguaje escrito. En el primer nivel distinguen entre el dibujo y la escritura. Los principios organizadores cualitativos y cuantitativos se vislumbran en el segundo. Y finalmente, en el tercero comienzan a relacionar sonidos con grafías, en tres modos evolutivos: la hipótesis silábica, silábica-alfabética y alfabética. Cada uno de estos niveles, representa el proceso de aprendizaje de la lengua escrita, que se da a través de las vivencias que los niños adquieren en el contexto familiar y escolar, que son un parteaguas para que sigan desarrollando habilidades comunicativas y lingüísticas.

El sol brillante de la tarde había calentado ya la resbaladilla y los columpios del jardín del mercado de mi colonia, donde solíamos ir los fines de semana; mis piernas estaban coloradas de aguantar la ardorosa lámina. Desde la banca mi mamá me llamaba – ¡Hilda ya vámonos! ¿Qué no tienes hambre? – Presurosa corría hacia ella, le daba la mano y nos dirigíamos a casa de mi abuela. En el camino, me decía que en pocos días me cambiaría de escuela, una a la que ella llamaba *preprimaria*, donde me enseñarían a leer y escribir, por lo que ya no tendría mucho tiempo para venir a los juegos.

Desde ese día, comencé a escuchar más a menudo esta palabra en las conversaciones de mis papás, *preprimaria*. Un día en la sobremesa en casa de mis tíos, ambos les contaban que, durante la entrevista con la directora les aseguró que me prepararían para entrar a la primaria con una lectura y escritura muy bien estructurada. Yo sólo me imaginaba lápices, hojas y muchas letras cada que se tocaba ese tema.

Iniciar el proceso de alfabetización formal, puede darse en ambientes de aprendizaje donde los niños y niñas participen de manera activa y en colaboración con otros, a través de

experiencias significativas, desde sus conocimientos previos y respetando ritmos y estilos de aprendizaje. En contra sentido estas habilidades pueden mecanizarse en la memorización, repetición y reproducción de modelos propuestos sin ninguna función real, en cortos periodos de tiempo y con el propósito del éxito escolar (Jiménez, 2017).

Aprender a descifrar graffías, era el principal propósito que tenía la escuela para los niños en edad preescolar que permanecían en sus instalaciones. Y para mis papás, resultaba muy importante que yo adquiriera estas habilidades comunicativas, ingresar a la escuela primaria particular, que ya habían elegido para mí y cuyo requisito yacía en haber consolidado este proceso de manera convencional.

Semanas después inició el nuevo ciclo escolar, viajaba como siempre en la parte trasera del carro. Sentada junto a la ventana miraba mi uniforme nuevo, vestido gris y suéter rojo. Al bajar no creía que fuera la escuela, la fachada de una casa me recibía. Por fuera, la puerta de rejas negras, por dentro paredes blancas con dibujos coloridos. Un mecate rasposo a un costado del patio cercaba los columpios y resbaladilla de madera. Esto daba cuenta de que me encontraba en el lugar correcto. Al otro lado una explanada donde cada lunes desfilaba la bandera y de frente la entrada principal hacia los salones.

Un pasillo largo y con poca luz me conducía a mi nuevo salón, el cual tenía una puerta de madera con manija de recámara, dos ventanas grandes con cortinas blancas y rejas negras que las protegían. De lado derecho, un enorme pizarrón verde con una cuadrícula marcada en color blanco que no era gis, porque no se podía borrar y donde estaban escritas las letras del abecedario. En la parte izquierda el escritorio de la maestra grande de madera brillante, con una pila de cuadernos forrados de color amarillo. Al centro del salón, mesas cubiertas con plástico y sillas de madera color azul cielo, formaban pequeños hexágonos que mis compañeros y yo ocupábamos todos los días durante el trabajo en este espacio.

Cargaba una pesada mochila en mis hombros, con libros y cuadernos que acompañaban mi aprendizaje. Al entrar al salón la dejaba caer en la silla y me acomodaba para iniciar el día. Uno a uno llegaba mis compañeros y la maestra, quien saludaba con un: *¡Buenos días!* Ya no escuchaba ni aprendía canciones, todos los días usábamos ese libro de imágenes grises con toques naranja y con muchas letras escritas. Las vocales estaban en las

primeras páginas, con algunas palabras e imágenes para ilustrarlas: *Aa-árbol, Ee-elefante, Ii-iglú, Oo-oso, Uu-uva*>. Más adelante empezaban las sílabas que al combinarlas entre sí, podían formar palabras cortas <me-sa, so-pa, ro-ca, cu-na> y seguían los ejercicios para completar oraciones con letras o palabras.

En la parte final del libro, había pequeños textos que la maestra solía leer en repetidas ocasiones, para después pasar a las preguntas finales, ¿De qué color era el cabello de la muñeca?, ¿A dónde la llevaban de paseo? Dar respuesta a estos cuestionamientos en este nivel educativo era sencillo, bastaba con escuchar e identificar los adjetivos calificativos o sustantivos. En la primaria y secundaria, al utilizar el lenguaje escrito de manera convencional además de atender la lectura, se podía buscar la respuesta leyendo de nuevo el texto. Esta resultaba ser la comprensión lectora que los profesores proponían en su práctica educativa.

Garrido (2005), nombra a la simulación lectora como “Decir las palabras sin calar en el entendimiento” (p. 20), es decir se repite el discurso sin llegar a un entendimiento. La comprensión se vive en un proceso que evoluciona, se transforma con el paso del tiempo y las experiencias. “Comprender es atribuir sentido y significado a un signo” (Garrido, 2005, p. 21). Donde las angustias, euforias, ternuras, amores se fusionan con lo rígido del saber, la cognición, el juicio y la razón. Logrando un valor único a las palabras

Los cuadernos tenían cuadrícula grande y doble raya, con cruces rojas y puntos azules en el margen para iniciar con las planas de letras, ejercicios de caligrafía y letra cursiva. Fue aquí donde conocí la palabra tarea, circulábamos con rojo las páginas del libro que debíamos hacer en casa. La maestra recogía los cuadernos para marcar el ejemplo de las planas que complementarían el trabajo. Hacer lo mismo en casa era aburrido y repetitivo, parecía que tenía dos maestras, la de mi escuela y mi mamá. Las dos me decían cómo hacer las cosas, borraban mis letras cuando no las hacía bonitas, me apuraban y revisaban al terminarla.

Después del recreo, la maestra comenzaba a nombrarnos uno a uno para entregarnos los cuadernos, señal de que el día había terminado. Guardábamos todo en la mochila y salíamos formados al encuentro con nuestros papás. La puerta se abría, en realidad nunca sabía quién pasaría por mí, mamá, papá o algún otro familiar. Claro no podía irme con algún

desconocido, el lobo feroz siempre está al asecho, mi mente recordaba las palabras de mamá. Lo característico del camino a casa, este pequeño dialogo – ¿Cómo te fue?, ¿Qué hiciste en la escuela? - a lo que yo siempre respondía: - ¡Ps escribir y escribir! – y así comenzaba el tan añorado fin de semana.

2.3 Solo con una capa roja.

Antes de salir al bosque, caperucita se ponía su capa roja y se preparaba para adentrarse en las profundidades de un bosque, y así como ella, yo hacía lo mismo. Un jumper a cuadros azul marino, calcetas blancas a la rodilla, zapatos negros y una coleta adornada con un listón rojo, era el uniforme oficial de mi nueva escuela. Al bajar del transporte escolar, que todos los días me recogía a las siete en punto de la mañana, me recibía la enorme puerta azul rey de la *Escuela Primaria David Livingstone*.

La mochila que cargaba en hombros era aún más pesada que antes, muchos cuadernos y textos desbordaban al abrirla. Un libro para español, otro para matemáticas, ciencias naturales, ciencias sociales, civismo, inglés, música, y no sé cuántos más. Dentro de la escuela, muchos salones a mi alrededor, pasillos largos, tres pisos en dos edificios contiguos, incluso, tenía que subir escaleras para llegar hasta mí salón. Paredes blancas, pupitres de madera color café, el escritorio de la maestra a lado de un enorme pizarrón blanco donde se escribía con plumones de colores, formaban parte de mi nuevo contexto escolar.

Todo era distinto al preescolar y la preprimaria, ahora tenía varias maestras, pocos amigos, mucha tarea, más cuadernos y libros. Un texto con gran peso fue la *Guía práctica*³, recuerdo que la usé constantemente durante los tres primeros años de la primaria. La rutina iniciaba cuando la maestra nos pedía sacar este gran libro de la mochila, escribía en el pizarrón la página que trabajaríamos y nombraba a la persona que tendría que empezar a leer. No recuerdo de manera exacta alguna lección, sin embargo, aprendí el concepto de sujeto, predicado, sustantivos, adjetivos, artículos, preposiciones y otros.

Después de este manual escolar, venía el cuaderno, donde hacíamos ejercicios escribiendo enunciados, subrayando con colores las partes de la oración, conjugábamos

³ Libro de gran volumen con actividades y ejercicios de español, matemáticas, ciencias naturales, etc.

verbos, enlistábamos palabras con sinónimos, antónimos y tomamos dictados. Antes de acabar el día, sacábamos la libreta pequeña de tareas, anotábamos las páginas de la guía práctica a resolver en casa y algunas indicaciones para realizar en hojas. Todas estas actividades formaban parte del contenido académico que la maestra debía cumplir, dando un gran peso a los aspectos gramaticales de la lengua para seguir avanzando en el proceso de lectura y escritura de los niños del grupo.

El enfoque gramatical de la lengua guiaba la intervención educativa de la docente, que como refiere Cassany (1990), su función se centraba en que: “Los alumnos aprendan aquello que debe decirse, lo que dicen los libros de gramática, la normativa” (p. 64). Evidentemente los textos que leía los proponía esta guía práctica, los contenidos abordados eran para el estudio y aprendizaje de las formas estructurales de la lengua. Las letras que escribía dictadas, copiadas del pizarrón, daban respuesta a preguntas obvias.

En definitiva, no era creadora de mis propios textos y tampoco disfrutaba de relatos literarios que despertaran mi imaginación y creatividad. Freinet en su pedagogía, invita al docente a crear oportunidades en el aula donde los niños escriban libremente, cuando lo desean y según lo que les inspire. Esto además de propiciar momentos ortográficos y gramaticales da “La posibilidad de penetrar en el mundo real del niño para poder colocarlo en la base de la obra educativa” (MMEM, 2017, p.11). La función real del lenguaje escrito a través de esta técnica es completamente opuesta al enfoque estructural de la realidad que viví en la escuela, escribir un texto libre habría marcado una diferencia importante para entender mi lengua.

Un crayón de cera rojo se asomaba del lapicero del escritorio de la maestra, al tomarlo recorría el hilo blanco que sobresalía de la parte inferior, desprendía un espiral de papel que destapaba la punta, estaba listo para calificar las tareas y trabajos. Comenzaba palomeando o tachando según el acierto o el error, en medio de la hoja la calificación dentro de un gran círculo rojo. Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, todos estos números aparecían en las hojas de mi guía práctica, números que representaban lo que sabía o no sabía, que me llevaban de la alegría a la tristeza, al nerviosismo, enojo, frustración. La evaluación sumativa que usualmente practicaba la maestra se basaba en actividades de remembranza y repetición de

información sin análisis ni comprensión, que lejos de abonar en mi aprendizaje, solamente llegó a permear mi vida emocional.

Ravela, Picaroni y Louveiro (2017), destacan la necesidad de implementar en las escuelas una evaluación formativa, con la finalidad de que los alumnos reciban guía y apoyo durante el proceso de aprendizaje, no solo al culminar ciertos contenidos. De manera que, en una relación recíproca maestro alumno, se logre el seguimiento de los logros y áreas de oportunidad para el progreso del conocimiento. Todo esto, a través de la toma de decisiones y el planteamiento de nuevos retos académicos, que permitan al mismo tiempo fortalecer el autoestima y autoconcepto de los alumnos. Y donde la motivación sea el componente fundamental, para involucrarlos en las tareas educativas.

Inmersa en esta realidad, he de confesar que no me agradaba asistir a este espacio escolar, la manera de presionar el aprendizaje y la diferencia social con mis compañeros, me hacían sentir incomoda. Todo esto, ligado al repentino divorcio de mis padres, culminó en un cambio de casa y escuela. Mi vida dio un giro radical. Tal vez en otro escrito lo cuente a detalle, por ahora puedo mencionar, que este escenario me llevó a cursar mis últimos años de primaria en una escuela oficial. La casa de mi abuelita se había convertido ahora en mi nuevo hogar.

Muy temprano escuchaba el canto de los pájaros que se posaban en la higuera del patio. Se me hizo costumbre taparme la cara con las cobijas y seguir durmiendo por más tiempo. Iniciar el cuarto de primaria en el turno vespertino, había resultado muy relajante. el olor de cebolla acitronada, del jitomate sazónándose y el sonido de la olla exprés cocinando los frijoles, me hacía saber que mi abuelita estaba cocinando y debía apresurarme para alistarme. El agua de la regadera enjuagaba la pereza que quedaba en mi cuerpo después de tanto dormir. Un nuevo uniforme me esperaba doblado a la orilla de la cama, me acercaba a la mesa, comía rápidamente y cruzaba la calle para entrar a la escuela a las dos de la tarde. Lidar con el transporte escolar, las largas distancias y madrugar ya eran cosas del pasado.

Esta, sí que era una escuela pequeña, ya no caminaba largos corredores ni subía escaleras para llegar a mi salón o encontrar el baño. Un sólo pasillo, patio, aula para cada grado, un baño para niñas y otro para niños, eran los espacios que utilicé todos los días

durante los próximos tres años. Pupitres de fierro color crema despintados y gastados se encontraban dentro de mi nueva sala, al frente un escritorio grande con la maestra sentada abriendo sus recipientes de comida, detrás un pizarrón verde viejo y manchado.

Casi siempre fui la primera en llegar, vivir en frente tenía sus ventajas en puntualidad. El peso de la mochila seguía siendo demasiado, llevaba un cuaderno y un libro de texto para cada materia. Al sacarlos desprendían un olor a plástico cristal que mi mamá utilizaba para forrar sus cubiertas y protegerlos del uso diario. Para mí, era algo nuevo tener en mis manos tantos libros a la vez, diferentes y coloridos. Las portadas suaves al tacto, el aroma característico a nuevo, una mezcla de papel y tinta, páginas llenas de letras e imágenes.

Vivencias que aún recuerdo y me llenan de nostalgia son los momentos de risas disfrutados con mis amigos en este nuevo lugar. Se escuchaba decir a la maestra: - ¡Saquen su libro de español! -, y entre el barrullo del salón un compañero preguntaba: - ¿El del señor dormilón? Haciendo referencia a la imagen de la portada que tenía una pintura de Diego Rivera, donde una de las personas que ahí aparecía tenía los ojos cerrados. Esto desataba varias carcajadas en el grupo, nos parecía graciosa la ilustración, además de que no conocíamos el nombre de la pintura. Curioso que los maestros, nunca hicieran alusión a las obras de arte y los autores que ilustraban las cubiertas de cada libro de texto, definitivamente esto hizo que todos ellos tuvieran un nombre raro y divertido inventado por nosotros.

Podía pasarme varios minutos observando con gran interés algunas de estas imágenes, atendiendo a cada detalle, línea, color, interpretando e imaginando historias alrededor. El Atlas de Geografía Universal tenía una pintura de Remedios Varo, *Fenómeno de ingravidez*, donde parecía que el hombre con sus manos mantenía flotando el planeta tierra. Imaginaba cómo nuestro mundo entraba y salía por la ventana e intercambiaba el lugar a la luna llena.

El libro de historia de cuarto grado con el rostro de Miguel Hidalgo de José Clemente Orozco me invitaba a cerrar los ojos y ver pasar por mí mente la lucha de independencia entre gente del pueblo y un ejército lleno de armas. La pintura de Vicente rojo, *Marca suspendida*, en el libro de matemáticas de quinto grado, para mí era un cohete espacial que necesitaba ser armado de las pestañas azules que lo enmarcaban, para despegar directo a la luna.

De acuerdo con el análisis de Díaz (2011), esta colección de Libros de texto gratuito (LTG), pertenecía a la tercera generación, comprendida de 1992 a 2001, en la que se da un cambio y transformación en la forma de enseñanza de la lengua. Donde el enfoque comunicativo, funcional tenía por objeto de enseñanza, la gramática textual, las funciones del lenguaje y la lingüística estructural.

Estos libros se convirtieron en mis compañeros de clase, en cada materia la maestra nos solicitaba resolver las actividades que estos proponían. Para iniciar, la lectura de un texto, posteriormente responder cuestionamientos vinculados con su comprensión, el uso de las palabras y su significado. Las partes de un cuento, características de una narración, ortografía. Producción de textos individuales y colectivos, el intercambio de ideas y conjugación de verbos. (Anexo 1)

El modelo constructivista se vislumbraba en la dinámica de dichas actividades, ya que en varios momentos era necesario compartir en clase conocimientos previos sobre algún tema, compartir ideas con otros compañeros y trabajar juntos para un objetivo en común. Existía una participación de los alumnos para adquirir el aprendizaje:

El alumnado se muestra activo si (...) se esfuerza en seleccionar información relevante, organizarla coherentemente e integrarla con otros conocimientos que posee y que le son familiares. (...) ¿qué hace que el alumno y la alumna aprendan los contenidos escolares? La naturaleza activa y constructiva del conocimiento. (Mauri p.73, como fue citado en Maqueo, 2004, p.62)

El conocimiento se daba en interacción con otros. Recuerdo vagamente que me daba pena comentar mis ideas y saberes ante el grupo. Mis mejillas ruborizadas, además del sudor y el temblor en mis manos, delataba mi inseguridad y nerviosismo. No me gustaba arriesgarme constantemente a que los compañeros se burlaran de mí, por no saber cómo hacer el trabajo. En la pedagogía Freinet, uno de los principios básicos para el aprendizaje es la democracia y la autogestión. Que permiten a los alumnos experimentar la libertad de expresión dentro un ambiente de normas y acuerdos para la vida escolar colectiva. (MMEM, 2017).

Un ambiente de aprendizaje basado en el respeto, donde la seguridad y confianza prevaleciera para el uso de la palabra y desarrollando de cada uno de nosotros, considero que siempre me hizo falta durante toda la educación básica. Definitivamente habría fortalecido habilidades sociales y comunicativas. Sin embargo, poco a poco logré adaptarme a estos momentos compartidos, que se fueron dando a cuentagotas en estos últimos años de mi educación primaria, ya que para los maestros fue y sigue siendo un reto constante, romper con paradigmas tradicionales en su tarea educativa.

Las actividades y estrategias propuestas ya no se basaban en el enfoque estructural, donde la mecanización y memorización de temas sin sentido eran a base del aprendizaje. Ahora consideraban una función específica, permitían la interpretación, intercambio y comunicación de información diversa entre pares. “El niño aprende indefectiblemente en el andar...desplazándose, entrenándose, andando a cuatro patas, después sobre los pies y apoyándose y finalmente a dos piernas” (MMEM; 2017, p. 95). De igual manera es como vive su lengua, en situaciones reales de lectura, escritura y oralidad.

Recuerdo apresurarme con las sumas, restas, las planas de sílabas, palabras o enunciados, para poder leer y observar las imágenes de algunas historias, del libro de español lecturas, que la maestra nos dejaba leer, si terminábamos rápido el trabajo del día. *El asno y el lobo, El señor, el niño y el burro, La zorra y la cigüeña* (Anexo 2), además de adivinanzas, cantos y rondas de tradición mexicana, *Arroz con leche y Cú-Cú*, eran mis páginas preferidas. Hoy volver a ver las ilustraciones de estos textos en medios digitales, me remontan a mi infancia y producen en mí una sensación de alegría y regocijo.

Hasta este momento de mi educación básica, había aprendido bajo dos enfoques de enseñanza de la lengua, el gramatical durante mi edad preescolar y primera parte de la primaria y el comunicativo funcional en los últimos tres grados. En los niveles consecutivos de mi educación, secundaria y preparatoria ya no utilizaba libros de texto gratuitos, ahora eran libros sugeridos por los maestros, que si teníamos las posibilidades de comprar apoyarían y abonarían en el aprendizaje de los nuevos contenidos. La mayoría de estos libros informativos, los literarios brillaban por su ausencia tanto en la escuela como en mi contexto familiar.

La maestra de español de la secundaria fue quien me sumergió en la lectura fugaz de algunos capítulos de una obra de la literatura clásica *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la mancha*. Recuerdo a la señorita Rosalba entrar al salón con libros en sus manos, tomaba su mascada, limpiaba su silla, se acomodaba y emocionada comenzaba la lectura en voz alta del texto. Al cabo de unos minutos la presión por los contenidos del temario interrumpía la lectura y abruptamente se enfocaba en el tema que seguía del programa de su asignatura. Fue tan rápido y superficial el acercamiento a este famoso texto, que hoy sólo recuerdo a los personajes principales, Dulcinea, Sancho Panza, Rocinante y los molinos de viento.

Para entonces, estaba alejada de los textos literarios. Como narro en líneas anteriores, en mí contexto familiar y escolar no tuve suficientes modelos lectores que me inspiraran e interesaran por la lectura. Leer me resultaba una actividad tediosa, aburrida y sólo necesaria para obtener información sobre temas de estudio. Los maestros le daban mucho peso a la consulta de libros informativos, proponían asistir a la biblioteca para resumir y copiar diversos textos sobre sus asignaturas, exponer y así obtener una buena o mala calificación. Yo leía únicamente para la escuela.

Estudiar, hacer tareas, pasar los exámenes significa un uso obligado, limitado y poco gratificante de los libros. En el ejercicio cotidiano, estudiar se refiere a memorizar, sin que sea preciso comprender. Así sucede en México, y en muchos otros lugares. (Garrido, 2005, p. 34)

Definitivamente no sabía elegir un libro por interés, gusto, curiosidad o disfrute. Adolecía de una formación lectora, como ya conté en el primer capítulo. Fue al cursar la licenciatura que descubrí ciertas carencias en las competencias lingüísticas, comunicativas y estrategias de estudio, que se suponía debía tener en este nivel. Con el paso del tiempo mis habilidades se fueron desarrollando a lo largo de la carrera y al realizar mi documento recepcional para obtener el título de grado. Pero fue al llegar a la MEB cuando experimenté una transformación, al consolar en gran medida mi proceso de alfabetización.

Sin embargo, fue mi mamá quien puso en mis manos algunos libros, que en un principio leí por compromiso y que poco a poco me atraparon y disfrute sus páginas hasta el final. así puedo enumerar títulos que me acompañaron en circunstancias que han marcado mi

vida. *ética para Amador y Juventud en éxtasis* durante mi adolescencia, *Los hornos de Hitler* en las vacaciones de verano al concluir la preparatoria. *Francesco una vida entre el cielo y la tierra*, cuando tuve un accidente y permanecí cuatro meses en cama. *Los cuatro acuerdos* y *Comer, rezar y amar*, en una de mis tantas decepciones amorosas y por último la trilogía de *Cincuenta sombras de Grey*, cuando me divorcié. Aun así, no logré hacer de la lectura un hábito cotidiano y placentero.

En este recuento de vida escolar, me di cuenta de que durante todos estos años estuve utilizando solo una capa roja para aprender a leer y escribir. Al igual que la pequeña caperucita, no conocía de otros colores que me dieran un panorama alternativo para construir el conocimiento. En ese momento necesité de un arcoíris de posibilidades que alumbrara mi camino para sentir, oler, mirar, gustar, escuchar otros tonos que se mezclaran con el rojo de la prenda que siempre me había cubierto.

Sin embargo, como relaté en el capítulo anterior estas particularidades de la infancia resultaron ser la inspiración para elegir la docencia como profesión de vida. Y con esto nació una profunda ilusión por brindar a mis alumnos un panorama distinto para acceder al conocimiento, con la idea de que disfruten de la libertad dentro de su propio bosque. Las vivencias y experiencias en el aula forjaron en mí, una gran pasión por enseñar.

Que desde la perspectiva de Dey (2006), permite una enseñanza y aprendizaje eficaz, con una visión emancipadora para influir en lo que los alumnos reconocen de sí mismo y la idea de que eleven su mirada fuera de la inmediatez. Con esto me preocupó y ocupó la responsabilidad de reflexionar mi labor educativa, basada en valores y donde las metas educativas direccionaron mi transformación docente, como lo relato en las páginas siguientes.

CAPÍTULO III

UN ARCOIRIS DE POSIBILIDADES PARA ENAMORAR A LA LECTURA CON CREATIVIDAD

Los niños y las niñas aprenden trabajando.
De esta forma construyen su propio aprendizaje.
La vía natural y universal del aprendizaje es el tanteo experimental
Célestin Freinet, 1974

Con la misma capa roja, continué caminando en el espléndido camino largo, el cual me sorprendía al llevarme por lugares que me animaban a seguir aprendiendo, conociendo y mirando el mundo desde diferentes perspectivas. Soñaba, con brindar a mis alumnos una gama de experiencias coloridas y diferentes a las que viví en mi niñez para acercarme al lenguaje oral y escrito. Propiciarles un encuentro duradero con la literatura infantil y al mismo tiempo, fortalecer habilidades docentes, para seguir ejerciendo mi profesión con la pasión y entrega que siempre me habían caracterizado.

Fue así, como tomé algunos cursos, talleres relacionados con diversos temas y un diplomado en artes, que dieron frutos en mi labor educativa. Sin embargo, al egresar de la ENMJN, siempre tuve en mente terminar una maestría, darle continuidad a mi documento recepcional. El cual consideró la naturalidad del acercamiento y el desarrollo del lenguaje en el nivel preescolar, como una parte esencial en la vida de los niños. Por tal motivo, sabía que era necesario buscar nuevos senderos que me mostraran una nueva pedagogía.

Un letreo escrito en tronco seco con grandes y brillantes letras azules que decían UPN, se encontraba ya muy cerca de mí, indicaba por donde seguir el camino. Al adentrarme en ese nuevo lugar, pude investigar más a fondo sobre los posgrados que ofrecía esta casa de estudios. Y pronto, llegué a la junta informativa de la MEB. Donde quedé completamente cautivada por la especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua, que cumplía las expectativas que tenía de seguir aprendiendo más sobre estos procesos y las nuevas prácticas que eran necesarias para darle un giro a mi profesión docente.

Horas más tarde, me encontraba frente a la computadora preparando la carta de exposición de motivos. Estaba realmente feliz, entusiasmada por iniciar el proceso para este nuevo sueño. De manera espontánea, pude expresar en un texto libre el interés por tener un

lugar dentro de la maestría y al mismo tiempo, contar cómo se vivía en el aula el acercamiento al lenguaje oral y escrito con mis alumnos.

Días después, estaba lista en un pupitre de madera del auditorio de la unidad 095 de la UPN, con un lápiz y hoja en blanco, iniciando mi examen de habilidades. Me sentía nerviosa, sin embargo, el texto del Profe Mambrú me había inspirado a escribir sobre la labor de un docente y el proceso de enseñanza aprendizaje. En realidad, fue un momento que disfruté bastante, me dio la libertad de expresar de manera natural mi experiencia.

El examen Ceneval de la UPN Ajusco, he de confesar me generó un poco de estrés, angustia, sobre todo en los apartados de matemáticas, ya que al igual que el lenguaje, el aprendizaje de esta ciencia no fue muy significativo en mi infancia. A pesar de esto, logré terminarlo en tiempo y forma. A punto de concluir con el trámite de ingreso, mientras esperaba mi turno para la entrevista, me imaginaba en los pasillos, las aulas de esta universidad como estudiante de la maestría. Finalmente, en una plática amena pude compartir a detalle lo que plasmé en los escritos con los maestros que posiblemente compartirían sus conocimientos conmigo. Sólo era cuestión de esperar la publicación de los resultados.

Sentada en un vagón del metro, camino a casa después del trabajo, miraba mis redes sociales, el sonido de correo electrónico me sorprendió. Inmediatamente lo relacioné con la esperada noticia del ingreso a la MEB. Mi corazón latía rápido, una sensación de vacío en el estómago confirmaba lo nerviosa que me había puesto, decidida lo abrí. Efectivamente era la lista de aspirantes aceptados. Di un suspiro largo, en mi mente solo repetía, ¡Si estoy, si estoy, si estoy!

A diferencia del momento que viví al ser admitida en la ENMJN, esta vez me sentía más segura de los saberes que poseía y la experiencia que tenía frente a grupo. Estaba completamente convencida de lo prioritario, necesario e importante que era para mi vivir la maestría. Sabía me aportaría mucho a nivel personal y profesional. Di el clic, se abrió la lista y ahí estaba mi nombre escrito, en el número catorce. Mis manos sudaban y una gran sonrisa apareció en mi rostro, cerré los ojos y dije para mí, ¡Gracias a Dios! Estaba a punto de iniciar otra vivencia única en mi vida.

3.1 Los colores de la caperucita

Pasaron algunas semanas después de la gran noticia y me hallaba en la primera sesión disfrutando de algunos destellos de colores que surgían entre los árboles de aquel bosque, en el salón 53 de la UPN. Mientras escuchaba a la maestra, miraba alrededor, por mi mente pasaron las clases que tomaba en la Normal y pensé serían similares, sin embargo, la dinámica de aquel día me dejó claro que ésta vez sería diferente.

Éramos sólo nueve alumnos, compartir, analizar, reflexionar experiencias personales y profesionales a través de ejercicios cargados de recuerdos, emociones, fue sumamente emotivo, significativo y abrió un parteaguas para iniciar este proceso de formación de manera auténtica, acompañados de nuevos referentes teóricos y lo más significativo para mí, de literatura infantil y juvenil (LIJ)

En esta primera sesión, Freinet comenzó a mostrarme su pedagogía, abriendo así el inicio de un arcoíris de posibilidades, de colores a elegir, para disfrutar de construir el aprendizaje junto con mis alumnos. A través de sus invariantes pedagógicas, pude hacer un reconocimiento de mi ser docente, reflexionar sobre la práctica desde una postura crítica. Considerando la totalidad del proceso de enseñanza, poniendo al alumno en el centro, donde el maestro participa a la par con él, tomando en cuenta sus necesidades, características e intereses para alcanzar una didáctica exitosa (MMEM, 2017, p. 39).

En los primeros meses, pude conocer algunas técnicas Freinet, el diario, la correspondencia, la imprenta y la conferencia escolar. Identifiqué fácilmente cómo estás, se relacionan con las invariantes pedagógicas y la importancia de que en las intervenciones docentes se consideren para rescatar su esencia en el aula. Así, decidí implementar el Diario escolar con mis alumnos de tercer grado del ciclo escolar 2018-2019, del Jardín de niños Hans Christian Andersen, donde había laborado desde hace nueve años.

Pensé, sería un buen inicio para acercarlos de manera habitual a la expresión oral, la escritura y al mismo tiempo dejar de protagonizar la vida del aula. “El diario escolar es un instrumento que da paso a la enseñanza natural de la lengua oral y escrita. Lejos de enseñar aspectos gramaticales, sintácticos y morfológicos a partir de las reglas, memorizaciones y “ejercicios”, el diario nos ayuda a ofrecer una enseñanza viva y espontánea” (MMEM, 2017, p.147). (Anexo 3).

– ¡Quiero leerles algo! – les dije a los niños después de planear el día. Algunos voltearon a verme, otros continuaron en pláticas mañaneras con sus amigos. Inicé la lectura en voz alta de lo vivido el día anterior. Sus caras de sorpresa, risas nerviosas comenzaron a dar un color alegre al salón, mientras se visualizaban dentro del pequeño texto. Por ejemplo, al leer que Zoé nos recordó la importancia de lavarnos las manos y organizó al grupo para dirigirnos a los lavabos. O cuando en equipos lograron terminar el rally en la clase de educación física. Este ejercicio de oralidad, lectura y escritura del texto los motivó e interesó en la técnica que nos acompañó por unos meses.

Con adecuaciones pertinentes para este nivel educativo, implementar el diario escolar, permitió que los pequeños se familiarizaran de manera personal con la idea de plasmar gráficamente, con dibujos, marcas y letras, lo vivido en la escuela. A través de un ejercicio previo de expresión verbal, lograron identificar que lo que comparten en oralidad, también puede ser escrito. Lo miraron como un portador de textos, que guardó información de diferentes autores, con la posibilidad de regresar a él en la posteridad para recordar eventos. Donde el trabajo en conjunto de los niños, padres y docente fue necesario para organizar la dinámica, que finalmente dejó contar las historias que se vivieron en el día a día en nuestro salón.

Empezar a conocer la pedagogía Freinet en este primer módulo, reafirmó mis saberes y amplió la visión en cuanto a las nuevas formas de intervención, que son necesarias en la práctica educativa. Siempre respetando la naturaleza del niño y las situaciones cotidianas donde se familiarizan con la oralidad y la lengua escrita. Quedé muy interesada, en seguir conociendo más a fondo otras técnicas Freinet para llevarlas al aula, ya que en definitiva son un parteaguas para lograr una transformación en la pedagogía escolar.

La importancia del vivir la escuela la colaboración, comenzó a tener claridad en mi mente. Ya que no solo era una forma de organización del aula, de acomodo de muebles o agrupación de alumnos, sino una manera de trabajar juntos para fines colectivos. Donde las opiniones de los miembros del grupo son valiosas para la interacción social y toma de acuerdos. “Uno de los objetivos básicos que se persigue con la utilización del trabajo colaborativo es promover una adecuada formación y un apropiado desempeño laboral a partir del intercambio de ideas y acciones de los miembros implicados” (Jiménez, 2009, p. 96),

Parce un aspecto fácil de lograr, sin embargo, resulta un desafío en la práctica cotidiana romper con creencias y quehaceres que han apuntado siempre al individualismo del profesorado, alumnado y sus familias. De ahí que el diario escolar solo durará tres meses, la falta de compromiso, comunicación, empatía que son habilidades sociales básicas para lograr tareas en grupo permeó el resultado. Aun así, no quité el dedo del renglón y continúe con otra técnica, la conferencia escolar. Sin dejar en el olvido el escrito cotidiano, que después de esta experiencia sé, me permitirá en un futuro implementarlo con sabiduría, haciendo ajustes de acuerdo con las adversidades que presente el contexto escolar.

– ¡Les mostraré fotos de un niño, que le gustan mucho los perros y preparó una conferencia!, ¿Las quieren ver?, ¿Saben que es una conferencia? – Con estos cuestionamientos y los ojos de los niños muy abiertos para observar a detalle las imágenes que segmentaban los pasos a seguir para hablar de sus gustos ante un grupo, logré captar su atención, motivarlos para participar. La música de fondo que nunca falta en mi salón acompañó el momento donde fue necesario poner en su mente el tema de su interés, para compartir con sus compañeros en días posteriores.

Sus voces envolvían en una fina melodía las paredes del aula, de tal modo que dieron continuidad al fondo musical, que la grabadora ya había dejado de tocar. Pasé un largo rato disfrutando de este momento, donde sus cuerpos en movimiento expresaban la alegría y entusiasmo por participar en esta nueva aventura. “La conferencia (...) promueve el trabajo con las inquietudes propias de los niños (...) satisfaciendo de esta manera su curiosidad natural” (MEMEM, 2017, p. 10)

Las dudas comenzaron a surgir –¿Puedo hablar de los conejos? – preguntó Aranza, acercándose a mí con esa voz tímida que regala al grupo a cuentagotas. – ¡Yo quiero hablar del arcoíris! – dijo Regina, tajante, autoritaria, marcándole un límite a Monse, quien tranquila y educada como siempre, pidió su turno – ¿Se puede repetir el tema maestra? – ¡Claro! – afirmé. Cada una le pondrá su toque especial. – ¡Si, lo haremos diferente, yo quiero hacerlo con un experimento!, finalizó.

Calendarizar cada una de las participaciones en un organizador visual, permitió poner en práctica la oralidad, la escritura y la lectura. Cada niño comunico al grupo el tema que eligió, después con recursos propios lo escribieron en una tarjeta, la colocaron en nuestra

agenda y finalmente al tenerla lista, se dio lectura a los títulos de las conferencias que disfrutaríamos en colectivo. “Con la conferencia escolar los niños desarrollan una serie de habilidades que son indispensables para el aprendizaje de cualquier conocimiento escolar cotidiano como la lectura, la escritura, la expresión oral y la búsqueda y selección de información” (MMEM, 2017, p. 9).

Cada día este espacio áulico, en ocasiones monótono, donde la mayor parte del tiempo yo estaba al frente hablando y dirigiendo, se convirtió en el escenario perfecto para engrandecer la participación de cada uno de los niños. Cobijo a quienes necesitaron apoyo para tomar la palabra en su conferencia. Protegí a los que olvidaron parte de la información a compartir: Aplaudí a quienes fluyeron a detalle con su tema. Resultó un desafío para romper estilos de enseñanza y aprendizaje en todos los que formamos parte del grupo 3°A. Maestra, alumnos y padres de familia, que en conjunto logramos crear un ambiente para construir el conocimiento de una manera diferente, innovadora y competente. “La conferencia es una técnica idónea para desarrollar en el niño varios aspectos de su personalidad con la participación indispensable de los padres y del maestro” (MMEM, 2017, p. 11).

Navegamos como piratas para aprender sobre los barcos, nos convertimos en conejos, saltamos como ellos, comimos zanahorias y formamos una madriguera. Conocimos la historia de los bloques legos, construimos en equipos la torre más alta. Compartimos hipótesis, experimentamos y comparamos resultados para formar un hermoso arcoíris con leche y pintura. Aprendimos la diferencia entre el unicornio y un pegaso. Pedimos un deseo a las estrellas que iluminan el firmamento y saludamos con yoga a la más grande y deslumbrante, el sol. (Anexo 4).

Fue increíble la forma tan divertida de aprender en colectivo, reconociendo la individualidad de cada niño. Sorprendente la cantidad de aprendizajes favorecidos de los campos formativos que marca el programa del nivel preescolar. Una de las riquezas de esta técnica es la globalización del aprendizaje, ya que en una sola participación surgen interrogantes, comentarios, ideas, que no solo retoman el tema de esta, sino posibilita ampliar el saber hacia otras áreas de desarrollo (MMEM, 2017).

Definitivamente fue una experiencia que marcó un antes y después en la vida dentro de mi aula, comencé a resignificar, modificar mi labor educativa hacia la transformación. En la conferencia escolar hubo una mejor respuesta de los padres de familia al participar en colaboración en el proceso de aprendizaje de los niños. Vivir de cerca cada paso, el resultado final, fue motivante y significativo para ellos. Les dejo conocer a sus hijos, lo que saben, les gusta, interesa, aquello que les representa un reto, lo que necesitan aprender, mejorar.

Y algo muy importante, pudieron sentirse orgullosos, tomar iniciativa para seguir trabajando en conjunto, apoyando su vida escolar. Como en toda realidad educativa, con esta experiencia fueron más las familias que logaron disfrutar de esta nueva forma de vivir la escuela y los menos estoy segura de que algo dejó en su mente, corazón para involucrarse cada vez con más interés.

Los destellos de colores seguían brillando con más intensidad en el camino. Emocionada de implementar una nueva estrategia para favorecer el acercamiento, disfrute de la lectura y escritura en el grupo, llegué a la escuela muy temprano como todos los días. Entré al aula y comencé a preparar materiales, mobiliario, ambientar un poco, tener todo listo para recibirlos. En la actividad de hoy, era necesario conectar el proyector para leer el cuento digital, *El león que no sabía escribir* de Martin Baltscheit, el cual sería el protagonista en esta segunda aventura de la lengua. Sin embargo, como suele suceder en ocasiones con el material que se comparte entre las docentes de toda una escuela, el cable de este aparato no se encontraba en su lugar.

Este escenario me generó angustia, ya que trabajar hacía la perfección es algo que me caracteriza y perder el control con este suceso fue estresante. Me di a la tarea de peregrinar en todas las aulas para buscar el elemento que faltaba sin tener suerte. En realidad, estas situaciones pasan constantemente cuando el material es de todas y al mismo tiempo de ninguna. Pero, tenía un as bajo la manga, siempre que utilizo medios audiovisuales no me confío, suelo llevar otra opción, ya que pueden presentarse imprevistos o fallas técnicas que es necesario considerar para evitar tiempos muertos o que la actividad se posponga.

La planificación de las tareas escolares requiere tiempo, entreno y oficio. Son muchas las cosas que hay que prever a lo largo de la semana, pero son más aun las que hay que improvisar si queremos dar respuestas adecuadas a las necesidades que surgen en

el día a día. Es aquí, sobre todo donde el profesorado aprende de la práctica (Jaume y Palov, 1997, p. 64).

Llevé la historia del cuento escrita en una hoja, recordé algunos títeres digitales que tenía guardados en mi estante, que me podrían apoyar durante la narración, con algunos dibujos y palabras escritas en el pizarrón, sabía que llevaría a cabo con éxito la presentación de este cuento. ¡Mis niños!, cursando su último año de preescolar, treinta y cinco seres completamente diferentes, con ritmos y estilos de aprendizaje diversos, entraban al salón justo a las nueve de la mañana saludándome.

Entre ellos iniciaron el día platicando de sucesos interesantes de casa, el último capítulo de programa favorito, el próximo cumpleaños agendado en el calendario. Al terminar de colgar su suéter en el perchero, comenzamos el día con la situación didáctica *Escribe una carta*. Me encontraba completamente entusiasmada, no quería que se me olvidara ningún detalle en el camino.

– ¿De qué creen que trate el libro? – les pregunté después de leer el título y el autor. Sus respuestas fueron bastante interesantes y dieron cuenta de que la mayoría concibe a la escuela como un lugar donde solo te enseñan a leer y escribir. – ¡Se trata de que un León no va a la escuela! dijo Regina siempre tan segura de lo que sabe, abriendo sus grandes ojos negros. – Valentina, tocando su cabello castaño, giraba los dedos entre sus risos afirmando lo que decía su mejor amiga añadió, – ¡Si no vas a la escuela no aprendes a escribir y tampoco a leer! – Josué con los brazos cruzados recargados sobre la mesa, señaló con tono de obviedad, – ¡Si vienes a esta escuela la maestra te enseña las letras! –

Comencé la narración del cuento, mostrando los títeres, hice pequeños dibujos en el pizarrón, jugaba con el tono de mi voz, expresiones corporales y gestos. Esto me llevó a despertar su curiosidad por escuchar atentos la historia, retomar sus saberes previos acerca de la función de una carta y entusiasmarlos para participar en la situación didáctica.

Dialogar sobre los sucesos del texto fue un momento enriquecedor, evidenció que escucharon y disfrutaron la lectura. Lo que dio paso a un pequeño debate sobre el título del libro. – ¡Maestra, cámbiale el nombre al cuento! – dijo Alan con las manos metidas en las

bolsas de la chamarra de su personaje favorito, que pocas veces se quitaba–, ¡No lo podemos cambiar porque es un texto que ya está hecho, pero dime ¿Cómo te gustaría que se llamara? – le respondí –

¡Ps el león que no sabía escribir y tampoco leer! – continuó analítico –, ¡Porque los animales le ayudaban para leer y si no sabes escribir tampoco sabes leer! Lo anterior ejemplificó cómo los niños reconocen la relación biunívoca entre lectura y escritura, al respecto Goodman (2015), señala que “El lenguaje oral y el lenguaje escrito son lenguaje real; ambos cumplen funciones paralelas” (p. 37), así la adquisición de ambos procesos va de la mano y se complementan uno con otro.

El momento de escribir una carta para alguien especial, así como lo había hecho el león con la leona había llegado. Invitarlos a utilizar plumas de ave con tinta china para realizar sus escritos causó un gran revuelo. Fue necesario darles un tiempo de exploración y juego libre con el material, para que lograran utilizarlo después para escribir. Con música clásica de fondo, cerraron sus ojos e imaginaron a quien le escribirían la carta, qué le dirían.

Antes de comenzar Daniel, un niño nuevo tímidamente comentó –, ¡Pero maestra, no sabemos escribir bien! – a lo que yo cuestioné al grupo en general –, ¿Qué opinan sobre lo que dice Daniel? – Camila volteando a diferentes puntos del aula levantó la mano y dijo, – ¡Sabemos escribir si jugamos con las letras que están ahí en las tarjetas de los nombres y las que están pegadas! – señalando hacia el pizarrón. Para el grupo, es común que los invite constantemente a expresar sus ideas, sentimientos e información diversa, plasmando las que conocen o relacionando el sonido de las palabras que quieren decir con el ambiente alfabetizador del aula, como Camila lo había sugerido. Al respecto retomo a Nemirovsky (2000), quien menciona:

La finalidad de la enseñanza de la lectura y de la escritura, incluso desde etapas iniciales de la escolaridad, consiste en formar niños que sean capaces de producir e interpretar textos, siendo progresivamente, además, mejores usuarios del sistema de escritura convencional. De allí que el eje de trabajo deba ser la lectura y escritura de textos – textos de usos social- (p.29).

Este instante también fue muy enriquecedor, ya que los niños reconocieron el proceso de acercamiento y aprendizaje que están viviendo en esta etapa de su vida escolar y cómo con los recursos que ya poseen, pueden expresarse de manera escrita. Isaías, acomodándose los caedizos lentes que muchas veces solían aparecer debajo de mi escritorio, agregó que al entregar la carta sería necesario que ellos mismos la leyeran a la persona a quien se la habían escrito, para que pudieran entender el mensaje ahí plasmado.

Al observar de cerca sus escritos pude percatarme de que Alan logró escribir palabras considerando su valor sonoro, se encuentra en el tercer nivel del proceso de aprendizaje de la escritura, en el modo evolutivo de la hipótesis silábica alfabética, donde, sus producciones incluyen una grafía para cada sílaba y una letra para cada sonido (Ferreiro, 1997). Josué por su parte, plasmó en su carta diversas letras convencionales, lo que representó un gran avance, ya que en otras actividades de escritura sólo consideraba las letras de su nombre para expresarse. Él se encuentra en el segundo nivel del proceso de escritura, donde empieza a establecer aspectos cualitativos y cuantitativos en sus escritos (Ferreiro, 1997). (Anexo 5)

Cada niño vivió esta experiencia con interés y entusiasmo, les significó y lograron avances en sus creaciones. Algunos que no lo hacían, plasmaron grafías convencionales en la mayor parte de su texto. Y otros comenzaron a considerar el sonido de las letras para escribir palabras cortas. Al terminar con cada equipo la escritura de su carta, los niños pudieron leerla frente al resto del grupo. Como parte del cierre, salimos a la terraza de la escuela para compartirlas en parejas. Mostraron sus dibujos y leyeron los mensajes que habían escrito. Finalmente, cada destinatario tuvo en sus manos el tan esperado mensaje de los emisores, lo que avivó en el aula un ambiente de disfrute de las letras escritas, que bailaban al son de los susurros de distintas voces.

Implementar en mi aula esta innovadora estrategia, que surgió de un texto literario, donde la historia del León fue muy próxima al momento de acercamiento con el lenguaje escrito propio del nivel educativo, al no saber leer y escribir aun. Al mismo tiempo, los materiales novedosos, llamativos y poco usuales para realizar un acto tan cotidiano como escribir una carta. Definitivamente resultó un parteaguas para despertar en ellos el interés y motivación por escribir y leer, además de favorecer el desarrollo del proceso de aprendizaje de la lengua de manera lúdica.

Gracias a la cercanía de libros diversos, el niño aprende que la expresión impresa es entendida, divertida e incluso fuente de consuelo. Gracias a su experimentación con la escritura el niño distingue entre dibujo y escritura. Sus garabatos empiezan a ser más definidos y hacia los cuatro años, para su enorme satisfacción, empiezan a parecer palabras de verdad, en los años de educación inicial se les puede alentar a escribir (garabatear) mensajes como parte de sus actividades (Burns, Griffin y Snow, 2000, p. 37).

En este nivel es necesario enamorarlos de la lectura y escritura con experiencias divertidas que los motiven, interesen e inviten a disfrutar de estas habilidades comunicativas. La pluma mágica, como ellos renombraron esta actividad, fue un ejemplo de ello. Actualmente, el nuevo modelo educativo en los planes y programas de educación básica retoma el enfoque comunicativo funcional para la enseñanza del lenguaje, el cual:

Se concibe como una actividad comunicativa, cognitiva y reflexiva mediante la cual se expresan, intercambian y defienden las ideas; se establecen y mantienen las relaciones interpersonales, se accede a la información, se participa en la construcción del conocimiento y se reflexiona sobre el proceso de creación discursiva e intelectual (SEP, 2017, p. 181).

En mi experiencia como docente, la intervención educativa cotidiana considera en todo momento dicho enfoque para las propuestas didácticas que implemento con mis alumnos. Sin embargo, también había sido testigo de cómo en algunas aulas aún se vivían actividades mecanizadas y repetitivas del código alfabético, sin considerar la naturaleza cognitivo social del lenguaje para favorecer su desarrollo y aprendizaje.

Dicho esto, llevar a mi aula la situación didáctica: La pluma mágica, retrató muy bien la modificación y resignificación de mi intervención docente para favorecer en mis alumnos el acercamiento y aprendizaje lúdico de la lectura y escritura. Y al mismo tiempo, permitió que las miradas de quienes comparten conmigo el quehacer educativo a mi alrededor, comenzaran a interesarse en nuevas formas de intervención al observar y preguntar sobre mi trabajo.

Después de estas grandiosas vivencias en el radiante camino largo, los colores de un gran arcoíris comenzaban a brillar cada vez más cerca de mí. En la capa roja de siempre comenzaban a relucir matices de anaranjado y amarillo. Con gran entusiasmo y emoción por seguir avanzando, aprendiendo y transformando mi labor docente, continué por este sendero. Esperando con ansias disfrutar de los colores que continuaban con esa gama resplandeciente que enmarcaba aquella senda, verde, azul, índigo y violeta.

3.2 Tú puedes elegir el color de tu capa

Había una vez, en un profundo bosque vivía una niña llamada caperucita roja. El inicio de una historia que, en estos años de experiencia con los niños, me había percatado formaba parte del primer acercamiento que tenían con la lectura en el seno familiar, a través de la narración oral. Un cuento que les agrada interesa, motiva escuchar y hablar dentro de la escuela. Suelen conocer a los personajes principales, siguen gran parte de la trama, y cada uno cuenta un final distinto según quien se las contó. Esto, me situó nuevamente en la infancia, donde como ya conté en el capítulo anterior, el relato de esta niña de capa roja fue la primera narración que me hizo mamá. Y a pesar del interés que generó a mi corta edad, no hubo más contacto con la literatura infantil, para hacer de la lectura un hábito agradable.

Fue así, como se volvió a despertar en mí el entusiasmo por brindar a mis alumnos momentos creativos de oralidad, lectura y escritura a partir de esta hermosa historia. Con la planificación de un proyecto de lengua, como propuesta de aprendizaje, con objetivos que pretendían la producción y evaluación de textos que se escriben con una intención lectora (Camps, 2003), y que formó parte del diagnóstico del ciclo escolar 2019-2020, con un grupo de tercer grado.

“Al iniciar el proyecto con los alumnos se parte de un tema determinado que puede haber sido seleccionado del proyecto curricular por el educador o propuesto por los alumnos, según un interés particular o por alguna situación emergente del entorno” (Gil, 2010, p. 46). Así, la cercanía, el significado de esta historia para ellos, dio paso a un proyecto que se llamó Los colores de la caperucita, que pretendió abrazar su encuentro duradero con la literatura infantil y juvenil.

Como mencioné en páginas anteriores, las escuelas de nivel preescolar cuentan con un amplio acervo de textos de LIJ, que necesitan ser reconocidos y revalorados a través de su uso creativo, como menciona Rey (2000): “Nuestra tarea como adultos es iniciar a los pequeños en el camino al goce del arte y de la literatura” (p.34). Fue entonces, como me di a la tarea de recorrer de nuevo esas repisas de la biblioteca escolar, repletas de libros. Y dentro de una pequeña caja, que tiene una colección llamada Alebrijes preescolar, encontré un libro de Gianni Rodari llamado *Confundiendo Historias*.

Recordé que hace algunos años lo había leído, sin embargo, en ese momento no pude hacer un recuento total de la historia, vagamente algunos detalles venían a mi mente. Llamó mi atención la portada, donde se encontraba una jirafa que acompañaba a una pequeña niña que parecía ser caperucita roja. Me admiró leer que Gianni Rodari fuera su autor, cosa que en ese entonces evidentemente pasó desapercibido y ahora resultaba sorprendente porque en la MEB conocí parte de su gran obra literaria.

Confundiendo historias, a través de su texto e imágenes nos relata como un abuelo le cuenta a su nieta la trama de caperucita roja. Solo que lo hace de manera equivocada, ella lo va corrigiendo hasta que se da por vencida y prefiere tomar unas monedas y salir a comprar algo. En mi opinión este libro ilustrado, por una parte, invita al lector a echar mano de sus saberes previos para reconstruir la historia original en compañía de la nieta y al mismo tiempo estimula la imaginación, para la creación de otras historias con los diferentes escenarios y personajes que va mencionando el abuelo.

Al terminar de disfrutarlo de inmediato pasó por mi mente, ¡Definitivamente este texto formará parte de mi proyecto! Es esencial acercar a los alumnos a la literatura y el arte en general, con el propósito de satisfacer su necesidad lúdica, artística para alimentar, desarrollar su sensibilidad, gusto, capacidad creativa y crítica (Rey, 2000) y así formarlos como mejores seres humanos. Sabía que este texto me permitiría brindarles un contacto divertido y placentero con la lectura.

Continué con mi búsqueda, pretendía poner a su alcance otros textos que pudieran enriquecer el proyecto. Así opté por pedir sugerencias a mi maestra de LIJ de la MEB y llegó a mis manos el libro-álbum *Caperucita Roja (tal y como se lo contaron a Jorge)*, de Luis María Pescetti. El cual, a través de su texto cuenta la historia que todos conocemos y en sus

imágenes nos muestra como la imaginación de Jorge, crea sucesos diferentes y divertidos, muy alejados de la versión original. Lewis (2001) afirma que: “El álbum ilustrado es, por tanto, idealmente adecuado para la tarea de absorber, reinterpretar y representar el mundo de un público para el cual negociar la novedad es un reto diario” (como fue citado en Arizpe 2004, p. 55).

En este sentido, ambos textos me parecieron muy interesantes, animados y en definitiva pertinentes, para iniciar una propuesta didáctica creativa, que favoreciera el lenguaje y la comunicación en los pequeños que estarían a mi cargo en los próximos meses. En ese momento, regresé a mi infancia, caí en cuenta de que la mochila tan pesada que llevaba auestas desde el jardín de niños hasta la secundaria habría valido la pena cargarla si ésta hubiera estado repleta de estos libros y no de cuadernos llenos de letras y palabras repetidas en planas, que no tenían ningún sentido para mí.

Conociendo ahora todas las bondades que la LIJ tiene para el desarrollo intelectual de los niños. Me hubiera gustado aprender en la escuela acompañada de estos hermosos textos, conocer otros colores, disfrutarlos, olerlos, tocarlos, y elegir cambiar el color de la capa roja que siempre había vestido.

Leer una y otra vez de manera individual y en compañía de mi hijo Diego dichas historias, fue un parteaguas para estimular de manera espontánea nuestra imaginación y creatividad. En estas lecturas diarias conocí, me apropié poco a poco del texto, las imágenes, las emociones y logré diseñar una serie de situaciones didácticas que conformarían parte de este proyecto. Enamorarme de las historias, sentirlas y disfrutarlas me permitió transmitir sutilmente a los niños lo mágico que sería aprender a partir de ellas.

Una de las variables que influyen para que los alumnos se muestren motivados para aprender, es despertar su interés desde el inicio. Esto, a través de diversas estrategias acordes a su edad que generen su curiosidad y los sorprendan (Gil, 2010). Fue entonces que, en un divertido juego de objetos, prendas y accesorios, los niños me convirtieron en caperucita roja. — ¡En esta canasta ponemos estos bloques como si fueran el pan de la abuela! — ¡Vamos por la capa roja a la caja de los disfraces! — ¡Maestra, ponte esta falda, y este mandil! —. Ahí estaba yo, parada frente a todos sintiéndome caperucita roja, después de todo lo que ellos imaginaron y crearon con materiales que tenían a su alcance.

Al poco rato, ya nos encontrábamos haciendo pequeñas obras de teatro y platicando sobre este cuento. Lo que naturalmente otorgó guiar el proceso de enseñanza aprendizaje que habíamos iniciado y registrar todas sus aportaciones en un organizador gráfico, que facilitó el proceso y evaluación en cada momento. “Los mapas conceptuales o mapas de conceptos son una herramienta didáctica útil para visualizar ideas o conceptos...facilitan el aprendizaje y el recuerdo de lo aprendido por el impacto visual que producen” (Gil, 2010, p.45).

Llegó el momento de presentar a los niños ambos textos, – ¡No que íbamos a leer un cuento! – se escuchó entre el bullicio, el hecho de ver un proyector en el salón no coincidió con la rutina lectora a la que están acostumbrados, sin embargo, se mostraron bastante animados con la experiencia. El diálogo al finalizar la lectura, así como cuestionamientos y momentos de observación, escucha y expresión oral, los invitó a ser partícipes activos en el acto lector. Al imaginar, interpretar, expresar y narrar la historia. Una historia que ya conocían, que lograron enriquecer y que estaban a punto de partir de ella para crear las propias.

Considero que abordar estos dos textos de una manera diferente, a la solo lectura en voz alta, resultó de su agrado e interés Los sumergió al mundo literario de una manera innovadora y propició que se entusiasmaran, al permitirles círculos lectores ya con ambos textos en sus manos. “Es nuestro interés fomentar la lectura y crear el hábito de leer, es muy importante recordar que se trata de un placer y no de una obligación[...] es más fácil para el ser humano acercarse a las cosas o situaciones que le producen gusto que a las que les son impuestas” (Rey, 2000, p. 34).

Para empezar a escribir estas historias, estimular su imaginación a través del juego simbólico, fue un momento creativo donde las emociones estuvieron a flor de piel. Personajes, lugares, objetos y situaciones distintas, podían descubriese entre la música, los instrumentos, mascadas, listones, pintura, pinceles y papeles coloridos que los pequeños manipularon con gran alegría.

Educar en la creatividad es educar para el cambio y formar personas ricas en originalidad, flexibilidad, visión futura, iniciativa, confianza, personas amantes de los riesgos y listas para afrontar los obstáculos y problemas que se les van presentando en su vida escolar y cotidiana[...]La creatividad se puede desarrollar por medio del

proceso educativo, favoreciendo potencialidades y consiguiendo una mejor utilización de los recursos individuales y grupales dentro del proceso enseñanza aprendizaje” (Morejón, 2017 en Gil, 2010, p. 23).

En este momento de creación, se vivió la colaboración al máximo. En pequeños equipos dialogaron para organizarse, tomar acuerdos, compartir sus ideas y comenzar a pensar sus historias. Yo, como parte del grupo, siendo la guía necesaria para el proceso de enseñanza, los apoyé en todo momento con cuestionamientos para que logran estructurar sus ideas, expresarlas de manera clara a través del dictado, su expresión escrita y mi escritura convencional para modificar, considerar sus aportaciones y lograr las esperadas historias de las caperucitas de colores.

Amarillo, rosa, azul, morada, verde, naranja y amarillo, pintaban un hermoso arcoíris en los diferentes espacios de la escuela, que guardaban momentos llenos de risa, diversión entusiasmo, perseverancia constancia, que cada niño vivió en su proceso de aprendizaje individual y con el grupo. “El éxito de una persona está relacionado con el éxito de los demás en actividades de aprendizaje colaborativo” (Collazos y Mendoza, 2006, p. 65). Por lo que vivir momentos donde se hace necesario depender unos de otros genera empatía para lograr una meta compartida.

De esta manera, al implementar proyectos creativos en el aula, una etapa fundamental es donde se construye el conocimiento, es aquí donde es importante “explicar a los alumnos las actividades que se van a desarrollar, los tiempos de trabajo, los espacios, materiales, el reparto de tareas, las responsabilidades de los integrantes del equipo. En cada uno de estos aspectos daremos lugar a que los alumnos realicen sus aportes y expresen sus ideas” (Gil, 2010, p.47). Si lo que se pretende, es que los alumnos sean el centro y construyan su propio aprendizaje, es necesario seleccionar estrategias que lo permitan, que promuevan su autonomía y les dé el protagonismo necesario para lograrlo de manera individual y en colectivo; así el papel del docente pasa a ser el de facilitador y/o guía.

¡Jugaremos en el bosque, mientras el lobo no está aquí, porque si el lobo aparece, a todos nos comerá! ¿Lobo estás ahí? Se escuchaba al unísono en el patio de la escuela, papás e hijos formaron círculos de colores para jugar esta ronda y al mismo tiempo escuchar la lectura de las historias creadas, como parte del cierre del proyecto. “El cierre o actividad final

del proyecto, será la muestra, exposición o presentación de los resultados y el producto realizado a lo largo del proyecto. Es importante preparar una muestra atendiendo al tiempo de público al que va dirigida” (Gil,2010, p. 53). Cada equipo, compartió con orgullo su producción escrita e ilustrada, escuchaba con atención las historias de otros equipos y mostraba gran emoción por seguir compartiendo sus cuentos, con otros miembros de la comunidad escolar, los pequeñitos de segundo y tercer grado.

– ¡Hoy llegó a su fin el proyecto Los colores de la caperucita y es necesario saber qué aprendimos y cómo lo hicimos? – Invité a los pequeños a participar en la evaluación final, considerando algunos cuestionamientos en un dialogo cercano que permitió una devolución sobre los logros, retos en lo individual y como grupo, lo que resulto en una motivación para futuras vivencias. Lo que aprenden los alumnos durante un proyecto abarca contenidos conceptuales, procedimentales y actitudinales, es importante tener en cuenta el proceso que los llevo a obtener ciertos logros. (Anexo 6)

Por lo anterior, se hace prioritario considerar su opinión individual y grupal sobre lo acontecido a lo largo de las diferentes actividades. Así mismo, motivarlos, brindarles seguridad y confianza para sus próximas participaciones y finalmente tomar en cuenta la opinión de las familias para mejorar futuras propuestas didácticas (Gil, 2010). La evaluación y coevaluación siempre fue parte importante del cierre de las actividades que hacía con los pequeños, sin embargo, la finalidad de esta con esta nueva experiencia se modificó para mejorar el aprendizaje y la participación de todos en la vida del aula.

El arcoíris que los niños habían creado en el aula con sus historias en este proyecto era visible en cada paso que daba. Seguí el resplandor de esos colores, mientras avanzaba mi capa ahora además de rojo, anaranjado, amarillo tomaba tonos verde y azul. Disfrutaba ver mi reflejo en cada uno de ellos. Deseosa por conocer y aprender más, comencé a trabajar en un nuevo proyecto, que seguiría dando un lugar especial a la LIJ.

Iba brincando. Separo y junto los pies, siguiendo las huellas de colores de ese largo pasillo amarillo que me lleva hasta mi aula. Detrás de mí, veintiocho alumnos, juntos, llegábamos a este espacio, que todos los días guarda en su interior, juegos, risas, gritos, llanto, enojos, caídas, dibujos, letras, canciones, libros y momentos únicos que le dan sentido a mi labor educativa. Entre bullicios, tomaban asiento en las pequeñas sillas, mesas rectangulares,

color naranja que agrupo de dos en dos para formar equipos. Sus miradas atentas a un gran pizarrón blanco en la pared principal observaban los primeros trazos e imágenes de las que serían, las actividades del día.

Colocaban las tarjetas de sus nombres en el pase de lista, muy cerca de las viñetas de números y letras de diferentes colores, tamaños que eran parte del ambiente alfabetizador que enmarca este pequeño espacio. ¿Qué día es hoy? – preguntaban los niños mientras dirigían su mirada hacia el calendario. Enseguida el registro de la fecha, agendábamos actividades a realizar, eventos importantes que recordar, de quién era cumpleaños, festividades de la comunidad. También era necesario saber y registrar la asistencia del día, así utilizamos una serie numérica para identificar y escribir las cantidades.

A la vista, puse algunos dibujos sobre su familia, su juguete favorito, cómo celebran las fiestas decembrinas en casa, la carta que escribieron a su amigo secreto; un pizarrón de corcho nos permite evidenciar sus logros. Como en todo lugar donde se interactúa con otras personas y se comparten espacios, materiales, es necesario establecer y practicar acuerdos para una convivencia sana y pacífica. Las imágenes y compromisos de cada niño eran el escenario perfecto para realizar la asamblea escolar de manera periódica, que permite generar un ambiente democrático en todo momento. Donde poco a poco aprendieron a expresarse, escuchar a otros, argumentar y defender sus ideas, practicando valores de respeto, empatía y colaboración (MMEM, 2017).

Jolibert y Jacob (2015) en su propuesta de Pedagogía por Proyectos, resalta que existen condiciones facilitadoras que permiten generar ambientes de aprendizaje, donde los niños sean los principales protagonistas en la construcción de saberes. De tal manera, que constantemente puedan organizar, planear, efectuar, desempeñar, evaluar; cada una de las experiencias didácticas de las cuales forman parte. Mirar a detalle el aula, me dejó reconocer que existen dentro, algunas de estas condiciones facilitadoras, que han permitido que los pequeños participen activamente en cada una de las dinámicas y actividades que se viven en la cotidianidad.

Un ambiente letrado, el uso de portadores de texto, considerar diversas formas de acomodar el mobiliario, materiales variados y a su alcance, además de establecer siempre acuerdos de convivencia sana entre los integrantes del grupo. Son situaciones que vivimos

usualmente y Jolibert y Jacob, les dieron un sustento teórico, sin embargo, me di cuenta de que aún había mucho que trabajar en este sentido.

Había mirado muchas veces la esquina que estaba junto al pizarrón ocupada por un estante casi vacío, en segundos imaginé repisas con libros, algunos tapetes y cojines, quizá unas cortinas y un gran letrero que invitará a la lectura. Evidentemente, un deseo que guardaba mi corazón era sacar de las canastas donde habían estado guardados todos esos libros que había mirado, usado otras veces, pero que jamás valorado y apreciado como ahora.

Anhelaba darles un lugar especial dentro del aula “Lo esencial es que el rincón de la biblioteca deje de ser un lugar donde los libros están en cajas (...), debe ser un lugar atrayente que despierte inquietudes en el niño al estar en contacto con los textos (...), tienen que estar al alcance inmediato de ojos y manos de los niños” (Jolibert y Jacob 2015, p.31). Estaba segura de que en algunas semanas iniciaría un proyecto para habilitar una pequeña biblioteca, además de considerar otras de las condiciones facilitadoras que menciona dicho autor, como el cuadro de responsabilidades, el diario mural y algunos rincones.

¿Qué observan diferente en el salón? – pregunté a los niños días después de que consideré la idea de la biblioteca del aula como una acción prioritaria dentro de estas adecuaciones al aula. Inmediatamente comenzaron a observar cada rincón, la mayoría buscaba algún material o juguete nuevo, –¡Pusiste a Cristóbal Colón en el pizarrón!, – ¡Trajiste el garrafón!, ¡Ya se, ya se, quitaste tu otro mueble gris! –, dijo Odette, siempre tan observadora, a los detalles de su alrededor. Todos los demás, cayeron en cuenta de que ese había sido el cambio, así comenzaron a preguntarme porqué, –¡Es una sorpresa!, les dije y continuamos con las actividades del día.

Días después convoqué a una asamblea para habilitar la biblioteca del aula, –¿Cómo podríamos usar el espacio que quedó libre al quitar el mueble? – ¡Pon juegos! – dijo Patricio, mientras acariciaba con sus manos la suave bufanda verde, regalo de navidad del ciclo escolar anterior. –¡Una mesa con peluches y flores para que crezcan! – dijo Isabela, una niña muy preocupada por la naturaleza. Y de pronto, Leonardo, seguro de sus ideas, con gran emoción propuso, –¡Y si ponemos una biblioteca como la grandota, pero más pequeñita! – Con el mismo entusiasmo pregunté al resto del grupo, – ¿Qué les parece si acomodamos el espacio con una minibiblioteca, un rincón de juegos y un espacio con elementos de la naturaleza?

Todos al unísono gritaron que –¡Sí! –, aumentaron las participaciones para saber cómo, cuándo y con qué lo haríamos. Y fue así, como se ultimó iniciar con la biblioteca, un rincón con juegos de mesa y otro con pequeñas macetas y un pez de ornato para su cuidado.

Era la hora del desayuno, los niños se preparaban con música suave de fondo para amenizar el momento, mientras ellos disfrutaban de sus alimentos aprovechaba para acomodar algunos de los espacios que conforman mi aula. Las repisas con materiales, el mueble de higiene, el perchero, las canastas con libros. – ¡Maestra yo llevo la canasta de los desayunos a su lugar! – me dijo Carolina, –, ¡No maestra ahora voy yo! – menciona Aranza, mientras jala uno de los extremos de mi bata, ambas siempre preocupadas por ayudar en las labores del salón. Por un momento no sé a quién delegarle la tarea, al final elegí a otra niña para evitar peleas.

Estas escenas se repiten en varios momentos del día, como por ejemplo al limpiar el aula cuando utilizamos material gráfico, cuando es necesario repartir materiales, borrar el pizarrón, recoger los platos a la hora del comedor, en fin, es evidente que son varias las acciones que son necesarias a realizar dentro del salón. Como proponen Jolibert y Jacob (2015), es necesario “Contar con una sala que brinde un ambiente grato y estimulante, donde los niños sientan la necesidad de comunicarse y que sirva de medio al servicio de los aprendizajes” (p. 21).

Pensando en la dinámica de las diferentes actividades, para que se logre un ambiente organizado y colaborativo, fue que inicié el cuadro de responsabilidades, donde de manera colectiva los pequeños identificaron las tareas necesarias para que dentro del aula se conviva en un ambiente sano. Formé parejas, cada una con su nombre pudo elegir y comprometerse a cumplir con una responsabilidad. Días después fue necesario hacer algunas modificaciones, sin perder de vista el objetivo, se hicieron rondas individuales en bloques de ocho niños que cambiaron cada semana y funcionó mejor que al principio. Observé más organización e interés al tener la oportunidad de pasar por todas las comisiones, sabían cómo debía ser su rol en cada una.

A la par, fue necesario realizar ciertas acciones para iniciar con la transformación del espacio de la biblioteca y los rincones. Por un momento pensé que tendrían que esperar un poco para lograr dar paso a una nueva propuesta de aprendizaje con los niños, un proyecto

que surgiría completamente de sus intereses y necesidades, donde participarían de manera activa, colaborativa en todo el proceso. Una Pedagogía por Proyectos es “Una estrategia de formación que apunta al mismo tiempo a la construcción y al desarrollo de personalidades, saberes y competencias” (Jolibet y Sraiki, 2011, p. 29). Sin embargo, no fue necesario posponer la habilitación de dicho espacio ya que, al iniciar y lanzar la pregunta detonadora, contar con esta biblioteca dentro del aula resultó ser una prioridad para el grupo.

De esta manera, Jolibert y Sraiki (2011) invitan a los docentes “Pidamos a nuestros alumnos que nos digan que quieren hacer” (p.36) y eso fue justo lo que hice. – ¿Qué les gustaría que hiciéramos juntos en los próximos días? Cuatro manos levantadas dieron su opinión – ¡Dibujar con gises en el patio!, – ¡Pintar con acuarelas!, – ¡Bailar! Fui anotando sus respuestas en el pizarrón y al escuchar sus ideas volví a reestructurar la pregunta, – ¿Qué les gustaría que hiciéramos juntos en los próximos días y que no hayamos hecho ya? – Las manos fueron haciéndose menos, resultó difícil para ellos identificar alguna actividad que no se haya hecho previamente, por ejemplo, una pijamada, obra de teatro, cine, tabla rítmica, y más.

Me llevé tarea a casa para pensar como conjuntar sus propuestas, en realidad no me tomó mucho tiempo hacerlo ya que los juegos, globos, pelotas y resbaladilla bien cabrían en una divertida fiesta, la cosa estaría en acordar que tipo de reunión y el motivo de celebración. Los proyectos “Surgen de las conversaciones entre los alumnos y los profesores en las cuales se expresan y escuchan intereses y necesidades del momento” (Jolibert, y Jacob, 2015, p. 43).

Muy entusiasmada, al día siguiente, les propuse realizar una fiesta, lo primero que hicimos fue investigar sobre estas. No podía olvidar que era necesario hacer una vinculación para empatarlo con el PEMC (Programa Escolar de Mejora Continua). Así que, tuve que hacer cierto énfasis en el diálogo colectivo, comentar sobre la Revolución Mexicana y las familias a lo largo del tiempo. Me funcionó bastante bien retomar la lectura de imágenes, con una lámina llamada *Cumpleaños*, y una página de mi álbum de preescolar llamada *Celebraciones*, lo que permitió que los pequeños lograran identificar diferentes momentos festivos en familia.

Fueron comentando diferentes eventos como cumpleaños, nupcias, día de muertos, navidad, aniversario de bodas, bautizo, y dentro de esas participaciones Isabela nos contó, – ¡También se hacen fiestas para abrir un restaurante, mi papá hizo una en el suyo, invitó a las

personas, puso música, y les dio a probar comida! Esa participación fue un parteaguas para que los niños lograran relacionar lo que parecía haber quedado inconcluso, montar la biblioteca del aula con la próxima fiesta que queríamos organizar.

Leonardo comentó, – ¡Y si hacemos una fiesta de biblioteca! – su aportación hizo que tuviéramos claro que tendríamos *La fiesta de los libros*, como decidimos nombrarla. Donde el motivo principal era la inauguración de la biblioteca del salón, para era crear un lugar especial que le diera el valor que se merecen a los textos, que nos acompañan a lo largo de las actividades en la vida escolar.

Ahora estábamos listos para realizar el contrato colectivo y tomar los acuerdos para que la celebración, se pudiera realizar en pocos días. La fue nuevamente el detonante para organizar nuestro evento, así leímos el cuento *La fiesta sorpresa* de Gabriela Feliss, y la historia de *El increíble niño come libros* de Oliver Jeffers. En una cartulina escribí lo que ellos consideraban era necesario para nuestra fiesta.

Primero un nombre para la biblioteca, juegos literarios con globos, alberca de pelotas, resbaladilla, música, las recomendaciones de libros, realizar invitaciones, organizar el programa del evento, acondicionar la biblioteca y los rincones. En total doce sesiones conformarían nuestro divertido proyecto. El contrato colectivo es el momento donde se viven las relaciones afectivas y de poder compartido, donde se llega a un consenso y queda registrado para la posteridad (Jolibert y Jacob 2015).

Para el nombre de la biblioteca, se lanzó una convocatoria al grupo para que el fin de semana en compañía de sus papás pensaran y escribieran en un papel su propuesta. Llego el lunes, en realidad fueron pocos los papelitos que recibí. –¡Chicos tenemos solo tres posibles nombres para la biblioteca!, ¿qué les parece si hacemos una asamblea para tener más propuestas y poder elegir uno? – Al decirles que organizaremos una asamblea inmediatamente comienzan a levantar sus manos para fungir el papel del presidente y escrutador.

Fue realmente fácil hacerlo, los niños ya conocían la dinámica. Biblioteca fiesta, biblioteca de libros, de amor, libros increíbles, fueron las opciones. Con once votos el nombre ganador fue Biblioteca de amor y por sugerencia de Valentina y aprobado por todos, se

agregó a la frase, por los libros, quedando *Biblioteca de Amor por los libros*, así fue como se llamó nuestra biblioteca del aula.

Lo que seguía, era organizar y llevar a cabo los juegos literarios, una alberca de pelotas, el tesoro escondido, sillas musicales y globos divertidos. En cada juego, como pasa en las fiestas, los pequeños participaron acompañados de música para encontrar insignias y así, ganar un libro de los que formarían parte de esta biblioteca. En pequeños equipos lo pudieron explorar a través de la lectura de imágenes en la portada y las páginas, compartieron de manera oral sus ideas sobre la historia y al mismo tiempo identificaron y explicaron las diferencias entre los textos informativos y literarios.

La asamblea escolar volvió a hacerse presente en el segundo juego, –¡Chicos, vamos al arenero a encontrar el tesoro perdido! – les dije –, y nos dirigimos a este espacio. Las risas nos acompañaron todo el camino, pero al levantar la malla que lo cubre y pedirles que se sentaran alrededor alguien dijo, –¡Mira maestra un bicho! – al voltear me percaté que no solo era uno sino muchos, por lo que fue necesario tomar acuerdos para solucionarlo. Ik, con su frescura y naturalidad para resolver situaciones dijo – ¡Juguemos otra cosa, congelados y quien atrape más niños gana el libro! – ¡Mejor blancos y negros! – dijo Valentina –, y después de la votación ganó *Blancos y negros*, el cual es una variante de los encantados.

En ese fin de semana, los pequeños se llevaron a casa el libro que ganaron, con la idea de plasmar de manera escrita un reporte de lectura, que compartirían de manera oral para la inauguración de la biblioteca. Como parte de las recomendaciones de los libros que podrán disfrutar a lo largo del ciclo escolar dentro de este espacio. Desde el inicio del proyecto la voz de los pequeños era quien marcaba el ritmo, los colores, las texturas, el olor y sabor de cada una de las actividades.

Sus ideas, propuestas, sugerencias, experiencias, saberes previos y un sin fin de opiniones sobre *La fiesta de los libros*, había sido abrazada en la escucha de todos los compañeros. Cada niño tuvo el poder de la palabra, en los momentos que ellos consideraron necesarias sus aportaciones, siempre valiéndose de sus vivencias, al respecto. Las palabras aladas son poder, al expresarlas vuelan en libertad y van construyendo mundos fuera de lo ordinario (Ong, 1987).

Con las exposiciones orales listas sobre las recomendaciones de los libros, ahora era necesario convocar la presencia de los padres de familia a nuestra celebración, así comenzamos con la interrogación de la invitación. La cual es una interacción curiosa, cognitiva y significativa con el texto, que les permitió comprender sus características en condiciones reales, cubriendo una necesidad, considerando su función social (Jolibert y Jacob, 2015).

– ¿Qué es una invitación?, ¿Para qué sirve?, les pregunté a los niños y les entregué a cada uno un ejemplo. Observaron a detalle cómo era, entusiasmados comentaban, – ¡Es para un cumpleaños de una niña porque es rosa! –, ¡Tiene su nombre hasta arriba y empieza con A! –, ¡Un dibujo de elefante, tal vez porque de eso será su fiesta! – Y así, poco a poco identificaron los datos que contenía, letras y números donde se puede leer la fecha, hora, lugar, dirección, teléfono, – Sofía, quien suele disfrutar hacer dibujos con múltiples colores, sugirió que resaltaran esta información de diferente tono, así tomaron crayolas y marcaron su invitación.

Al día siguiente, coloqué en el pizarrón el mismo ejemplo de invitación, pero en grande, nuevamente con cuestionamientos lograron comparar sus interrogaciones individuales y ampliar. Esta vez también consideraron la imagen, el adorno y los colores, fue entonces como iniciamos con la caja de herramientas, me dictaron y registre sus aportaciones al respecto. – ¡Ya sabemos cómo es una invitación, es momento de escribir la nuestra! ¿Cómo iniciamos? – les pregunté – y varias manos se levantaron para participar. Niños que no solían expresarse oralmente de manera espontánea, que casi nunca daban su opinión, ahora lo hacían con interés, entusiasmo y del mismo modo lograban escuchar a los demás.

A través de su dictado escribí el borrador de la invitación en el pizarrón, haciendo las correcciones pertinentes según las sugerencias que me daban. Entonces, “gracias a las etapas previstas para detenerse en el proceso de escritura y observar en textos análogos las características lingüísticas de un tipo de texto determinado que son necesarias para su producción; cada nuevo aprendizaje da origen a una reescritura parcial del texto (Jolibert y Jacob, 2015, p.87).

– ¡Ahora es momento de que cada uno escriba su invitación!, ¿Para qué? –, les pregunté –, ¡Para que vengan nuestros papás! – se escucharon varias voces en el grupo. –

¡Esta es la silueta de la invitación para que la observen y escriban la información que le hace falta para completarla! – les dije – mientras les repartía las hojas y los invitaba a tomar su lapicera. “No solo se aprende a leer leyendo y a producir produciendo, sino que se aprende a leer produciendo y a producir leyendo” (Jolibet y Jacob, 2015, p. 111).

Cuando terminaron les propuse a los niños evaluar sus escritos, – ¡Voy a recoger tu invitación y se la voy a prestar a otro compañero, él observará cuáles de estos criterios cumple y colocará el color de carita correspondiente a tus logros!, – les mencioné, al mismo tiempo que les señalaba la rúbrica para co-evaluarse. –¡Son tres aspectos que deben de tener, información completa, que hayas utilizado números y letras y que lleve la imagen que se diseñó en grupo!, ¡Si tu invitación cumple con todos los aspectos la carita será roja y si solo tiene dos o uno la carita será amarilla!

Los niños se mostraron sorprendidos al ir siguiendo las indicaciones, –¡Esto nunca lo habíamos hecho! – dijo América sorprendida ante la tarea –. Jolibert y Jacob (2015), resaltan que “Es esencial que los propios niños sean capaces de construir en conjunto con sus compañeros y el profesor, los criterios para evaluar, sus logros o identificar lo que les falta aprender para lograr lo que quieren hacer” (p. 181). Al ser la primera vez que realizaban una evaluación formativa entre compañeros, me atreví a proponer todos los criterios de evaluación y en futuras experiencias definitivamente los abordaremos en colectivo, teniendo claros los propósitos de enseñanza - aprendizaje.

Me sentí algo nerviosa en ese momento, caminaba entre las mesas apoyando con cuestionamientos para que identificaran estos aspectos en las siluetas, rescatando su función, propósito y necesidad comunicativa. Pensaba en que era la primera vez que los niños estaban reconociendo, desde otros ojos y los propios, sus logros y los retos que tendrían en otras actividades como esta. Tener una actitud que implica, detenerse en el camino para volver atrás y entender cómo es que llegaron hasta aquí, es una reflexión individual o grupal que reconoce todos los aspectos de la vida en el aula, comportamientos, procesos naturales del desarrollo, recursos variados, entre otros (Jolibet y Jacob, 2015, p.149).

La intriga, la sorpresa, la seguridad, el entusiasmo por seguir aprendiendo era evidente en ellos, afortunadamente no hubo tristeza, apatía o desacuerdos al reflexionar qué y cómo habían aprendido. Tenía miedo de enfrentar una situación así y no saber cómo

manejarla, sin embargo, sé que alguna vez pasará, de ser así, la guía, el acompañamiento, el ambiente de seguridad, confianza, respeto que yo brinde, permeará en las actitudes que los niños manifiesten, en el proceso de las situaciones de aprendizaje que se vivan en el aula.

Ya con las invitaciones hechas y entregadas, incluso a la directora de la escuela, comenzamos a preparar todo para la inauguración. La toma de acuerdos nuevamente fue esencial para que en pequeños equipos se pudiera montar la biblioteca, los rincones, organizar el programa para el evento y hacer un ensayo previo. Risas, ideas, opiniones, gritos de alegría, diálogo, desacuerdos, surgieron en el camino. –¡Chicos, ya están listos para la fiesta de los libros!, – les pregunté –, ¡Ya es mañana! – dijo Gonzalo, quien suele estar al pendiente del calendario. Aún tengo en la mente la cara de emoción de los niños, en realidad este proyecto estaba marcando un antes y un después en mi labor educativa y por ende, en el logro de aprendizaje de mis alumnos.

La biblioteca de amor ya estaba lista, los libros organizados en sus repisas colgantes, los tapetes de colores debajo, formando un cuadrado con un pastel sorpresa de libros al centro. Un letrero hecho por los niños con pintura y confeti y una cadena de papel rosa con morado, amarrado de un extremo a otro, listo para ser cortado. Es una foto que mi mente guarda con mucho amor. El rincón vivo y el de juegos, que acompañarían este espacio también se acomodaron y organizaron para la inauguración. –¡Buenos días a todos, bienvenidos a la fiesta de los libros! – saludé a los padres de familia quienes formaban una media luna frente a nuestra biblioteca de amor por los libros, los niños sentados en sus sillas con gran entusiasmo esperaban su turno para participar.

El primer número del programa fue la narración por parte de la directora y mía, de los textos que nos acompañaron durante el proyecto, que leímos al inicio y regresamos a ellos en diferentes momentos. Su historia, adentró a los papás en nuestro nuevo mundo lleno de libros y las participaciones de cada uno de los niños, revivieron los momentos que pasamos en esta hermosa experiencia. El atril de madera se encontraba al centro de nuestra biblioteca de amor por los libros, cada uno de mis alumnos se paró frente a él y éste abrazó el libro que ellos conocieron a detalle en este tiempo. El título, el autor e ilustrador, se enamoraron de su historia y hoy lograron hacer uso de la palabra para compartir ante un público sus saberes, sentimientos, emociones e ideas sobre este.

Los papás disfrutaron mucho ver como sus hijos hablaban solos frente a todos. En el proyecto de los colores de la caperucita lo habían hecho en equipos y esta vez, que lo hicieran de manera individual, permitió que se evidenciara lo que lograron hasta este momento. Al final de la inauguración de la fiesta de los libros, pudieron evaluar el aprendizaje de sus hijos, la guía de la maestra y su acompañamiento en este proceso, con la idea de avanzar de manera colaborativa para seguir favoreciendo, el desarrollo holístico de sus pequeños. (Anexo 7)

Después de analizar y reflexionar, todas estas nuevas formas de intervención, desde las técnicas Freinet, estrategias de LEO, proyecto creativo de lengua y ahora la pedagogía por proyectos, era evidentemente que estaban dando grandes frutos, brindándome posibilidades de transformar mi labor educativa. Me di cuenta, que dejar el protagonismo dentro del aula, cuesta trabajo, ya que, en este último proyecto, aunque logré ser guía la mayor parte del tiempo, de manera inconsciente el evento de cierre lo dirigí en su mayoría y me hubiera gustado que ellos llevaran la batuta en su totalidad.

Aun así, sé que poco a poco esas prácticas tan arraigadas, que desde la infancia fueron marcadas por la educación tradicionalista que tuve, dejarán el lugar a los niños, quienes deben ser los personajes principales en la construcción de su propio aprendizaje.

Ver a los niños como sujetos de su propia formación en lugar de considerarlos como objetos de enseñanza. Terminar con la situación de niños “sentados y en silencio” que intentan memorizar (la mayoría sin éxito) lo que enseña el maestro. Preferir niños activos en un medio que ellos mismos manejan, niños que construyen sus aprendizajes para resolver los problemas que les plantean sus propios proyectos (Jolibert y Sraiki, 2011, p. 28) .

Hasta ese momento, La fiesta de los libros fue la mejor experiencia que había vivido en este camino largo, en el segundo sitio al que me llevó la MEB. Fue increíble como a través de esta metodología de investigación, que es el enfoque biográfico narrativo, toda mi vida se fusiono para dar paso a nuevas vivencias. Que cerraron ciclos del pasado y dieron cabida otras, las cuales sanaron, mejoraron, cambiaron, transformaron mi realidad y la de los niños que formaron parte de esta gran aventura.

Seguir por este sendero, me llevó a crear algo único a partir de un recuerdo. Donde mis alumnos pudieron abrazar por primera vez un libro, una lectura, una historia. Al mismo tiempo, pude bajar de esa nube suspendida en la que había estado casi toda mi vida, para recomentarme nuevamente con los libros desde la mirada de una segunda infancia y de la mano de mis alumnos para seguir enamorándonos de la lectura y de todo lo que está viabiliza.

Una vez más, pude ver, oler, saborear y tocar; la gama de colores de ese resplandeciente arcoíris que iluminaba todo el bosque de principio a fin. El color índigo y violeta se sumaron a los tonos que ya disfrutaba al vivir todas estas fabulosas experiencias en mi aula. La capa que usaba ya no era solo roja, destellos de todos los colores se podían ver al contrastarse con el sol. Mientras bailaba y cantaba, emocionada esperaba a que estos se combinaran y mezclaran entre sí, creando tonos únicos que me permitieran brindar a mis alumnos, infinidad de opciones para que cada uno tuviera el poder de elegir el color de la capa que usarían para aprender del mundo que lo rodea.

3.3 La combinación perfecta

Cada experiencia dentro del aula es una combinación única de colores, que le dan sentido y significado al aprendizaje. Me encontraba en el momento justo, para mostrar una vez más los colores que mis alumnos elegirían para la capa que usaríamos en esta nueva aventura, a punto de comenzar. Un proyecto donde se viviera ASCL en su esplendor, que considerara la esencia de las técnicas, estrategias y metodologías que ya conocía, que me habían dado los elementos necesarios, para crear una vez más un encuentro real con la lengua.

Esta experiencia, tenía que salir de las paredes de mi aula y escuela, lograr impactar con la comunidad. Definitivamente un reto muy grande, que sabía lograríamos construir juntos, de una manera natural y genuina, dejando ver una vez más, la importancia que tiene permitir que los niños sean, los principales protagonistas en la edificación de sus saberes.

Por un momento, pensé que esta nueva vivencia pudiera traspasar muros, era muy ambicioso y casi imposible creer que los niños hicieran algo que realmente generara un cambio social y un bien a la comunidad. Tenía frente a mí, una gran responsabilidad. Sin embargo, la ASC que sustenta el enfoque de la ASCL, “se concibe como una tecnología

social, busca intervenir en el quehacer humano para modificarlo, es parte de una técnica para cambiar el orden de las cosas, su resultado es una fabricación social en la medida que se impacta a la sociedad, aunque sea de manera parcial” (Jiménez, 2019, p.30) Así, el principio básico de la ASC, accionar ante una realidad crítica, abonaría en esta nueva intervención en el ámbito de la lengua.

Al principio, no estaba segura por dónde comenzar para lograr sensibilizar la visión de los niños hacia los otros y el bien común, no solo dentro de sus contextos más próximos como los son la escuela y la familia, sino más bien hacia las personas que forman parte de la sociedad. Una noche mientras miraba un noticiero en la T.V, caí en cuenta de que observar las cosas que suceden a nuestro alrededor, muchas veces nos llevan a analizar y reflexionar, la importancia de nuestro actuar para que una cosa suceda o no, mejore o no, cambie o no. Y fue así como decidí, que el periódico y las noticias que hay en él, nos permitirían ser cocientes de muchas realidades a nuestro alrededor y juntos encontraríamos el motivo, la necesidad y el gran propósito de nuestro siguiente proyecto, destinado a ser un motivo de cambio y transformación para muchas personas.

—¡Hola, maestra!, ¿Qué haces? — me preguntó Derek al llegar al salón con saludo tímido que cambió al observarme que hojeaba un periódico, también iba llegando puntualmente Argelia e inmediatamente le respondió —¡Está leyendo las noticias! — mientras el resto del grupo se incorporaba, también se iban interesando en nuestra plática. Vi el reloj y ya eran las 9:00am, —¡Vámonos a la activación chicos y regresando seguimos leyendo! — les dije. Con esta acción tan cotidiana de usar un texto, fue como logré tener el interés de los niños e involucrarlos en esta nueva experiencia.

Regresando, les di algunos periódicos para que los observaran, exploraran y aunque este no sería el texto que interrogaríamos, los invité a utilizar la caja de herramientas para escribir las características que identificaban en ellos. Se mostraban muy interesados, las imágenes llamaban su atención, comenzaban a interpretar lo que el texto escrito decía. —¡Esta se trata de que vacunan a los niños para que no se enfermen! — dijo Yaret en una intervención limitada por algunos fonemas que aún no lograba pronunciar — mientras miraba una foto de una campaña de vacunación—, ¡Ganaron en el futbol, mira, tiene la copa en sus manos! — le decía Sofia a Evan, al señalar la foto.

Para continuar con este genuino afán, los invité a mirar en casa el periódico en compañía de sus papás, elegir una noticia de su interés y compartirla ante el grupo. Una, dos, tres, cuatro noticias estaban en mi escritorio al siguiente día, en realidad son pocos los papás que logran involucrarse en actividades en casa que impliquen cierto tiempo y esta fue una de ellas. Leer y dialogar con sus hijos sobre la noticia requería de darse un momento de calidad con ellos. – ¡Yo paso primero! – ¡Dijo patricio emocionado! – ¡Adelante! – le dije – y comenzó.

Con su dedo seguía de derecha a izquierda cada uno de los renglones del texto, mientras contaba a detalle al grupo, que en el zócalo de la Ciudad de México (CDMX), se montó un tapete monumental con aserrín, flores y semillas. Los cuales representan la cultura y las tradiciones del país, lo hicieron artesanos de Guanajuato y se podrá visitar a partir de mañana. El grupo se mostró atento a la lectura, cuando terminó, comenzaron a levantar las manos para hacer comentarios y preguntas al respecto, – ¡Son como los que se hacen el día de muertos! – dijo Julio– Isabela continuó –¡Yo vivo en el zócalo y si hay muchas personas ahí haciendo el tapete, le sacaré una foto y la traeré! – ¡Yo un día hice un tapete de aserrín en el pueblo de mi papá cuando fuimos a la iglesia! – dijo Alexander quien continuamente disfrutaba de compartir con sus compañeros las costumbres y tradiciones de su pueblo.

Entre cada uno de estos comentarios, hubo varias réplicas, donde se ampliaron las anécdotas, los saberes, las ideas, los deseos, anhelos, que despertó este sencillo texto, fue así como el tiempo paso sin sentirlo, veinte minutos seguidos platicando de esta noticia. Me sorprendió, el interés, gusto que mostraron por leer y escuchar desde el primer momento, entonces, a cada noticia le dimos justo el tiempo necesario, para que los pequeños logran vivir la función social de este portador de textos.

Más de diez noticias, se sumaron a las cuatro con las que iniciamos, día con día llegaban niños entusiasmados por compartir la suya, Los papás, a la hora de la salida me preguntaban si todavía podrían traerla. La caja de herramientas se hizo presente nuevamente para que en ella plasmáramos la función y características de este portador de texto. –¿Cómo podemos organizar todas estas noticias? – les pregunté y sugirieron hacerlo como en el periódico, por secciones.

Uno a uno fue agrupando su noticia en el pizarrón, después las pegamos formando un collage. –¿Observa las noticias, las secciones y piensa cuál de estas genera un gran impacto en la comunidad, en la sociedad, en el mundo? – Gonzalo inició, orgulloso de haber traído su tarea, – ¡La que dice que los mares se llenarán de bolsas de plástico!, – ¡Si, porque los peces se mueren y pronto dejarán de existir y también el agua de los ríos y sin agua no vivimos! – continuó Isabela –, ¿Y las bolsas de plástico son lo único que contamina?, ¿Los animales del mar, son los únicos que mueren – les pregunté –, ¡No, también los popotes! – ¡Las botellas de plástico! – ¡La basura! – ¡Todos los lugares donde viven los animales se contaminan y ellos se mueren!

Fácilmente, pudieron encontrar dentro del collage otra noticia que hablaba de un centro de reciclaje, con más comentarios lograron relacionar perfectamente acciones que las personas hacemos para contaminar el mundo y cuáles ayudarían a salvarlo. Odette, cerró este momento de reflexión y análisis diciendo –¡Tenemos que hacer algo, porque los siguientes en morir seremos nosotros!, el comentario generó mucho impacto en los niños, darse cuenta de las consecuencias a ciertas acciones que generan muerte y la importancia de hacer algo para evitarlo les provocó, angustia, tristeza, preocupación y miedo.

Fue entonces, como les presenté uno de los dos libros, que nos acompañarían en este camino, el libro álbum *¿Cómo sanar un ala rota?* de Bob Graham. Igual que en los proyectos anteriores, traté de brindarles una lectura diferente, así decidí iniciar, permitiéndoles una interacción cercana con el texto, conseguí cuatro ejemplares y los invité a leerlos en equipos. El libro tiene muy poco texto, las imágenes son las que llevan el peso de la historia. En un segundo momento lo leí en voz alta accediendo fueran pasando una a una las páginas y disfrutando de la lectura de imágenes. – ¿Cómo relacionan esta historia con las noticias que comentamos hace un rato? – Con música de fondo los invité a pensar antes de responder y continué, – En la noticia *¿Quién es la paloma?*, en la vida real, ¿Quiénes son las personas que no la ven?, ¿Quien el Will? y ¿Qué representa lo que la familia hace por la paloma? –

Al cabo de unos minutos comenzaron las participaciones, –¡La paloma es el mundo! – ¡Se lastimó por qué no lo cuidamos! – Will somos nosotros y lo vamos a ayudar! Con mi guía, más cuestionamientos lograron hacer una analogía completa entre el texto y la realidad que se está viviendo. “No se trata de nuevos métodos para enseñar a leer, sino de nuevas actitudes frente a la lectura como proceso, frente al niño como sujeto cognoscente y, de

manera general, frente al lenguaje como medio de comunicación social” (Dubois, 1987, p.29).

Sanemos las alas del mundo, nombraron a este nuevo proyecto, al mismo tiempo que con una imagen explicaban por qué era necesario ayudarlo. En este collage que formaron, se veían lagos, cascadas, montañas nevadas, tigres, arboles, osos polares, abejas y un sinnúmero de elementos de la naturaleza que nos dan vida. – ¡Ya pensaron qué podemos hacer para sanar las alas del mundo? – les pregunté –. ¡Decíles a las personas que no usen bolsas, que no tiren basura! – dijo Abraham–, ¡Y cómo podemos hacerlo? – continué –, ¡Con letreros! ¡Vamos a decíles a sus casas! ¡Con videos como en You Tube! – fueron las respuestas más inmediatas.

Con sus ideas y saberes construimos un contrato colectivo de quince sesiones, donde elaboraríamos carteles, visitaríamos el museo de historia natural, exposiciones de un mapa mental al respecto, escribiríamos fichas museográficas sobre animales en peligro de extinción, videos para compartir nuestros carteles. Y para cerrar, invitaríamos a otras escuelas a nuestra campaña para reciclar popotes, con un escrito al Sistema Nacional para el desarrollo integral de la familia (DIF) para solicitar que ya no los incluyeran en las cajas de leche de los desayunos.

¡Es un proyecto ambicioso!, pensé, definitivamente llevaría más tiempo de lo previsto en esta organización, sin embargo, era tan hermoso y humano, que estaba completamente convencida de vivirlo en compañía de mis alumnos. Quienes desde el día uno, me habían dejado ver que en sus corazones había solo amor para el mundo que les rodea y yo como su maestra, encantada asumí la responsabilidad de guiarlos en este camino. De hacer todo lo que estuviera a mi alcance para que esta experiencia les dejara aprendizajes para su vida. Tenía claro que no salvaríamos al mundo, pero si sembraba en ellos el deseo de cambio y el poder de imaginar mundos increíbles y crear realidades posibles.

Todos los días al llegar a mi aula, observaba el muro del pasillo, el cual se iba llenando con las cartulinas de mapas mentales que los niños compartieron en el grupo después de visitar el museo de historia natural. Los criterios de este fueron la guía de observación durante su recorrido, cada exposición abonó ideas y conocimientos al proyecto que permitió hacerle modificaciones a corto y largo plazo. Uno de ellos fue elaborar una ficha museográfica sobre su animal favorito para una galería de arte y organizar la presentación de un performance de

protesta, para preservar especies en peligro de extinción en el próximo evento de primavera que se organizaría a la par de los carteles, la cual era la siguiente acción por realizar.

El cartel fue el texto que interrogaríamos de manera formal, los niños tuvieron un encuentro cercano con la información escrita en este portador, su sentido y significado real de comunicación (Jolibet, 2015). Lo exploraron, miraron, cuestionaron e iniciamos con el diseño de los propios. Seis formas más comunes de contaminación que identificamos al dialogar sobre las noticias fueron los mensajes que se transmitieron en las imágenes y frases que construyeron los carteles. Los cuales invitaban a las personas a crear conciencia de la colisión tan grande que el mundo está sufriendo. “El sentido que se le da a un texto no depende tanto de los signos que tenga el papel como del sentido que el lector aporte a él” (Goodman, 2015, p. 21).

–¿Cómo podemos pedir a la gente que ya no use desechables en las fiestas, en una frase y en una imagen? – cuestioné a uno de los equipos –, ¡Podemos dibujar los desechables y escribir, ya no compres desechables para las fiestas, mejor usa los platos que tienes en tu casa y ya no contamines el mundo porque se mueren los animales! – dijo Julio con voz tímida y una sonrisa encantadora –, ¿Qué opinan chicos? – agregué –, ¡Son muchas palabras!, mejor que diga ¡Alto ya no compres más desechables! – comentó Argelia.

¿Y cómo invitaríamos a una solución? – y nuevamente la pequeña intervino –, ¡Que usen sus toppers y sus termos! – ¿Así lo escribo? – pregunté –, ¡No! – dijo Julio – ¡Mejor ponle, lava los que tienes en casa! – ¿Y la imagen cuál sería? – agregué –, ¡Pues dibujar los desechables! – reafirmó Julio – ¿Y, que otra cosa podemos agregar, retomando lo que habías dicho de las fiestas? – finalmente, Stephany con ojos de emoción dijo –¡Le pegamos unos globos y un pastel para que parezca que es una fiesta! –¿Están todos de acuerdo? – les pregunté.

Al ser su respuesta afirmativa, los deje trabajar en el boceto de la imagen. Como señala Scardamalia (1992) en las dos formas de composición de los escritores, el que logra transformar el conocimiento, más que decirlo, ya entiende la relación entre el texto y sus objetivos. De esta manera las propuestas para crear las frases de estos carteles dentro de esa nueva vivencia tendrían una completa comunión con sus conocimientos y deseos.

Esta postal, de niños en pequeños equipos escribiendo y reescribiendo sus propios textos, se vivió durante varios días. Un lápiz y una goma permitieron la corrección en estos borradores, considerando las aportaciones de cada integrante, los cuestionamientos de mi parte para guiar el proceso; en algunos equipos más necesario que en otros. Así, lograron que, a través del dictado, los mensajes a comunicar en estos carteles estuvieran listos.

Ahora, los colores y las texturas de diferentes materiales estarían a su alcance para crear las imágenes que complementarían y darían vida al texto escrito. El tangram, la pintura de colores, pinceles y un alfabeto móvil con pegamento, fueron los insumos con los que contaron para iniciar y hacer realidad esos bocetos que juntos habían creado. (Anexo 8).

Mientras nosotros comenzábamos a sanar las alas del mundo, las noticias del día a día seguían sucediendo y pronto una de ellas impactaría de lleno con la vida de todos los que habitamos en él. Un virus estaba enfermando a las personas de muchos países, se había salido de control y era necesario resguardarnos en casa para evitar que se siguiera propagando. Como sucede en una película, en cuestión de días, la asistencia de los niños a la escuela había bajado en un ochenta por ciento, pronto comencé a limpiar y guardar los materiales que le daban vida a mi aula.

La biblioteca, los rincones, retiraba de las paredes todo lo que evidenciaba el proceso de nuestro proyecto, el collage de noticias, el contrato colectivo, la lista de los equipos, los borradores del texto y los carteles que recién empezábamos elaborar. Por mi mente pasaba regresar en unos días para continuar con nuestra grandiosa misión y dar cuenta en este documento cómo es que avanzábamos en nuestra tarea. Sin embargo, en ese momento no alcanzaba a vislumbrar lo que estaba por venir, todo el país en cuarentena esperando que esta pandemia terminará, con experiencias nuevas en el día a día que nos hacían vivir en un remolino de emociones sin fin.

Leyendo reflexiones en las redes sociales, sobre el porqué y para qué de este suceso, además de todas las consecuencias que habrá después, me quedé con lo que está pasando en ese momento. Lo relacioné completamente con el tiempo que hemos vivido ignorado cómo hemos transgredido nuestro mundo, fue necesario parar en seco el día a día en la vida de las personas, para que el planeta pudiera tomar un respiro de todo lo que la humanidad le ha hecho. Me pregunté, hasta qué punto la sociedad va a analizar, reflexionar, crear y vivir

acciones para sanar las alas del mundo, lo que un grupo de niños de tercero de preescolar planeó en un gran proyecto de comunidad, con una sola noticia que leyó en clase.

Pensé que, regresando de este cruel suceso, que pareció ser una sesión más en nuestro contrato colectivo, donde fue forzoso un aislamiento, valoraríamos aún más salir a disfrutar del sol, el aire, la vegetación, las playas, las montañas; tomaríamos conciencia de su cuidado. Era mi anhelo llevar a los pequeños a continuar este proyecto con mayor fuerza e intensidad, invitándolos a un reencuentro de abrazos y besos sin miedo. Platicar de sus sentimientos en esta espera, que recuperaran el maravilloso hábito de mirarse y tocarse.

Que se dieran cuenta, que, aunque muchas personas se fueron otras permanecieron. Que era el momento justo para impactar las mentes sensibles de nuestra sociedad, invitándolos a ver el mundo desde sus ojos, para lograr vivir en valores de solidaridad, empatía y comunidad, que es lo que realmente nos salvará de cualquier situación. Y así en ese contexto hubiera cobrado sentido y significado culminar nuestro proyecto, con el propósito de ser más humanos con todo lo que habita en nuestro mundo.

Sin embargo, los días pasaban y con ellos se hacía nula la probabilidad de regresar pronto a las escuelas. Las circunstancias nos exigían continuar con el aprendizaje a distancia. Pero ¿Cómo hacerlo?, ¿Con qué?, ¿Funcionará?, ¿Todos los niños contarán con los medios para participar? Estas preguntas invadían mi mente constantemente, mientras las autoridades educativas mandaban a cuentagotas información necesaria para este nuevo reto pedagógico.

Este suceso tan repentino, tuvo un impacto fuerte en la vida de todos. Alumnos, maestros, padres de familia reaccionaron de manera diferente ante el cambio que trajo consigo, que los niños ya no asistieron a la escuela y los adultos a sus actividades laborales. Cada familia vivió una realidad distinta para seguir aprendiendo y trabajando desde casa. Pérdidas familiares, enfrentar la enfermedad, desempleo, un sinnúmero de situaciones que no acabaría de nombrar en estas líneas, representaron un cúmulo de emociones que replicaron ante esta nueva forma de vida, sin plazo definido para volver a la tan añorada, rutina de siempre.

Después de algunas semanas en confinamiento, surge la estrategia Aprende en casa, donde se transmitieron clases a distancia en televisión abierta y radio, para que la mayoría de la población infantil tuviera acceso a la educación, a pesar de la emergencia sanitaria. A la

par, los docentes reanudamos labores haciendo uso de esta modalidad, complementando con otras estrategias en línea, valiéndonos de todos nuestros recursos, experiencias y saberes para sobrellevar este desafío en la educación.

En este contexto caótico, la respuesta de las familias para seguir con el proceso de enseñanza aprendizaje haciendo uso de las tecnologías digitales no fue total. De mi grupo, el cien por ciento de los padres logro estar informado de las acciones que implementé para extender el camino escolar en línea, pero solo la mitad mantuvo contacto y participó en corresponsabilidad hasta culminar el ciclo escolar. Mostrando una actitud positiva, ante las demandas del ámbito educativo que generó la pandemia mundial.

Las respuestas a esas preguntas inquietantes pronto comenzaron a responderse, en el día a día, explorando el mundo virtual. En un principio quise darle continuidad al proyecto que llevábamos en el aula, sin embargo, fue complicado. Por un lado, obtener los productos elaborados que se quedaron en la escuela, por otro, el grupo no estaba completo en esta nueva modalidad a distancia y finalmente los requerimientos de directivos para tomar acuerdos en colegiado unificando algunas actividades lo volvió improbable.

Fue entonces, como decidí guardarlo para un futuro, con la mirada de otros pequeños que estoy segura descubrirán su importancia para modificar una realidad que está latente en la sociedad y que necesita de unir cambios para lograr su transformación. Siendo la ASCL, el medio para actuar ante un escenario complicado como lo era también esta nueva normalidad, opté por empezar a actuar en él. “Hablar de Animación Sociocultural de la Lengua es hablar de dinamizar, mediante el poder de la palabra, la participación en el contexto en el que nos desenvolvamos para transformar, renovar y enriquecer a la sociedad a través de los individuos” (Dueñas, 2016, p.117)

En un primer momento utilice la técnica Freinet del diario escolar, para minimizar la brecha que nos alejó en este confinamiento. Con el propósito de que los pequeños continuaran viviendo la oralidad y la escritura en un contexto de comunicación real, donde las emociones y los logros de su aprendizaje se vieran reflejados en este escrito cotidiano. (Anexo 0)

Del mismo modo, para continuar con la semilla lectora que los niños ya habían logrado cuidar, abrazar en el aula, era necesario seguir regándola en la distancia. Por lo que comencé a grabar videos de lecturas en voz alta, diversos textos de literatura infantil, que les

envié a través de un canal de videos. Y que, con llamadas virtuales en plataformas digitales, compartimos en círculos lectores. “En la ASCL el docente es atento al deseo del otro por aprender y por conocer” (Juárez en Jiménez, 2019, p. 46) (Anexo 10)

Cierta parte del trabajo que hacíamos en el aula, logre traspassarlo al plano digital, incluso realizamos una asamblea escolar para acordar cómo sería la dinámica para compartir el diario y las lecturas. Fue interesante ver como los niños lograban desenvolverse de manera oral en esta nueva manera de compartir mediante una pantalla. La claridad, estructura del lenguaje que usaron, sus producciones escritas con más elementos del sistema de escritura, además de la disposición y seguridad de participar de manera distinta a la habitual, evidenció el trabajo previo en las conferencias y proyectos escolares.

Poco a poco demostraron lo rápido que aprenden en situaciones que les interesan. Esta emergencia real, los acerco aún más a dispositivos electrónicos, pero con un propósito distinto al que están acostumbrados como pasatiempo. En esta ocasión fue una herramienta necesaria para tener comunicación y seguir adquiriendo conocimiento con las miembros de su contexto escolar, que abruptamente había cambiado. Desarrollaron habilidades digitales al usar estas tecnologías, mostrándose cada vez más autónomos. Es prioritario asumir la naturaleza del niño que surge en sus peticiones, intereses y gustos más auténticos, para poner a su disposición experiencias apropiadas que les permitan aprender en autenticidad. (MMEM, 2017).

Había encontrado cierta estabilidad para seguir con la educación a distancia y empezar a probar otras estrategias para aprender colaborativamente en línea. Sin embargo, el ciclo escolar llegaba a su fin y era necesario evaluar el proceso vivido en la lejanía. Todo fue muy rápido, adaptarse repentinamente a una nueva forma de trabajo es un proceso que lleva tiempo y empeño.

Logré implementar lo que aprendí en la MEB, la ASCL me permitió intentar un cambio en la realidad de esta nueva forma de enseñanza, donde se estaba viendo al alumno solo como receptor de información, al espectral los programas televisivos. Pero me faltó tiempo para continuar entendiendo y actuando al respecto. La esperanza de pronto regresar al aula nunca se fue, sin embargo, la pandemia avanzaba, el periodo de confinamiento aumentó y con eso llegamos al nuevo ciclo escolar 2020-2021, que inició en línea.

Dos emociones experimenté al encontrarme ante este panorama. Por un lado, tristeza de saber que tendríamos que esperar más para encontrarnos, mirarnos, estrecharnos de nuevo. Y en contra sentido, alegría por contar con más tiempo para buscar más formas de un aprendizaje vivo y colaborativo en el alejamiento miento, echando mano de la nueva visión y misión educativa que había adquirido al culminar esta maestría.

Tal vez ese proyecto que quedo guardado en las paredes de mi aula renacería en este nuevo ciclo escolar. Fui animadora en esta lejanía, mediante la pantalla de un dispositivo electrónico, animé momentos creativos para continuar aprendiendo. “Animar deriva de la palabra ánima, por tanto, implica dar vida a las cosas, así que, al transformarme en animadora, me convertí en una creadora de vida” (Torres, 2016, p. 108).

Aunque en este escenario siempre faltará la interacción social, el contacto físico, las muestras de cariño, risas, gritos, llanto, el uso de espacios abiertos y multitudinarios. Que sé, nos esperan al final de este suceso mundial, en la nueva normalidad, la cual nos exige nuevas formas de pensar y de actuar con el mundo. Ya nada será como antes, pero está en nosotros imaginar un mundo increíble y crear una realidad posible.

Esa niña de capa roja había descubierto en el camino elegido una gama de hermosos colores para involucrarse en el aprendizaje de la lengua. Las mezclas que podía hacer con ellas eran infinitas y siempre le darían una utopía deseable que alcanzar, para lograr vivir en comunión con sus ideales. El arcoíris de la ASCL había marcado una antes y un después en su odisea dentro de ese bosque, que ya no era confuso. Había aprendido a vivir en él segura, feliz, entre arboles frondosos, grandes arbustos, verdes pastos y flores coloridas, esperando encontrar el siguiente sendero para iniciar un nuevo episodio de evolución en su vida.

COLORÍN COLORADO, ESTA HISTORIA TRANSFORMACIÓN NO HA TERMINADO.

En la profundidad del bosque, seguí avanzando y recordando aquel día, donde elegí el camino largo para ir en busca de una profesión que me diera alegría de vivir y una pasión que disfrutar. Ese deseo de estar haciendo lo que se hace, de estar contenta conmigo, a pesar del esfuerzo y el sacrificio que implique (Juárez, como fue citado en Jiménez, 2019). Destellos de un arcoíris enmarcaban aquel lugar, que iluminaron mi andar, dejando atrás utopías que a su vez me impedían disfrutar de colores deslumbrantes que cambiaron mi perspectiva de vida personal y profesional.

Recordar, escribir una autobiografía sobre los momentos más importantes de mi vida. Volver a la infancia para adentrarme en los inicios de oralidad, escritura y lectura, me llevaron a entender, que el enfoque estructural de la lengua me vistió de una capa roja, con la que caminé por el mundo de las letras. Las cuales, organizaba en hojas cuadrículadas formando hileras renglón a renglón, fragmentaba las palabras para conocer sus sonidos y descifraba grafías sin sentido comunicativo.

Mientras, el enfoque sociocultural me dejó vivenciar los inicios de un aprendizaje constructivo, donde el trabajo en equipo permitía conocer la opinión de quienes estaban a mi lado, trabajar en conjunto para un fin común. Aunque, la expresión de ideas fue limitada por un ambiente carente de afectividad, para generar seguridad y confianza en las relaciones con los otros. Donde el recreo, era el único lugar para que todos estrecháramos nuestra voz sin temor o pena.

Estos sucesos me significaron y formaron, para ser la docente, con nuevas ideas, concepciones, percepciones y cambios importantes en el trabajo educativo que, en este recorrido culminó una maestría. Es entonces, como al contar en una forma autobiográfica, se considera el pasado y el presente, lo que sé fue y sé es, y que pensando en futuras transformaciones conservará su esencia e identidad (Bruner, 1991).

En este ejercicio retrospectivo, descubrí la necesidad que tenía por reencontrarme con la lectura desde una segunda infancia, al conocer de cerca la LIJ. La diferencia entre libro ilustrado y álbum propició ampliara la mirada sobre las bondades de la alfabetización visual para disfrutar del texto como una imagen, vivirlo, entenderlo, comprenderlo, apropiarlo. Ya

que “En el corazón de la experiencia de la lectura se encuentra la brecha en el texto que el lector debe llenar” (Arizpe, 2004, p. 45).

En esta enriquecedora experiencia, donde abracé libros infantiles, conocí algunas obras importantes en este género, en voz de los propios autores, enamorándome de la expresión escrita. La cual me brindó las bases necesarias para continuar con mi proceso lector e iniciar a sumergirme con títulos más desafiantes. Como la primera vez que leí Pedro Paramo de Juan Rulfo, en uno de los seminarios de la MEB, cuyo propósito fue conocer la manera poética en que este gran autor relata una historia, adentrándonos así al enfoque biográfico narrativo desde una mirada literaria. Entonces, comencé a interesarme en otros títulos y autores, sugeridos por los maestros para enriquecer este acervo lector que comenzaba a saborear con gran emoción y sé continuaré ampliando con otras historias y escritores.

En este tramo del camino, vislumbré que cada obra me ofrecía una experiencia diferente en colores, sabores, olores, texturas, sueños y posibilidades, diferentes a la capa roja que había vestido por mucho tiempo para acercarme a la lengua escrita. “La literatura muda constantemente...es como un organismo vivo” (Rey, 2000, p. 3). Pensé, en la gran diferencia que hubiera marcado en mi vida escolar aprender a través de la literatura infantil y juvenil, lo afortunada que era de vivir aún en este tiempo que parecía tardío, un reencuentro con la lectura y la gran riqueza que comenzaba a poseer para llevar todo lo aprendido al plano profesional, en el aula con mis alumnos.

Así, la reunión con el lenguaje literario comenzó también para mis alumnos, con quienes disfruté de imaginar mundos increíbles y crear realidades posibles, a través de las historias que compartimos en el aula. Autores, relatos cercanos a ellos, que retrataron la realidad en la que se encontraron, en diferentes momentos de la vida escolar, posibilitaron espacios creativos de oralidad y escritura. Sembrando en ellos la semilla del lector amoroso, duradero, percibiendo este acto vivo, como un lugar único para ellos. La lectura de obras literarias, puede ser un camino privilegiado para elaborar un espacio propio, íntimo y privado. Crear un universo personal de imágenes, colores, sueños (Petit, 2002).

En este tenor, la literatura infantil y juvenil se convirtió en la principal inspiración para transformar mi labor educativa, escapar del lobo feroz, que en los últimos años había asechado mi clase y que después de nueve años de servicio anhelaba trascender. Mirar mi

práctica docente con una postura reflexiva al conocer las bases de la pedagogía Freinet e implementar algunas técnicas en la escuela, amplió la concepción que tenía del maestro frente a grupo y de esta manera delegué el protagonismo a cada uno de los niños en lo individual para lograr el bien colectivo a través del cooperativismo. El papel del maestro se debe de replantear, el centro de la escuela es el niño, por lo que comprender su naturaleza es vital para estrecharse en nuevas relaciones, donde promueva, catalice y armonice ambientes ricos y favorables de aprendizaje en la vida colaborativa de la escuela (MMEM, 2017).

Estrategias de LEO, proyectos creativos y PPP me consintieron analizar, comprender, reflexionar prácticas que antes de entrar a la maestría, ya eran parte de mi quehacer en el aula y que al mismo tiempo enriquecí para innovar, ennobleciendo la participación dinámica los alumnos en su proceso de aprendizaje. Y así, disfrutamos juntos de un deslumbrante arcoíris con hermosos colores que formo la ASCL, metodología que nos mostró la lengua como un proceso natural, social, creativo y colaborativo. Ya que “La aplicación de la Animación Sociocultural de la lengua, permite la utilización de diferentes técnicas y está abierta a muy diversas posibilidades” (Badillo, 2018 en Jiménez 2019).

Soy animadora sociocultural de la lengua, que mira la educación con amor y la vive con pasión. Teniendo como propósito generar cambios que la vida escolar requiera y presente como retos para lograr renovarla, modificarla. Alcanzando un equilibrio entre las prácticas tradicionales y la nueva escuela, para responder a las necesidades que la población infantil demande al sistema educativo. Teniendo claro a la ASC como precursora de este enfoque del desarrollo de la cultura escrita y la oralidad en “una acción para transformar, para mejorar sustantivamente una realidad concreta” (Úkar, 1994, p. 161)

Considero, que las aulas de educación básica deben vivir cobijadas bajo el arcoíris de la ASCL. Se “requiere una formación especial de los nuevos maestros y una reeducación de los que han estado largo tiempo esclavizados por la escolástica” (MMEM, 2017, p. 65). Los docentes frente a grupo deben apostar a las bondades de esta metodología para apuntalar hacia una educación de calidad. Esa, que en las últimas reformas educativas del país se ha considerado como principal propósito y pretende formar alumnos autónomos, críticos, reflexivos ante la vida. Es necesario entender que el sistema educativo lo componemos varios actores, que los docentes tenemos el privilegio de generar el cambio desde el centro, en la práctica, con estrategias, métodos y pedagogías acordes a la naturaleza de los alumnos, dando

cabida a formas de construcción del aprendizaje colectivo en su labor de enseñanza. (Bolívar, 2014)

El impacto de la ASCL fue genuino en mis alumnos, cada uno desde su proceso obtuvo logros importantes en su aprendizaje, dejando huella en las valiosas aportaciones que guiaron las vivencias didácticas que fueron todo un reto para ellos y para mí. La alegría, temor, asombro, impaciencia, sorpresa, enojo, felicidad nos acompañaron en todo momento. El colegiado con quien comparto la docencia logró mirar mi aula como un espacio distinto al que comúnmente se vive en el ambiente escolar. Mostrando inquietud y curiosidad por propiciar nuevos ambientes de enseñanza, que evidenciaron un cambio en las actitudes y aptitudes de mis alumnos hacia la escuela, el trabajo en el aula, la convivencia con sus compañeros, su participación y el valor de su voz.

El camino que había elegido años atrás me condujo a un lugar especial donde puede elegir la docencia como profesión de vida. Ese mismo sendero me llevó a la MEB, un segundo sitio que después de estas líneas, reflexiono engrandeció mis competencias docentes y a su vez fortaleció habilidades comunicativas de lectura, escritura y oralidad, con cada experiencia cargada de emotividad, que el enfoque biográfico narrativo me permitió revivir en cada línea que escribí.

Visualizar “la angustia paralizante frente a la hoja en blanco” (Carlino, 2004, p. 324) como estudiante, e iniciar un escrito autobiográfico, donde daría cuenta del trayecto formativo e intervención docente, para dar a conocer el proceso de mi transformación en la práctica fue un reto constante y esclarecedor. Narrar cada aspecto que permitió una evolución en la forma de pensar y actuar en mi labor educativa, trajo consigo momentos de desvelo, cansancio y sacrificio personal que se combinaron para lograr reflexiones importantes, propias del proceso de formación universitaria que viví (Lerner, 2004).

Aprender y desaprender, enfrentarme a una nueva forma de hablar, escribir y leer no fue tarea fácil. Para ello fue de utilidad comprender las concepciones de la alfabetización académica, como un reto constante en la escolaridad. Autores, tecnicismos y dinámicas para abordar textos especializados, reflexionarlos y argumentar con la labor educativa visitando el pasado, habitando el presente y vislumbrando el futuro en un escrito, resultó un desafío importante. Ya que escribir no solo es dar a conocer un saber, no se trata de decir el

conocimiento. “Escribir exige también el dominio de convenciones lingüísticas y textuales que constriñen las formas posibles de expresar lo que uno quiere decir” (Castelló, 2009, p. 3).

Y es que, “del mismo modo que los lectores requieren largos periodos de adiestramiento, los escritores necesitan a veces largos periodos de observación para crear una literatura que ilumine su tiempo, arrojando luz sobre el pasado y sobre el futuro (Manguel, 2010, p. 95). En este transcurso, el acompañamiento de cada docente fue esencial. Se mostraron inclusivos, guiándome durante el proceso, afrontando dificultades. Así, la responsabilidad de cómo estudiar y escribir textos académicos fue compartida, logrando incorporarme a esta nueva forma pensamiento que la MEB me exigió (Carlino, 2010).

En este tiempo, fue constante mi pasión por una enseñanza firme en el amor a mi profesión y a la infancia que abrazo en las paredes de mi aula. Vivifiqué el profundo compromiso por continuar disfrutando del radiante camino que me llevó a dos sitios únicos para formar mi ser docente, marcó la senda hacia nuevos sueños que sé me permitirán profundizar aún más en una pedagogía armoniosa, que me dé una plenitud profesional capaz de ser compartida, como lo fue este escrito, en el que recuperó mi verdad y que posibilita que otros docentes se reflejen en mi experiencia (Chona en Jiménez, 2019).

Y entonces, lo que parece ser el final de esta historia es el inicio de otras más. Es tiempo de volver a cerrar los ojos, imaginar el paisaje que me acompañará al siguiente sitio. Curiosa por seguir aprendiendo, una maestra de capa roja está lista para continuar su trayecto que ilumina un hermoso arcoíris de colores deslumbrantes a elegir, para seguir resignificando su noble profesión de vida.

REFERENCIAS

- Arizpe, E. y Styles, M. (2004). *Lectura de imágenes. Los niños interpretan textos visuales*. México: FCE.
- Bolívar, A, Domingo, J y Fernández, M. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación*. La muralla: España.
- Borzone de Manrique, A. (1993). *En el camino hacia la escritura y la lectura*, en González, M. (comp.), *articulación entre el jardín y la EGB*, Buenos Aires, Aique (aportes a la educación inicial), pp. 68-84.
- Borzone de Manrique, A. (1998). *Leer y escribir a los 5 años*. Argentina, Aique (Aportes a la educación inicial).
- Braslavsky, C. (1994). La historia en los libros de texto de ayer y de hoy para las escuelas primarias argentinas. En: Aisenberg, B. y Aladroque, C. (comps.) *Didáctica de las ciencias sociales. Aportes y reflexiones*. Buenos Aires, Paidós.
- Bruner, J. (2013). *La Fábrica de historias: Derecho, literatura y vida*. FCE: México.
- Burns, M., Griffin, P. y Snow, C. (2000). *Un buen comienzo. Guía para promover la lectura en la infancia*. México: SEP.
- Camps, A. (2003) *Proyectos de lengua entre la teoría y la practica en A. Camps (comp.) Secuencias didácticas para aprender a escribir*. Barcelona: Graó, pp. 33-46.
- Carlino, P. (2004). *El proceso de escritura académica: Cuatro dificultades de la enseñanza universitaria*. En educere, 2004/ vol. 8, no 026, Universidad de los Andes, Mérida Venezuela. pp. 321-327
- Cassany, D. (1990). *Enfoques didácticos para la enseñanza de la expresión escrita*. CL&E.
- Castelló, M. (2009). Aprender a escribir textos académicos: ¿Copistas, escribas, compiladores o escritores? En J.I. Pozo y Pérez Echeverría, M. P. (Coord.), *La Psicología del*

aprendizaje universitario: de la adquisición de conocimientos a la formación en competencias. Madrid: Morata. pp. 120-133.

Cerrillo, P. (2016), Funciones sociales y educativas de la literatura en *El lector literario*. Pp. 13-25.

Cirianni, G. y Peregrina, L. (2007). *Rumbo a la lectura*. México. IBBY.

Day, C. (2006). *Pasión por enseñar. La identidad personal y profesional docente y sus valores*. Madrid, España.

Díaz, C. (2011). El aporte de distintas disciplinas para el diseño curricular en el área de lenguaje. En *Entre paradojas: A 50 años de los libros de texto gratuitos*. México SEP-COLMEX.CNLTG. p.p. 287-305

Dubois, María Eugenia. (1987). *El proceso de lectura: de la teoría a la práctica*. Argentina: AIQUE.

Dueñas, M. M. (2016). *Bajo la sombra de una pedagogía amorosa*. Tesis de maestría. UPN

Ferreiro, E. (2000). El espacio de la lectura y la escritura en la educación preescolar. En *Alfabetización. Teoría y práctica*, México. Siglo XXI. pp.118-122.

Garrido, F. (2005). *La necesidad de entender*. Norma ediciones, S.A de C.V.

Gil, N. (2010). *¿Cómo planificar proyectos creativos en el aula y en la institución?* Buenos aires: Biblos.

Goodman, K. (2015). *Sobre la lectura. Una mirada de sentido común a la naturaleza del lenguaje y la ciencia de la lectura*. México: Paidós.

Hunter McEwan y Kieran Egan (1995). La naturaleza narrativa del saber pedagógico de los contenidos. En *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Argentina: Teacher College Press, Columbia University.

Jaume, C. y Palou, J. (1997). *Lo previsible y lo imprevisible, en cuadernos de la pedagogía*. No. 254, Enero de 1997, Barcelona, Praxixs, pp.64-67.

Jiménez, A (2017). *La alfabetización inicial: de la risa a la prisa. En Lectura y escritura en la escuela y la formación docente: experiencias, políticas y prácticas*. Brasil. CRV.

- Jiménez, A. (Comp.). (2019). *Aulas para la imaginación. La formación desde la animación sociocultural de la lengua*. México: Universidad Pedagógica Nacional.
- Jolibert, J. y Jacob. (2015). *Interrogar y producir textos auténticos: vivencias en el aula*. México: Ediciones del Lirio.
- Jolibert, J. y Sraiki, C. (2011). *Niños que construyen su poder de leer y escribir*. Buenos Aires: Manantial.
- Lerner, D. (2004). *Leer y escribir en la escuela. Lo real, lo posible y lo necesario*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Mangel, A. (2010). *La ciudad de las palabras*. México: Aldamía. S.C.
- Maqueo (2004). ¿Cómo se aprende? Aportaciones de la psicología. *En la lengua, aprendizaje y enseñanza. El enfoque comunicativo e la teoría a la práctica*. México. Limusa.
- Meek, M. (2004). *En torno a la cultura escrita. México*. Fondo de cultura económica.
- Meza, J. (2008). *Historias de maestros para maestros. Pedagogía Narrativa, expresada en relatos de vida*. Bogotá. Universidad la Salle.
- Movimiento Mexicano para la Escuela Moderna (2001). *La pedagogía Freinet: principios, propuestas y testimonios*. México: MEMEM.
- Nemirovsky, M. (2000). *Sobre la enseñanza del lenguaje escrito y temas aledaños*. México: Paidós.
- Ong, W. (2009). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México. Fondo de cultura económica.
- Petit, M. (2002). *Lecturas sobre lecturas. Pero ¿y qué buscan nuestros niños en sus libros?*
México: CONACULTA
- Ravela, P., Picaroni, B. y Loureiro, G. (2017). *¿Cómo mejorar la evaluación en el aula? Reflexiones y propuestas de trabajo docente*. México: SEP.
- Rey, M. (2000). *Historia y muestra de la literatura infantil mexicana*. SM: México.
- Secretaría de educación pública (2011). *Programa de estudio. Guía para la educadora 2011*, México.

Secretaria de educación pública (2027), *Aprendizajes clave para la educación integral. Educación preescolar 2017*, México.

Secretaria de educación pública. (2004). *Programa de educación Preescolar 2004*, México.

Torres, E. (2016). *Historias y lenguaje. Alumnos que leen y producen textos*. Tesis de maestría. UPN

Úkar, X. (1994), *El estudio epistemológico de la animación sociocultural. Teoría de la educación*, VI, 161-183

Bibliografía de Literatura infantil

Baltscheit, M. (2006). *El león que no sabía escribir*. SEP

Pescetti, Luis. (2015). *Caperucita roja. Tal y como se lo contaron a Jorge*. SANTILLANA

Rodari. G. (2007) *Confundiendo historias*. SEP

Feliss, G. (2014). *La fiesta sorpresa*. SEP

Oliver, J. (2007). *El increíble niño come libros*. SEP

Graham, B (2017). *Como sanar un ala rota*. SEP

ANEXOS

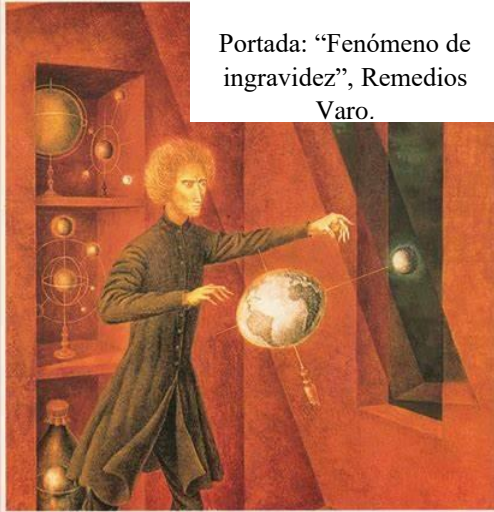
ANEXO 1. Portadas de LTG.

Atlas de Geografía Universal

Educación primaria

LTG Tercera generación
(1993)

Portada: "Fenómeno de ingravidez", Remedios Varo.

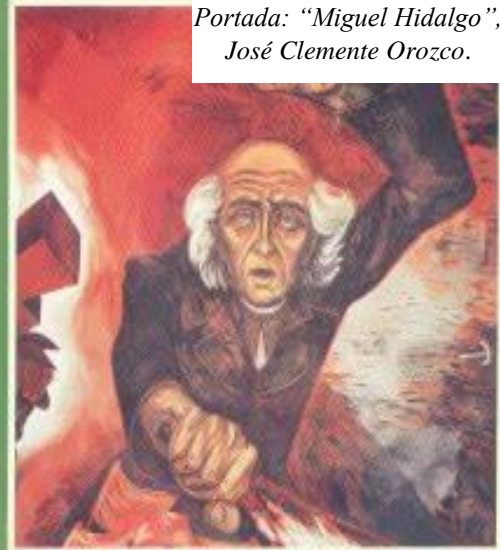


Historia

Cuarto grado

LTG Tercera generación
(1993)

Portada: "Miguel Hidalgo",
José Clemente Orozco.

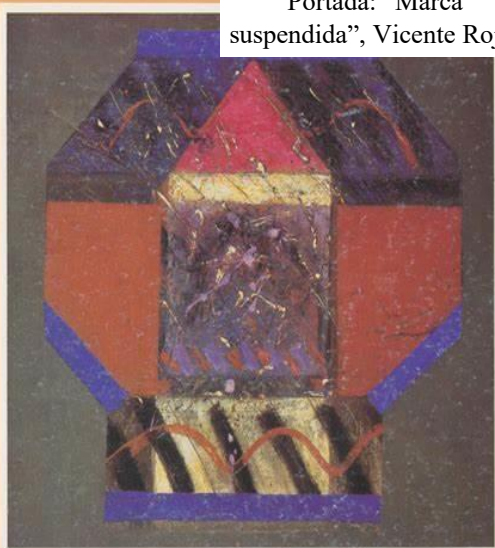


Matemáticas

Quinto grado

LTG Tercera generación
(1993)

Portada: "Marca suspendida", Vicente Rojo.

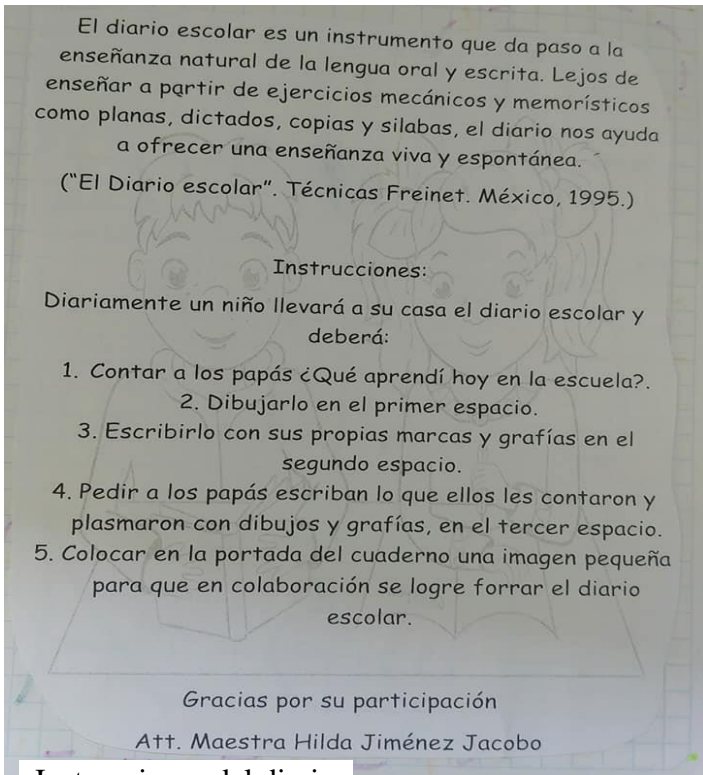


ANEXO 2. Lectura de disfrute.

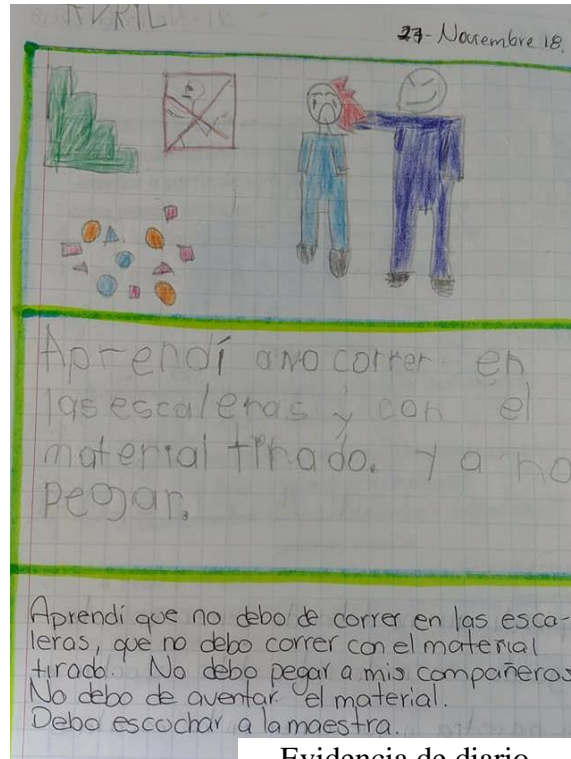


Español Lecturas.: "El zorro y la cigüeña".

ANEXO 3. Trabajo con la Técnica Freinet – Diario Escolar



Instrucciones del diario escolar



Evidencia de diario escolar

ANEXO 4. Trabajo con la Técnica Freinet – Conferencia Escolar



Conferencia Escolar
Tema: Piratas

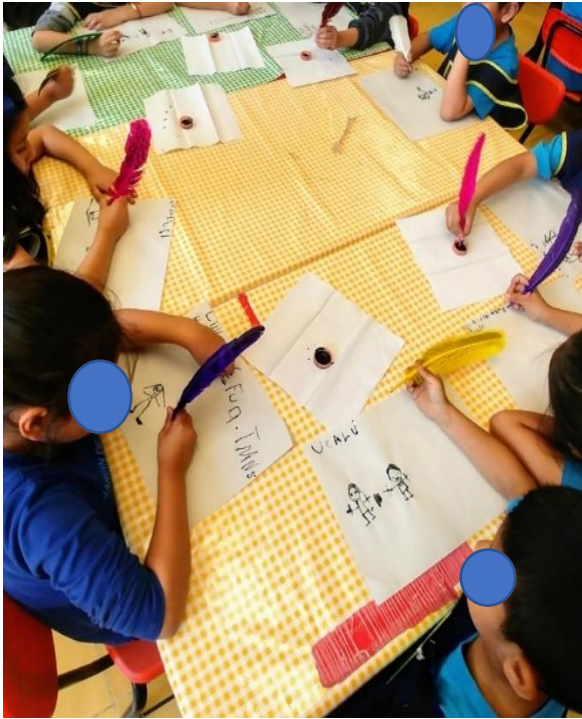


Conferencia Escolar
Tema: El conejo

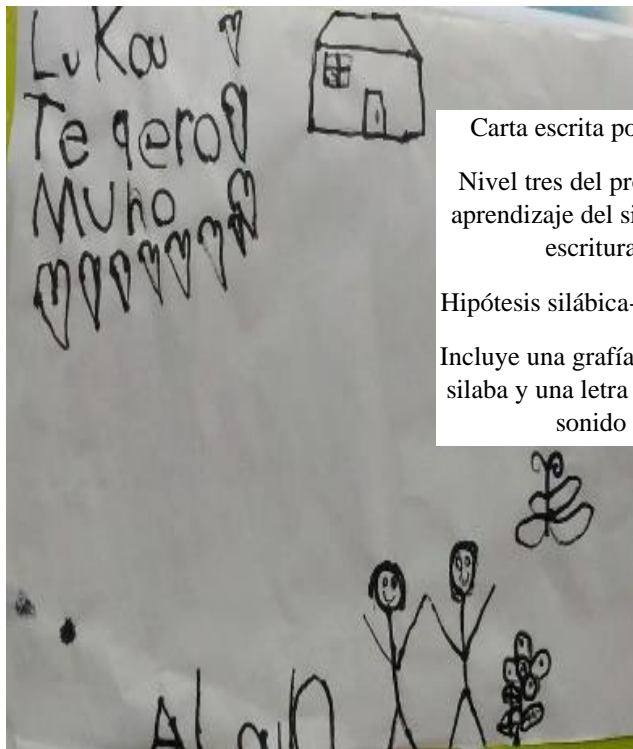


Conferencia Escolar
Tema: El arcoíris

ANEXO 5. Estrategia creativa de escritura “La pluma mágica”



Trabajo en pequeños

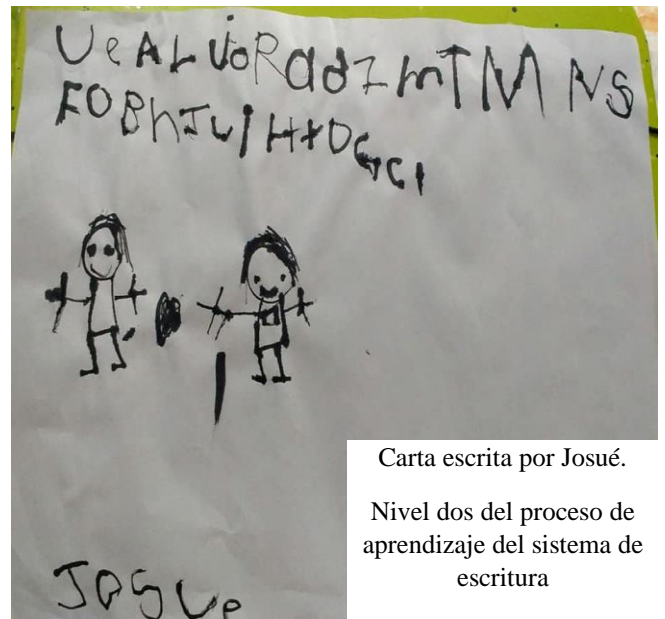


Carta escrita por Alan.

Nivel tres del proceso de aprendizaje del sistema de escritura

Hipótesis silábica-alfabética

Incluye una grafía para cada sílaba y una letra para cada sonido



Carta escrita por Josué.

Nivel dos del proceso de aprendizaje del sistema de escritura

Empieza a establecer aspectos cualitativos y cualitativos en sus escritos

ANEXO 6. Proyecto de Lengua “Los colores de la Caperucita”



Organizador grafico del proyecto



Juego simbólico con la historia de la caperucita roja.



Creación de historias en pequeños equipos



Personajes creados para cada historia



Historias creadas y compartidas en otros grupos



Cierre de proyecto

Historias compartidas con padres de familia

ANEXO 7. Pedagógica por proyectos” La fiesta de los libros”

Organización del aula



Condiciones facilitadoras





Cuadro de responsabilidades

Contrato Colectivo

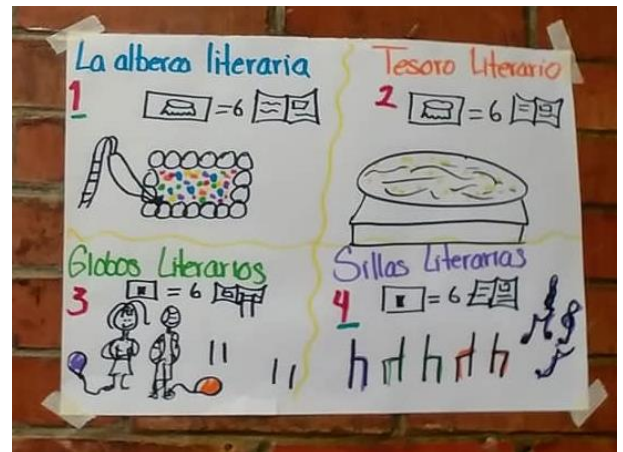
La fiesta de los libros

Sesión	Actividad	Responsables	Tiempo
Sesión 6	Jugar + Juegos literarios → Bloques y Juegos	Blanca, María, Daniela	80 min
Sesión 7	Organizar recomendaciones de libros informativos y literarios elaborados por los niños en sus cuadernos	Catalina, Mariana, Valeria	60 min
Sesión 8	Investigar e investigar (papel de testers)	Trinidad	40 min
Sesión 9	Elaborar invitación - Todos - Individual	Marta, Lucía, María, Daniela	60 min
Sesión 10	Organizar y montar biblioteca, decoración de juegos y espacio uso.	Lucía, Daniela, Mariana	60 min
Sesión 11	Organizar el programa de la fiesta de los libros	Lucía, Daniela, Mariana	60 min
Sesión 12	Encuesta General		
Sesión 13	La fiesta de los libros (inauguración)		

Contrato colectivo

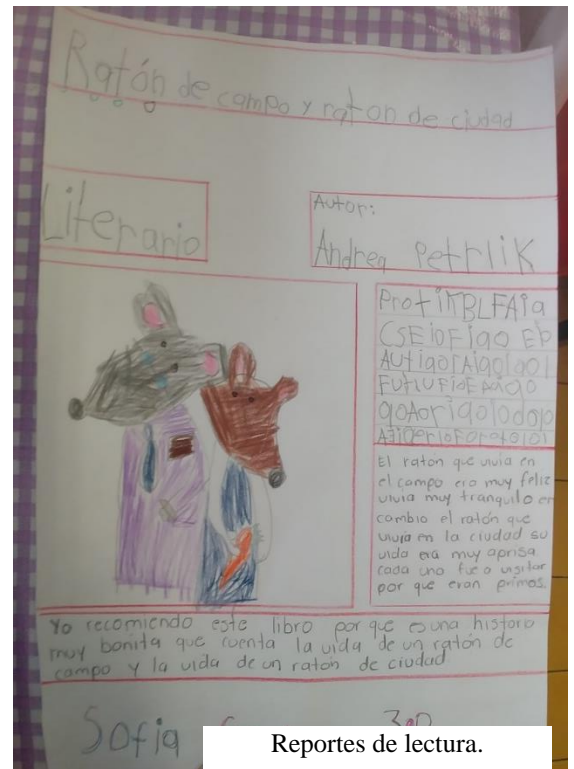


Juegos literarios





Círculos lectores de los libros informativos y literarios

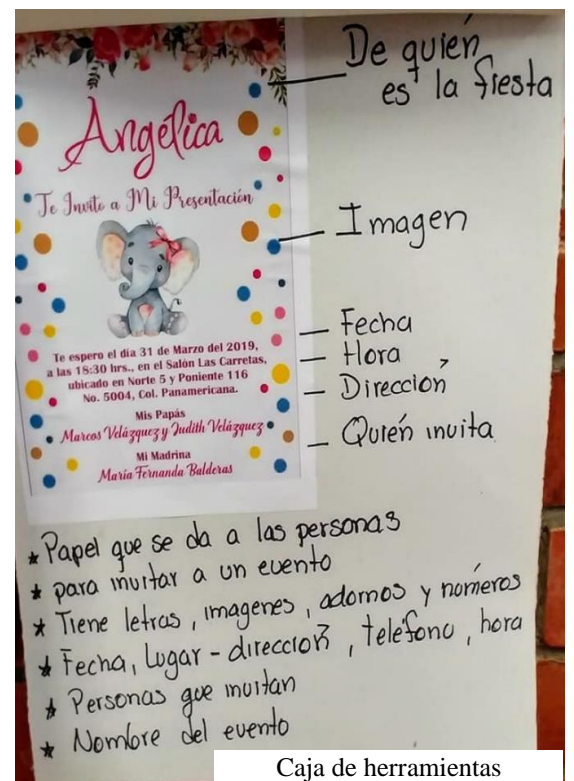


Reportes de lectura.



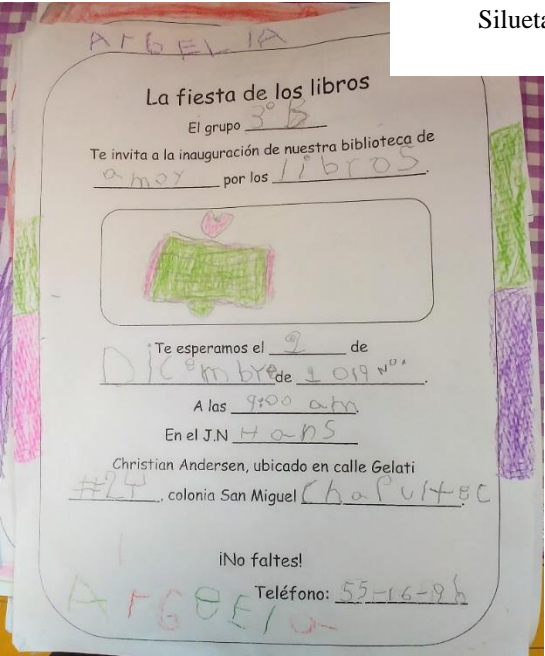
Interrogación del texto

Invitación



Caja de herramientas

Silueta del texto



Montaje de la biblioteca escolar





Cierre del proyecto.

“La fiesta de los libros”

Inauguración de la biblioteca
escolar

ANEXO 8. Proyecto de comunidad “Sanemos las alas del mundo”



Análisis y reflexión de noticias



Círculos lectores del texto literario



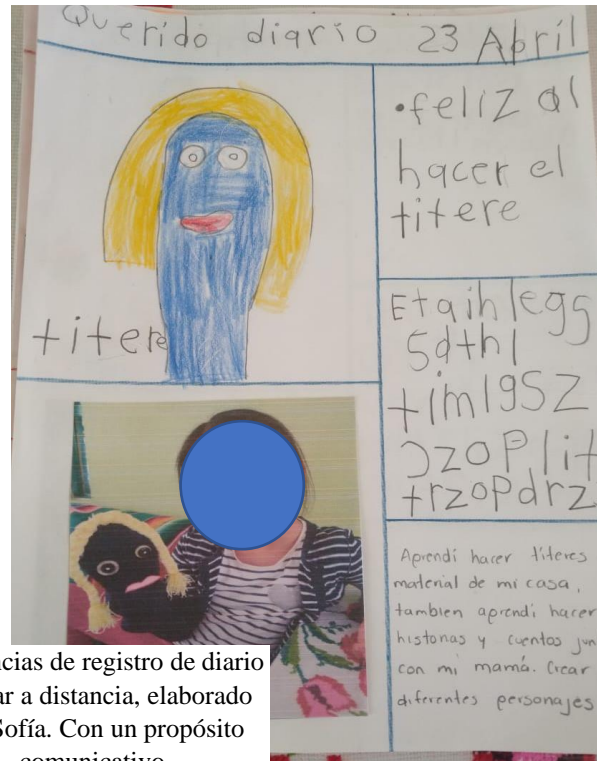
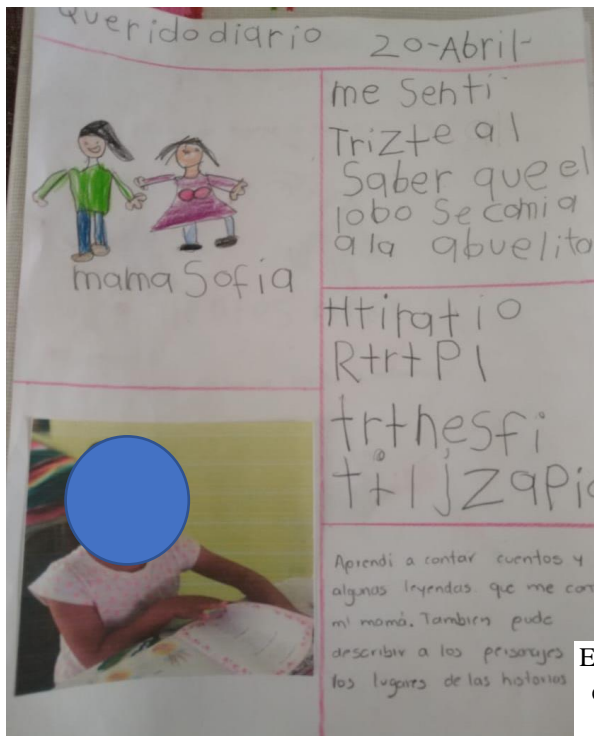
Borradores de carteles



Elaboración de carteles



ANEXO 9: Técnica Freinet – Diario Escolar a distancia



Evidencias de registro de diario escolar a distancia, elaborado por Sofía. Con un propósito comunicativo.

ANEXO 10. Animación a la lectura a distancia



Animación a la Lectura de manera virtual utilizando medios digitales

